

VIVIANE FORRESTER

EL HORROR ECONÓMICO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Vivimos en medio de una falacia descomunal, un mundo desaparecido que se pretende perpetuar mediante políticas artificiales. Un mundo en el que nuestros conceptos del trabajo y por ende del desempleo carecen de contenido y en el cual millones de vidas son destruidas y sus destinos aniquilados. Se sigue manteniendo la idea de una sociedad caduca, a fin de que pase inadvertida una nueva forma de civilización en la que sólo un sector ínfimo, unos pocos, tendrá alguna función. Se dice que la extinción del trabajo es apenas coyuntural, cuando en realidad, por primera vez en la historia, el conjunto de los seres humanos es cada vez menos necesario.

Descubrimos —dice la autora— que hay algo peor que la explotación del hombre: la ausencia de explotación; que el conjunto de los seres humanos es considerado superfluo, y que cada uno de los que integran ese conjunto tiembla ante la perspectiva de no seguir siendo explotable.

El libro de Forrester tiene la virtud de instalar el debate en un terreno que no es el económico ni el político (técnico uno, institucional el otro) sino en el espacio público. Los problemas del desempleo, la marginación, las crecientes desigualdades sociales y culturales, sugiere la autora, no deben ser tratados sólo entre especialistas: deben discutirse en la sociedad. Esta obra se dirige a cada uno de nosotros. Y lo hace, además, con una franqueza casi brutal. Forrester termina con la retórica engañosa según la cual las dificultades del presente son en realidad los obstáculos que deben superarse con vistas a un futuro mejor.

Novelista y crítica literaria francesa, Viviane Forrester (1925) ha conmovido con este ensayo al mundo de las ideas. Con más de 300 000 ejemplares vendidos en Francia y traducciones a 12 idiomas, *El horror económico* ha llegado a ser, en pocos meses, un fenómeno de trascendencia internacional. Sus lectores constituyen una comunidad alerta para la cual la indiferencia dejó de ser posible y en la que renace la solidaridad fundada en el respeto.

VIVIANE FORRESTER

EL HORROR ECONÓMICO

Cierta tarde, por ejemplo [...] retirado de nuestros horrores económicos [...] se estremece con el paso de la cacería y de las hordas.

ARTHUR RIMBAUD
Iluminaciones

No es necesario [que el pueblo] perciba la verdad de la usurpación: introducida en otro tiempo sin razón, se ha vuelto razonable; conviene mostrarla como auténtica, eterna y ocultar su comienzo si no se quiere que llegue rápidamente a su fin.

PASCAL
Pensamientos



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

I

Vivimos en medio de una falacia descomunal: un mundo desaparecido que nos empeñamos en no reconocer como tal y que se pretende perpetuar mediante políticas artificiales. Millones de destinos son destruidos, aniquilados por este anacronismo debido a estrategias pertinaces destinadas a mantener con vida para siempre nuestro tabú más sagrado: el trabajo.

En efecto, disimulado bajo la forma perversa de "empleo", el trabajo constituye el cimiento de la civilización occidental, que reina en todo el planeta. Se confunde con ella hasta el punto de que, al mismo tiempo que se esfuma, nadie pone oficialmente en tela de juicio su arraigo, su realidad ni menos aún su necesidad. ¿Acaso no rige por principio la distribución y por consiguiente la supervivencia? La maraña de transacciones que derivan de él nos parece tan indiscutiblemente vital como la circulación de la sangre. Ahora bien, el trabajo, considerado nuestro motor natural, la regla del juego de nuestro tránsito hacia esos lugares extraños adonde todos iremos a parar, se ha vuelto hoy una entidad desprovista de contenido.

Nuestras concepciones del trabajo y por consiguiente del desempleo en torno de las cuales se desarrolla (o se pretende desarrollar) la política se han vuelto ilusorias, y nuestras luchas motivadas por ellas son tan alucinadas como la pelea de Don Quijote con sus molinos de viento. Pero nos formulamos siempre las mismas preguntas quiméricas para las cuales, como muchos saben, la única respuesta es el desastre de las vidas devastadas por el silencio y de las cuales nadie recuerda que cada una representa un destino. Esas preguntas perimi-

das, aunque vanas y angustiantes, nos evitan una angustia peor: la de la desaparición de un mundo en el que aún era posible formularlas. Un mundo en el cual sus términos se basaban en la realidad. Más aún: eran la base de esa realidad. Un mundo cuyo clima aún se mezcla con nuestro aliento y al cual pertenecemos de manera visceral, ya sea porque obtuvimos beneficios en él, ya sea porque padecemos infortunios. Un mundo cuyos vestigios trituramos, ocupados como estamos en cerrar brechas, remendar el vacío, crear sustitutos en torno de un sistema no sólo hundido sino desaparecido.

¿Con qué ilusión nos hacen seguir administrando crisis al cabo de las cuales se supone que saldríamos de la pesadilla? ¿Cuándo tomaremos conciencia de que no hay una ni muchas crisis sino una mutación, no la de una sociedad sino la mutación brutal de toda una civilización? Vivimos una nueva era, pero no logramos visualizarla. No reconocemos, ni siquiera advertimos, que la era anterior terminó. Por consiguiente, no podemos elaborar el duelo por ella, pero dedicamos nuestros días a momificarla. A demostrar que está presente y activa, a la vez que respetamos los ritos de una dinámica ausente. ¿A qué se debe esta proyección de un mundo virtual, de una sociedad sonámbula devastada por problemas ficticios... cuando el único problema verdadero es que aquéllos ya no lo son sino que se han convertido en la norma de esta época a la vez inaugural y crepuscular que no reconocemos?

Por cierto, así perpetuamos lo que se ha convertido en un mito, el más venerable que se pueda imaginar: el mito del trabajo vinculado con los engranajes íntimos o públicos de nuestras sociedades. Prolongamos desesperadamente las transacciones cómplices hasta en la hostilidad, rutinas profundamente arraigadas, un estribillo cantado desde antaño en familia... una familia desgarrada, pero atenta a ese re-

cuerdo compartido, ávida de los rastros de un denominador común, de una suerte de comunidad aunque sea fuente y sede de las peores discordias, las peores infamias. ¿Cabría decir, de una suerte de patria? ¿De un vínculo orgánico tal que cualquier desastre es preferible a la lucidez, a la comprobación de la pérdida, cualquier riesgo es más aceptable que la percepción y conciencia de la extinción del que fuera nuestro medio?

A partir de ahora nos corresponden los medicamentos suaves, las farmacopeas vetustas, las cruentas cirugías, las transfusiones sin ton ni son (que benefician sobre todo a ciertos personajes). A nosotros nos corresponden los discursos tranquilizantes y pontificadores, el catálogo de las redundancias, el encanto reconfortante de las eternas cantilenas que disimulan el silencio severo, inflexible de la incapacidad; uno las escucha atónito, agradecido de verse sustraído a los espantos de la vacuidad, reconfortado al mecerse al ritmo de las necesidades familiares.

Pero detrás de las supercherías, bajo los subterfugios oficializados, las pretendidas "operaciones" cuya ineficacia se conoce de antemano, el espectáculo morosamente asimilado, aparece el sufrimiento humano, real y grabado en el tiempo, en ese que trama la verdadera Historia siempre oculta. Sufrimiento irreversible de las masas sacrificadas, lo que viene a significar conciencias torturadas y negadas una por una.

En todas partes se habla constantemente del "desempleo". Sin embargo, se despoja al término de su sentido verdadero porque oculta un fenómeno distinto de aquel, totalmente obsoleto, que pretende indicar. No obstante, nos hacen al respecto laboriosas promesas, generalmente falaces, que nos permiten vislumbrar cantidades ínfimas de puestos

de trabajo ágilmente emitidos (saldados) en el mercado; porcentajes despreciables en comparación con los millones de individuos excluidos del trabajo asalariado y que, tal como van las cosas, seguirán en esa condición durante décadas. ¿Y en qué estado se encontrarán la sociedad, ellos y el "mercado del empleo"?

Es verdad que no faltan las alegres imposturas, como por ejemplo aquella que eliminó de las estadísticas entre 250. 000 y 300. 000 desocupados de un solo golpe... al borrar a los que trabajan por lo menos 78 horas mensuales, es decir, menos de dos semanas y sin estabilidad.¹ ¡Había que pensar en eso! Recordar también que es sólo un cálculo, que no tiene la menor importancia modificar la suerte de los cuerpos y las almas disimulados bajo las cifras de las estadísticas. Lo que cuenta son las cifras aunque no correspondan a un número real, a algo orgánico, al menor resultado, aunque no sean sino la manifestación de una fullería. ¡Travesuras alegres! Como la de un gobierno francés que se pavoneaba feliz, cantando victoria. ¿Había disminuido el desempleo? Por cierto que no. Al contrario, había aumentado... ¡pero menos que el año anterior!

Pero mientras se distrae así a la gente, millones de personas, digo bien, *personas*, puestas entre paréntesis, tienen derecho por un tiempo indeterminado, acaso sin otro límite que la muerte, a la miseria o su amenaza próxima, con frecuencia a la pérdida del techo, de la consideración social e incluso de la autoestima. Sólo pueden aspirar a la angustia de la inestabilidad o el naufragio de la propia identidad. Al más vergonzoso de los sentimientos: la vergüenza. Porque cada uno aún se cree (se le alienta a creerse) el amo frustra-

¹ 1° de agosto de 1995.

do de su destino, cuando en realidad es una cifra introducida por el azar en una estadística.

Hay multitudes de seres que bregan, solos o en familia, para evitar o no caer en exceso y antes de tiempo, en el estancamiento. Otros, en la periferia, temen y corren el riesgo de caer en ese estado.

Lo más nefasto no es el desempleo en sí sino el sufrimiento que engendra y que deriva en buena medida de su insuficiencia con respecto a aquello que lo define; con respecto a aquello que proyecta el término "desempleo", que si bien ha perdido vigencia, aún sigue determinando su significado. El fenómeno *actual* del desempleo ya no es lo que designa ese término, pero se pretende encontrarle solución y, sobre todo, juzgar a los desempleados sin tener en cuenta ese hecho y en función del reflejo de un pasado destruido. En realidad, aún no se ha precisado ni definido la forma contemporánea de lo que aún se llama desempleo, y por consiguiente no se la ha tenido en cuenta. La verdad es que no tiene nada que ver con lo que habitualmente se llama "desempleo" y "desempleados"; aunque se dice que el problema está en el centro de las preocupaciones generales, en realidad se oculta el fenómeno verdadero.

En la actualidad, un desempleado no es objeto de una marginación transitoria, ocasional, que sólo afecta a determinados sectores; está atrapado por una implosión general, un fenómeno comparable con esos maremotos, huracanes o tornados que no respetan a nadie y a quien nadie puede resistir. Es víctima de una lógica planetaria que supone la supresión de lo que se llama trabajo, es decir, de los puestos de trabajo.

Pero aún hoy se pretende que lo social y económico están

regidos por las transacciones realizadas a partir del trabajo cuando éste ha dejado de existir. Las consecuencias de este desfasaje son crueles. Se trata y se juzga a los sin trabajo, víctimas de esa desaparición, en función de los criterios propios de la época en que abundaban los puestos de trabajo. Despojados de empleo, se los culpa por ello, se los engaña y tranquiliza con promesas falsas que anuncian el retorno próximo de la abundancia, la mejoría rápida de la coyuntura afectada por los contratiempos.

De ahí resulta la marginación inexorable y pasiva de un número inmenso y creciente de "buscadores de empleo" que, irónicamente, por el hecho de serlo, se incorporan a una norma actual; norma que no es reconocida como tal ni siquiera por los marginados del trabajo, quienes por el contrario son los primeros (hay quien se asegura de que lo sean) en considerarse incompatibles con una sociedad de la cual, sin embargo, son el producto más natural. Se los convence de que son indignos de ella y sobre todo responsables por su situación, a la que encuentran envilecedora (por ser envilecida) e incluso reprochable.

Se acusan de aquello de lo cual son víctimas. Se juzgan con la mirada de quienes los juzgan, adoptan esa mirada que los ve culpables y a continuación se preguntan qué incapacidad, qué vocación de fracaso, qué mala voluntad, qué errores los arrojaron a semejante situación. A pesar de la irracionalidad de las acusaciones, los acosa la desaprobación general. Se reprochan —como se les reprocha— por llevar una vida miserable o estar al borde de ella. Una vida con frecuencia "subsidiada" (por lo demás, por debajo de un umbral tolerable).

Estos reproches que se les hace y ellos mismos se hacen se basan en nuestras percepciones desfasadas de la coyuntura, en viejas opiniones antes infundadas, hoy redundantes, más torpes y absurdas que nunca; sin el menor vínculo con el presente. Todo esto, que no tiene nada de inocente, les inculca esa vergüenza, ese sentimiento de ser indignos que conduce a la sumisión plena. El oprobio desalienta toda reacción distinta de la resignación mortificada.

Porque nada debilita ni paraliza tanto como la vergüenza. Ella altera al individuo hasta la raíz, agota las energías, admite cualquier despojo, convierte a quienes la sufren en presa de otros; de ahí el interés del poder en recurrir a ella e imponerla. La vergüenza permite imponer la ley sin hallar oposición y violarla sin temer la protesta. Genera el *impasse*, paraliza cualquier resistencia, impide rechazar, desmitificar, enfrentar la situación. Distrae de todo aquello que permitiría rechazar el oprobio y exigir un ajuste de cuentas político con el presente. Más aún, permite explotar esta resignación, así como el pánico virulento que ella misma ayuda a crear.

La vergüenza debería cotizarse en la Bolsa: es un factor importante de las ganancias.

La vergüenza es un valor contante y sonante, como el sufrimiento que la provoca o que ella suscita. Por consiguiente, no sorprende ver la saña inconsciente, diríase característica, con que se trata de reconstituir y rellenar a voluntad aquello que la origina: un sistema difunto y fracasado, pero cuya prolongación artificial permite ejercer subrepticamente vejaciones y despotismos de buena ley en nombre de la "cohesión social".

Sin embargo, en este sistema sobrenada una pregunta esencial, jamás formulada: "¿Es necesario 'merecer' el derecho de vivir?" Una ínfima minoría, provista de poderes excepcionales, propiedades y derechos considerados naturales, posee de oficio ese derecho. En cambio el resto de la humanidad, para "merecer" el derecho de vivir, debe demostrar que es "útil" para la sociedad, es decir, para aquello que la rige y la domina: la economía confundida más que nunca con los negocios, la economía de mercado. Para ella, "útil" significa casi siempre "rentable", es decir que le dé ganancias a las ganancias. En una palabra, significa "empleable" ("explotable" sería de mal gusto).

Este mérito —mejor dicho, este derecho a la vida— pasa por el deber de trabajar, de estar empleado, que a partir de entonces se vuelve un derecho imprescriptible sin el cual el sistema social sería una vasta empresa de asesinato.

¿Pero qué sucede con el derecho de vivir cuando éste ya no funciona, cuando se prohíbe cumplir el deber que da acceso al derecho, *cuando se vuelve imposible cumplir con la obligación*? Se sabe que hoy están permanentemente cerrados estos accesos a los puestos de trabajo, que a su vez han prescrito debido a la ineficiencia general, el interés de algunos o el curso de la Historia... todo colocado bajo el signo de la fatalidad. Por lo tanto, ¿es normal o siquiera lógico imponer aquello que falta por completo? ¿Es siquiera *legal* imponer como condición necesaria para la supervivencia aquello que no existe? No obstante, se busca obstinadamente perpetuar este fiasco. Se da como norma un pasado trastornado, un modelo perimido; se imprime a las actividades económicas, políticas y sociales un rumbo oficial basado en esta carrera de fantasmas, esta invención de sucedáneos, esta distribución prometida y siempre postergada de lo que ya no existe; se sigue fin-

giendo que no hay *impasse*, que se trata solamente de pasar las consecuencias malas y transitorias de errores reparables.

¡Qué embuste! Tantos destinos masacrados con el solo fin de construir la imagen de una sociedad desaparecida, basada en el trabajo y no en su ausencia; ¡tantas vidas sacrificadas al carácter ficticio del adversario que se promete vencer, a los fenómenos ilusorios que se pretende querer reducir y poder controlar!

¿Cuánto tiempo nos dejaremos engañar y consideraremos enemigos a aquellos que se nos indica: los adversarios desaparecidos? ¿Seguiremos cerrando los ojos a los peligros que se presentan, a los escollos reales? La nave ya naufragó, pero preferimos (y se nos alienta a ello) no reconocerlo y permanecer a bordo, refugiarnos en un ambiente conocido antes que intentar, aunque fuese en vano, alguna forma de salvataje.

¡Seguimos rutinas insólitas! No se sabe si es cómico o siniestro que ante la falta constante, indesarraigable y creciente de puestos de trabajo se obligue a los millones de desempleados, cada día laborable de la semana, el mes, el año, a salir a la búsqueda "efectiva y permanente" de ese trabajo que ya no existe. Cada día, semana, mes, año, se los condena a postularse en vano, frustrados de antemano por las estadísticas. Porque hacerse rechazar cada día laborable de cada semana, mes e incluso año, ¿no sería un empleo, un oficio, una profesión? ¿No sería un puesto, un trabajo, incluso un aprendizaje? ¿Es un destino verosímil? ¿Una ocupación racional? ¿Una forma recomendable de emplear el tiempo?²

² ¿Hay algo de enseñanza, de proyecto para el futuro, en esos pequeños saínetes que supuestamente remedan una "participación en el mundo del trabajo", un símil de la entrada a las grandes "empresas" y que en general obligan a realizar tareas imprecisas y mal pagas a unos cuantos aprendices o jóvenes marginados de las estadísticas, pesadilla de todos los gobiernos?

Esto se asemeja más bien a un intento de demostrar que los ritos del trabajo se perpetúan, que los interesados se interesan, que llevados por un optimismo conmovedor forman filas ante las ventanillas de las Bolsas de Trabajo, detrás de las cuales se amontonarían los puestos de trabajo virtuales, insólita y transitoriamente desviados por corrientes adversas. En tanto sólo subsiste la ausencia provocada por su desaparición...

A golpes de negativas, de sucesivos rechazos, ¿no se crea una puesta en escena destinada a convencer a esos "solicitantes" de su nulidad? ¿A inculcar en el público la imagen de su derrota y propagar la idea (falsa) de la responsabilidad, culpable y castigada, de aquellos que pagan el error general o la decisión de algunos con la ceguera de todos, incluida la propia? ¿A mostrar en público su *mea culpa*, a la cual por otra parte adhieren? Vencidos.

Son otras tantas vidas amarradas, acorraladas, zamarreadas, desmoronadas, tangentes a una sociedad en retroceso. Entre esos desposeídos y sus contemporáneos se alza una suerte de ventana cada vez menos transparente. Y puesto que son cada vez menos visibles, puesto que se los quiere borrar, apartar de esta sociedad, se los llama *excluidos*. Por el contrario, están sujetos, encarcelados, ¡*incluidos* hasta la médula! Son absorbidos por ella, fagocitados, relegados para siempre, deportados y repudiados en su sitio, exiliados, sometidos y desposeídos, pero tan molestos: ¡unos estorbos! Jamás se los expulsa del todo, no, ¡jamás en exceso! Incluidos, demasiado incluidos y repudiados.

Es la única manera de preparar una sociedad de esclavos definidos exclusivamente por su esclavitud. Pero, ¿de qué sirve atiborrarse de esclavos si su trabajo es superfluo? Como en un eco a la pregunta que "sobrenadaba" un poco más arriba, nace otra que uno teme escuchar: ¿es "útil" una vida que no le da ganancias a las ganancias?

Aquí aparece quizá la sombra, el anuncio o el rastro de un crimen. No es poca cosa cuando una sociedad lúcida, sofisticada, conduce a toda una "población" (en el sentido que le dan los sociólogos) como quien no quiere la cosa hasta los extremos del vértigo y la fragilidad: a las fronteras de la muerte y tal vez más allá. Tampoco es poca cosa inducir a aquellos a quienes avasalla a buscar, mendigar un trabajo, de cualquier tipo y a cualquier precio (es decir, el menor). Y si no todos se entregan en cuerpo y alma a la búsqueda vana, la opinión general es que deberían hacerlo.

Y aun no es poca cosa que los detentadores del poder económico, es decir, del poder, tengan a sus pies a esos agitadores que hasta ayer reclamaban, reivindicaban, combatían. Qué placer verlos implorar por aquello que hasta ayer denostaban y hoy anhelan con fervor. Y tampoco es poca cosa tener a su merced a los otros, los que al poseer un salario, un puesto, se cuidarán de la menor agitación, temerosos de perder esas conquistas tan escasas, tan preciosas y precarias, para unirse a la cohorte porosa de los "hundidos en la miseria". En vista de cómo descartan a hombres y mujeres en función de un mercado de trabajo errático, cada vez más virtual, comparable a la "piel de zapa", un mercado del cual dependen ellos y sus vidas pero que no depende más de ellos; de cómo con frecuencia no se los contrata ni se los contratará más, y cómo vegetan, sobre todo los jóvenes, en un vacío sin límites, degradante, en el cual se las ven ne-

gras; de cómo, a partir de entonces, la vida los maltrata y se la ayuda a maltratarlos; de que hay algo peor que la explotación del hombre por el hombre: la ausencia de explotación... ¿cómo evitar la idea de que al volverse inexplotables, imposibles de explotar, innecesarias para la explotación porque ésta se ha vuelto inútil, las masas y cada uno dentro de ellas pueden echarse a temblar?

Pues bien, la pregunta, "¿es 'útil' una vida que no le da ganancias a las ganancias?", que a su vez es eco de "¿es necesario 'merecer' la vida para tener el derecho de vivir?", despierta el miedo insidioso, el pavor difuso, pero justificado, de que se tenga por superfluo a un gran número de seres humanos, incluso a la mayoría. No inferiores ni reprobos: superfluos. Y por ello nocivos. Y por ello...

Este veredicto aún no ha sido pronunciado ni enunciado, indudablemente ni siquiera pensado de manera consciente. Vivimos en democracia. Para el conjunto de la población, el propio *conjunto* todavía es objeto de un interés real, vinculado con sus culturas, con afectos profundos, adquiridos o espontáneos, aunque a la vista de todos aparece una indiferencia creciente. No olvidemos que este *conjunto* también representa a una clientela electoral y consumidora que genera otra clase de "interés" y lleva a los políticos a movilizarse en torno de los problemas de "trabajo" y "desempleo", convertidos en problemas de rutina; a oficializar esos problemas falsos o al menos mal planteados; a ocultar cualquier verificación y proporcionar a corto plazo siempre las mismas respuestas anémicas a las preguntas artificiales. No es cuestión —¡lejos de ello!— de eximirlos de buscar soluciones, siquiera parciales y precarias. Pero el efecto principal de sus chapucerías es dar a un sistema agotado la apariencia de que funciona, aunque sea mal, y sobre todo pro-

longar la vida de instituciones y jerarquías perimidadas.

Nuestra larga experiencia con estas rutinas crea la ilusión de que las dominamos y a la vez les confiere cierto aire de inocencia, una cierta impronta de humanismo, y sobre todo las rodea de resguardos legales como otras tantas barandas. En verdad, vivimos en democracia. Sin embargo, falta poco para expresar la palabra amenazante, que acaso ya se murmura: "Superfluos... "

¿Qué sucedería si desapareciera la democracia? ¿No aparecería el riesgo de formular el "exceso" (que por otra parte se acrecentará inexorablemente)? ¿De pronunciarlo y de esa manera consagrarlo? ¿Qué sucedería si el "mérito" del cual dependería más que nunca el derecho de vivir, y el derecho en sí mismo, fueran juzgados y administrados por un régimen autoritario?

No ignoramos, no podemos fingir que ignoramos, que al horror nada le es imposible y que las decisiones humanas no conocen límites. De la explotación a la exclusión, de ésta a la eliminación e incluso a desastrosas explotaciones aún desconocidas: ¿es ésta una hipótesis inconcebible? Sabemos por experiencia que la barbarie, siempre latente, se conjuga de maravillas con la mansedumbre de esas mayorías que saben incorporar el horror a la frivolidad ambiente.

Se advierte que frente a ciertos peligros, virtuales o no, es el sistema basado en el trabajo (aún reducido al estado de sombra) el que aparece como nuestra defensa, lo cual acaso justifica que nos aferremos regresivamente a esas normas que ya no tienen vigencia. Pero no por ello es menos cierto que el sistema descansa sobre cimientos podridos, más permeables que nunca a toda forma de violencia y perversidad.

Sus rutinas, aparentemente capaces de atenuar o demorar lo peor, giran en el vacío y nos mantienen adormecidos en aquello que en otra parte he llamado la "*violencia de la calma*".³ Es la más peligrosa, la que permite a las demás desencadenarse sin obstáculos; proviene de un conjunto de impositions derivado de una tradición terriblemente larga de leyes clandestinas. "La calma de los individuos y las sociedades se obtiene mediante el ejercicio de antiguas fuerzas coercitivas subyacentes, de una violencia enorme y tan eficaz que pasa inadvertida", y que en última instancia se la incorpora a tal punto que deja de ser necesaria. Esas fuerzas nos coaccionan sin necesidad de manifestarse. Lo único que aparece a la vista es la calma a la que nos vemos reducidos incluso antes de haber nacido. Esa violencia, *agazapada* en la calma instituida por ella, se prolonga y actúa, indetectable. Entre otras funciones, vigila los escándalos que ella misma disimula para imponerlos mejor, y suscita una resignación generalizada tal, que uno ya no sabe a qué se ha resignado: ¡tan hábil es para imponer el olvido!

Contra ella no hay otra arma que la exactitud y la frialdad de la verificación. La crítica es más espectacular pero menos drástica porque entra en el juego propuesto y acepta sus reglas, les da legitimidad incluso al oponerse a ellas. Resulta así que "desbaratar" es la palabra clave. Se trata de desbaratar la inmensa y febril partida planetaria cuyos premios nunca se conocen, ni la clase de espectáculo que nos brinda (o quién nos lo brinda) y detrás de la cual se jugaría otra.

A los fines de la verificación, nunca está de más poner en duda incluso la existencia de los problemas ni poner en tela

³ Forrester, V, *La violence du calme*, Paris, Seuil, 1980.

de juicio sus términos. Sobre todo cuando esos problemas implican los conceptos de "trabajo" y "desempleo" en torno de los cuales desgranar sus melopeas los políticos de todas las tendencias y se cantan letanías de soluciones banales, superficiales, machaconas, que se sabe son ineficaces, que no contienen la desgracia acumulada y ni siquiera la contemplan.

El mejor ejemplo de ello es que los textos, los tratados que analizan los problemas del trabajo y por ende del desempleo, en realidad sólo tratan sobre la ganancia que conforma su base, su matriz, pero sin mencionarla jamás. Aunque en ese terreno calcinado la ganancia sigue siendo el gran ordenador, se la conserva en secreto. Persiste más allá, considerada tan evidente que va de suyo. Todo se organiza, prevé, prohíbe y realiza en función de la ganancia, que por lo tanto parece insoslayable, unida al meollo mismo de la vida hasta el punto quejoso se la distingue de ella. Opera a la vista de todos, pero no se la percibe. Aparece activamente por todas partes pero jamás se la menciona a no ser bajo la forma de esas púdicas "creaciones de riquezas" consideradas beneficiosas para toda la especie humana y proveedoras de multitudes de puestos de trabajo.

Por consiguiente, todo cuanto afecta a esas riquezas es criminal. Hay que conservarlas a toda costa, jamás ponerlas en tela de juicio, olvidar (o fingir que se olvida) que siempre benefician al mismo grupo reducido de personas, cuyo poder se acrecienta constantemente para imponer esa ganancia (que es suya) como única lógica, como la sustancia misma de la existencia, el pilar de la civilización, la garantía de la democracia, el móvil (fijo) de toda movilidad, el centro neurálgico de toda circulación, el motor invisible e inaudible, intocable, de nuestras actividades.

Por consiguiente, la ganancia tiene la prioridad; es el origen de todo, como una suerte de *big bang*. Sólo después de garantizar y deducir la parte que le toca a los negocios —a la economía de mercado— se tiene en cuenta (cada vez menos) a los demás sectores, entre ellos los de la ciudad. Ante todo está la ganancia, en función de la cual se instituye lo demás.

Sólo después se distribuyen las sobras de las dichosas "creaciones de riquezas" sin las cuales, se nos dice, no habría nada, ni siquiera esas migajas que por otra parte se van reduciendo: no hay otra reserva de trabajo ni de recursos.

"¡Dios nos libre de matar a la gallina de los huevos de oro!", decían las niñeras al insistir en la necesidad de que hubiera ricos y pobres. "Siempre harán falta los ricos. Si no existieran, ¿me quieres decir qué harían los pobres?" ¡Eran unas verdaderas políticas, esas niñeras, magníficas filósofas! Habían comprendido.

La prueba: sordos a sus verdaderas intenciones, seguimos escuchando los halagos engañosos de esos poderes que veneraban las niñeras. Ellos por otra parte nos halagan y mienten cada vez menos: a tal punto han inculcado sus postulados y su credo en las masas planetarias anestesiadas. ¿De qué sirve derrochar energía para persuadir a personas convencidas o al menos desarmadas por años de propaganda?

Esta propaganda eficaz supo apoderarse, lo que no es baladí, de una serie de términos positivos, seductores, para acapararlos, tergiversarlos y conservarlos juiciosamente. Así pues, tenemos un mercado *libre* para obtener ganancias; planes *sociales* encargados de expulsar de su trabajo, al me-

nor costo posible, a hombres y mujeres que a partir de entonces quedan privados de medios de subsistencia e incluso de un techo; un Estado *providencial* que actúa como si reparara las injusticias flagrantes, a menudo inhumanas. Y a ellos se suman esos *beneficiarios* que se sienten humillados por hallarse en tal estado (y lo están), cuando no se considerará "beneficiario", de la cuna a la tumba, a un heredero.

¿Baladí?

No escuchamos el doblar de las campanas por ciertas palabras. Si las palabras "trabajo" y por consiguiente "desempleo" persisten despojadas del sentido que aparentan transmitir, es porque en virtud de su carácter sagrado, imponente, ayudan a conservar los restos de una organización caduca, pero capaz de salvaguardar durante un tiempo la "cohesión social" a pesar de su "fractura"... ¡y así se enriquece la lengua!

Por el contrario, cuántos términos caen en el encanto del desuso: "ganancia", por cierto, pero también, por ejemplo, "proletariado", "capitalismo", "explotación", ¡incluso esas "clases" por ahora impermeables a toda "lucha"! Emplear esos arcaísmos sería un acto heroico. ¿Quién aceptaría de buen grado el papel de fisgón iluminado, de bobo desinformado, de sabio versado en cuestiones tan actuales como el transporte en carroza? ¿Quién apreciaría el derecho de tener las cejas, no fruncidas por la furia sino alzadas en una mirada atónita e incrédula no exenta de compasión? "De todas maneras, usted no querrá decir que... Usted no pretenderá... Cayó el muro de Berlín, ¿sabía usted? ¿A usted realmente le gustaba la Unión Soviética? ¿Stalin? Pero la libertad, el mercado libre... ¿no?" Y frente a semejante individuo atrasado, conmovedor de tan *kitsch*, sólo cabe una dulce sonrisa.

Sin embargo, su contenido hace necesario rescatar estas palabras del índice, caso contrario su contenido oculto, jamás expresado ni verificado, es prolongado sin fin. Castrado de estos términos, ¿cómo podría el lenguaje rendir cuenta de la Historia, que está cargada de ellos y continúa acarreándolos en silencio?

¿Están prohibidos o perdieron su sentido porque una monstruosa empresa totalitaria los empleó e incluso promovió? ¿Debemos rechazar por decreto de la autoridad, maquinalmente, lo que otros aceptaban de la misma manera? ¿La autoridad y lo maquinal son lo único que persiste? ¿El stalinismo habrá erradicado todo, incluso a partir de su ausencia, hasta el punto absurdo de no autorizar sino el silencio de los mediadores, los arbitros, los intérpretes e incluso los interlocutores válidos? ¿Le permitiremos determinar esos mutismos, esas amputaciones del lenguaje que mutilan el pensamiento? Es evidente que la autoridad del razonamiento lacunar, organizado en torno de sus lagunas, impide cualquier análisis, cualquier reflexión seria... y con mayor razón cualquier refutación de lo que se ejerce sin decirlo.

Si a esos vocabularios, herramientas del pensamiento capaces de expresar los sucesos, no sólo se los declara sospechosos sino que se los decreta vacíos de contenido, y si en su contra se esgrime la más eficaz de las amenazas, la del ridículo, ¿qué armas, qué aliados les quedan a aquellos a quienes sólo un examen estricto de la situación los salvaría no tanto de la miseria y el ultraje como de sentirse avergonzados de ellos y de ser olvidados en vida?

¿Cómo llegamos a semejante amnesia, a esta memoria lacónica, al olvido del presente? ¿Qué sucedió para que reinen

hoy semejante impotencia de un lado y dominación del otro; la aceptación generalizada de ambas; semejante hiato? No hay lucha alguna, salvo la que reivindica un espacio creciente para una economía de mercado, si no triunfante al menos omnipotente, y que por cierto posee una lógica propia a la cual no se enfrenta ninguna otra. Todos parecen participar del mismo campo, considerar que el estado actual de las cosas es el único natural, que el punto al que ha llegado la Historia es el que todos esperaban.

Nadie apoya a los condenados. El otro discurso ahoga todos los demás. Impera una atmósfera totalitaria. Aterradora. Y no hay otros comentarios que los del señor Homais,⁴ más sempiterno, oficial, solemne y plural que nunca. Sus monólogos. La ponzoña que destila.

⁴ Personaje de *Madame Bovary* de Flaubert, encarnación de la pedantería y del materialismo grosero, que arrastra a la protagonista a la ruina económica. [N. del T.]

II

Mientras el señor Homais triunfa y monologa sin que nadie lo refute o siquiera le responda, por falta de un lenguaje adecuado, no nos hemos dado cuenta de que sólo nos queda salmodiar a coro con él, a la manera de figurantes. La mayoría de los verdaderos actores, los papeles protagonistas, hicieron mutis por el foro a nuestras espaldas, llevándose consigo el argumento. A propósito del trabajo o la falta de éste, hablamos de ellos como si estuvieran presentes y fueran nuestros pares, incluso en el seno de una jerarquía presidida por ellos.

No es así ni volverá a serlo.

Los territorios del trabajo y más aún los de la economía se alejan cada vez más; ellos los acompañan, y todos se distancian hasta volverse apenas perceptibles y cada vez más impalpables. En poco tiempo quedarán —si no lo están ya— fuera del alcance de las manos y la vista. Y nosotros seguiremos debatiéndonos entre los mismos decorados.

A nuestros ojos el trabajo sigue vinculado con la era industrial, el capitalismo de orden inmobiliario. En esa época el capital presentaba garantías evidentes: fábricas sólidas, hitos fáciles de identificar tales como talleres, minas, bancos, edificios que eran parte de nuestros paisajes, inscritos en los catastros. Creemos vivir aún en la época en que se podía calcular su superficie, juzgar su emplazamiento, evaluar su costo. Las fortunas estaban encerradas en las cajas fuertes. Las transacciones se realizaban en circuitos verificables. Actores de estado civil claramente definido —gerentes, empleados, obreros— se desplazaban de un punto a otro y sus

caminos se cruzaban. Se sabía quiénes eran los dirigentes y dónde estaban, quién se beneficiaba con las ganancias. El jefe solía ser un solo hombre más o menos poderoso, más o menos competente, más o menos déspota, más o menos próspero, dueño de la propiedad y poseedor del dinero. Era el propietario de la empresa (con socios siempre identificables o sin ellos). Se trataba de un individuo tangible, de carne y hueso, con nombre y apellido, que tenía herederos y en la mayoría de los casos él mismo lo era. Bastaba la mirada para evaluar la importancia de la empresa, se sabía dónde se realizaba el trabajo y también dónde se reproducían (con frecuencia en condiciones escandalosas) tanto la "condición obrera" como las dichas "creaciones de riquezas", entonces llamadas "ganancias". Los productos manufacturados (mercancías), la negociación, la circulación de materias primas eran de importancia esencial; la empresa era una razón social con funciones conocidas, incluso certificadas. Se podían distinguir las configuraciones, incluso las internacionales, separar el comercio de la industria y las finanzas. Llegado el caso se sabía a qué oponerse y dónde hacerlo. Esto sucedía en nuestras geografías con ritmos que nos eran conocidos, aunque fueran excesivos. Y se enunciaba en nuestros idiomas, en nuestra lengua. Vivíamos un reparto de papeles a veces desastroso, pero todos éramos personajes de la misma novela.

Ahora bien, de alguna manera han escamoteado ese mundo en que los lugares de la producción se fusionaban con los de la economía, en que el trabajo de gran número de ejecutores era indispensable para los que tomaban las decisiones. Creemos que aún lo recorreremos, respiramos en él, lo obedecemos o dominamos, cuando en realidad no funciona más o lo hace "de mentira", como dicen los niños, y bajo *el*

control de fuerzas verdaderas que lo rigen discretamente administran su naufragio.

Con él se escamotearon los modelos intermedios que lo sucedieron poco a poco en transición hacia el mundo actual, el de las multinacionales, las transnacionales, el liberalismo absoluto, la globalización, la mundialización, la desregulación, la virtualidad. Esos modelos, ahora totalmente subalternos y en vías de desaparición, a lo sumo se los encuentra bajo la férula de potencias remotas y complicadas.

El mundo que se instala bajo el signo de la cibernética, la automatización y las tecnologías revolucionarias, y que desde ahora ejerce el poder, parece zafarse, parapetarse en zonas herméticas, casi esotéricas. Ha dejado de ser sincrónico con nosotros. Y desde luego, no tiene vínculos reales con el "mundo del trabajo" que ha dejado de serle útil y que, cuando alcanza a vislumbrarlo, le parece un parásito irritante caracterizado por su presencia molesta, sus desastres embarazosos, su obstinación irracional en querer existir. Su escasa utilidad. Su débil resistencia, su carácter benigno. Sus renunciamientos y su inocuidad, encerrado como está en los vestigios de una sociedad en la cual sus funciones están abolidas. Entre esos dos universos no puede haber continuidad. Lo antiguo decae y sufre, marginado del otro, al que ni siquiera logra imaginar. Lo otro, reservado a una casta, infunde un orden inédito de "realidad" o, si se quiere, de desrealidad donde la horda de "buscadores de empleo" apenas representa un ejército pálido de espectros que no volverán.

¿Por qué esta casta habría de ocuparse de las turbas de inconscientes que insisten maniáticamente en ocupar perímetros concretos, establecidos, conocidos, donde clavar cla-

vos, atornillar tornillos, operar máquinas, clasificar cosas, hacer cuentas, meterse en todo como las moscas, con circuitos lentos a la medida del cuerpo, esfuerzos evidentes, cronologías y ritmos tan antiguos como las carrozas? ¿Por qué habría de ocuparse de sus vidas, sus hijos, su salud, vivienda, alimentación, remuneraciones, sexo, enfermedades, ocio y derechos?

¡Ingenuos! Aquellos a quienes reclaman todo, es decir, un puesto de trabajo, ya no son accesibles. Están activos en otras esferas donde operan con lo virtual, donde combinan bajo la forma de "productos derivados" valores financieros no sustentados con activos reales y que, volátiles e inverificables, suelen ser negociados, robados, convertidos incluso antes de haber existido.

En nuestro tiempo, los que toman las decisiones son aquellos que Robert Reich llama "manipuladores de símbolos" o, si se quiere, "analistas de símbolos"¹ que se comunican poco o nada con el antiguo mundo de los "patronos". ¿Qué valor pueden tener esos "empleados" costosos, inscritos en el seguro social, inconstantes y pesados, en comparación con esas máquinas sólidas y constantes, marginadas de la protección social, manipulables por su esencia, económicas por añadidura, despojadas de emociones dudosas, quejas agresivas, deseos peligrosos? Ellas operan en otra época, que tal vez es la nuestra pero a la cual no tenemos acceso.

Se trata de un mundo que vive gracias a la cibernética, las tecnologías de punta, el vértigo de lo inmediato; un mundo en el cual la velocidad se confunde con lo inmediato en espacios sin intersticios. Allí reinan la ubicuidad y la simultanei-

¹ Reich, R.

dad. Los que operan en él no comparten con nosotros el espacio, la velocidad ni el tiempo. Sus proyectos, su idioma y sus pensamientos; sus cifras y números; sus necesidades y su moneda: todos ellos nos son ajenos.

No son feroces, ni siquiera indiferentes. Son inasequibles y nos recuerdan vagamente, como a parientes pobres abandonados en el pasado, en el mundo penoso del trabajo, ese mundo de los "empleos". ¿Se cruzan con nosotros? Desganados, nos hacen una señal desde su mundo de signos y vuelven a jugar entre ellos esos juegos apasionantes que condicionan este planeta cuya existencia desconocen por fuera de sus redes. Gobiernan la economía mundializada por encima de las fronteras y los gobiernos. Para ellos, los países son meros municipios.

Y en ese imperio —¡uno cree estar soñando!— los trabajadores, pobres diablos, aún creen poder colocar su "mercado de trabajo". Es para llorar de la risa. En otra época debían aprender a conservarse en sus puestos. Ahora deberán aprender a no tener puesto alguno, y ése es el mensaje que se les envía, por el momento de manera muy discreta. El mensaje que nadie quiere, ni se atreve a descifrar por temor a imaginar las posibles consecuencias.

No obstante, ése es el camino que se está siguiendo. Una mayoría de seres humanos ha dejado de ser necesaria para el pequeño número que, por regir la economía, detenta el poder. Según la lógica dominante, multitudes de seres humanos carecen de motivo racional para vivir en este mundo donde, sin embargo, llegaron a la vida.²

² En otros continentes hay multitudes que viven en ese estado. El futuro prometeles un acercamiento a las condiciones de vida occidentales. Queda por verse en todo el planeta una mayoría no se alineará con ellas.

Para obtener la facultad de vivir y los medios para hacerlo deberían satisfacer las necesidades de las redes de los mercados, las que rigen el planeta. Pero no lo hacen, o mejor dicho, los mercados ya no aseguran su presencia ni tienen necesidad de ellos. O tienen necesidad de muy pocos, cada vez menos. Por consiguiente, su vida ya no es "legítima" sino tolerada. Su lugar en este mundo es inoportuno pero consentido por pura benevolencia, por sentimentalismo, por antiguos reflejos, por referencia a aquello que durante mucho tiempo se tuvo por sagrado (al menos en teoría). El miedo al escándalo, las ventajas que los mercados aún pueden obtener, así como los juegos políticos y los envites electorales basados en la impostura según la cual estamos viviendo una "crisis" que cada bando pretende poder resolver son otros tantos factores coadyuvantes.

Por otra parte, cierta obstrucción atávica de Ja conciencia impide aceptar de entrada semejante implosión. Es difícil reconocer e inconcebible declarar que la presencia de una multitud de seres humanos se vuelve precaria, no por la ineluctabilidad de la muerte sino porque, por el hecho de vivir, su presencia ya no corresponde a la lógica predominante debido a que, lejos de aportar nada, se vuelve costosa, excesivamente costosa. En una democracia nadie se atreverá a declarar que la vida no es un derecho y que hay un exceso de seres vivos. ¿Pero nadie lo haría bajo un régimen totalitario? ¿No se ha hecho ya? ¿Y no reconocemos ese principio, aún deplorándolo, cuando a distancias equivalentes a las de nuestros centros de vacaciones la hambruna *diezma* a las poblaciones?

Las privaciones sufridas por números considerables y crecientes de individuos podrían ser apenas el prólogo del rechazo (que puede llegar a ser drástico) del que serían obje-

to; aquéllas no muestran una tendencia a debilitarse ni desaparecer como pretenden sin convicción los razonamientos políticos enunciados y no aplicados, sino a debilitar y marginar principalmente a aquellos que son sus víctimas. El razonamiento económico (aplicado pero no enunciado) va en ese sentido: las masas son abstracciones vagas y nadie se preocupa por las disparidades salvo para reducir al mínimo las escasas conquistas de los elementos más débiles, inmediatamente excluidos o, por decirlo de otra manera, incluidos aún más en el despojo.

Si bien no hay espacio mayor y éste se reduce constantemente debido a la desaparición del trabajo —sobre el cual, sin embargo, aún se sustenta la sociedad y del cual depende la supervivencia de los vivos—, esta desaparición no incomoda en absoluto a los verdaderos poderes, los de la economía de mercado. Pero la miseria causada por esta desaparición tampoco es un objetivo buscado. Más bien suelen toparse con ella como un inconveniente colocado en el camino y de paso, sacar partido de ella: se sabe que la miseria suele dar ganancias a las ganancias. Lo que les importa y resta importancia a los demás fenómenos son las masas monetarias, los juegos financieros: las especulaciones, las transacciones inéditas, los flujos impalpables, la realidad virtual que hoy es más influyente que ninguna.

Ahora bien, cabe verificar que esto es perfectamente razonable desde su punto de vista. Esta coyuntura y sus fenómenos corresponden totalmente a su vocación, deberes profesionales y sentido de la ética. Y además la pasión de poder y de lucro, tan embriagadora, tan humana, excesivamente humana, encuentra aquí sus fuentes y los territorios donde exaltarse, irresistible, voraz y devastadora. Los que participan de este poderío encuentran en este contexto sus funcio-

nes naturales. El drama corresponde a aquellos cuyas funciones yacen abandonadas.

Una historia larga, muy larga y paciente, subterránea y secreta, desarrollada en las sombras, debió provocar el abandono de esas funciones. Estas dimisiones facilitaron la hegemonía de una economía privada convertida en anónima. Las fusiones masivas a escala planetaria la agruparon en redes embrolladas, inextricables pero tan móviles, de una ubicuidad tal, que ya no son localizables, escapando a todo lo que podría limitarlas, supervisarlas o siquiera observarlas.

Algún día habrá que emprender el estudio de este fenómeno, desentrañar la historia clandestina de esta evolución imperceptible y sin embargo tan radical.

Hoy se puede medir la amplitud de la expansión de las potencias privadas, debida en gran medida a la de las prodigiosas redes de comunicación, de transacciones instantáneas, a los factores de ubicuidad que derivan de ellos y que aquéllas supieron ser las primeras en explotar, aboliendo la distancia y el tiempo —¡lo que no es poco!— en beneficio propio.

Es una desmultiplicación vertiginosa de la cantidad de valores en todas las direcciones que pueden abarcar, dominar, duplicar sin preocuparse por las leyes y los límites que en un contexto así mundializado ellas pueden esquivar fácilmente. Sin preocuparse demasiado por los Estados, frecuentemente más pobres que ellas, empantanados, puestos en tela de juicio, acusados, las potencias económicas pueden lanzarse a la acción, más libres, más motivadas, más ágiles, infinitamente más influyentes que aquéllos, sin preocupacio-

nes electorales, responsabilidades políticas, controles ni, desde luego, la menor solidaridad con aquellos a quienes aplastan, dejando a otros la tarea de demostrar que todo se hace por su bien... y por el bien de todos, porque éste pasa, de más está decirlo, por sus propios "bienes".

Se colocan por encima de todas las instancias políticas sin necesidad de tener en cuenta ninguna ética asfixiante, ningún sentimiento. En el límite, en la más alta de sus esferas, donde el juego se vuelve imponderable, no tienen que responder por éxitos o fracasos ni jugarse por otra cosa que ellas mismas y sus transacciones, esas especulaciones sin término, ni otro fin que su propio movimiento.

Los únicos obstáculos que conocen son aquellos que les oponen ferozmente sus propios pares. Pero éstos siguen el mismo camino que ellas, van hacia los mismos objetivos, y si algunos tratan de alcanzarlos antes que otros o en su lugar, eso no altera en absoluto el sistema general. En verdad, la competencia desenfrenada en el seno de redes tan complejas las une, afila sus energías enderezadas hacia los mismos fines dentro de una ideología común, jamás formulada ni confesada: sólo aplicada.

Estas redes económicas privadas transnacionales dominan cada vez más los poderes estatales; lejos de ser controladas por ellos, los controlan y, en suma, conforman una suerte de nación sin territorio ni instituciones de gobierno que rige las instituciones y las políticas de diversos países, con frecuencia por intermedio de importantes organizaciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico.

Un ejemplo: en muchos casos, las potencias económicas privadas suelen dominar las deudas de Estados que, por eso mismo, dependen de ellas y están sometidos a su arbitrio. Dichos Estados no vacilan en convertir las deudas de sus protectores en deuda pública y tomarla a su cargo. A partir de entonces esas deudas serán pagadas, sin compensación alguna, por el conjunto de la ciudadanía. Qué ironía: recicladas en el sector público, estas deudas del sector privado aumentan la deuda que incumbe a los Estados, colocando a éstos más que nunca bajo la tutela de la economía privada. A la cual, tomada a su cargo (como suele suceder) por el Estado, y por consiguiente por la comunidad, jamás se la trata... ¡de "beneficiaria de la asistencia"!

He aquí, pues, que la economía privada goza de una libertad como nunca había tenido: esa libertad tan reclamada por ella y que se traduce en desregulaciones legalizadas, en anarquía oficial. Libertad provista de todos los derechos, de toda permisividad. Libertad desenfrenada cuya lógica satura una civilización que culmina y cuyo naufragio ella impulsa. Este naufragio disimulado es atribuido a las "crisis" temporarias a fin de que pase inadvertida una nueva forma de civilización que ya despunta, en la que sólo un porcentaje muy pequeño de la población encontrará funciones. Ahora bien, de esas funciones depende el modo de vida de cada uno, pero, más aún, la facultad de vivir de cada uno. La prolongación o no de su destino.

Según el uso secular, aquí actúa un principio fundamental: un individuo sin función no tiene lugar ni acceso evidente a la vida, o al menos a su prolongación. Si bien, hoy por hoy, las funciones desaparecen irrevocablemente, el principio perdura aunque en lo sucesivo no organizará las socie-

dades sino que destruirá la condición humana, estropeará las vidas o incluso las diezmará.

Nadie tiene la audacia de reconocer, visualizar ni menos aún mencionar el peligro. Se trata de una omisión gravísima, literalmente vital —o moral— porque nadie enfrenta la *amenaza* oculta, nadie se opone ni intenta revertir la corriente, menos aún señalar y denunciar el credo que ordena esas virtualidades siniestras. Nadie sugiere intentar una administración lúcida que ofrecería quizás un lugar a cada uno, pero dentro de un juego evidentemente distinto. En cambio, se entierra en vida a quienes dependen de un sistema muerto. ¡Tragedia, desastre que se podría evitar, incluso tal vez sin perjudicar a los actores, a los beneficiarios del credo!

Este credo jamás es enunciado, pero sería impío ponerlo en tela de juicio. La duda está implícita en la fe, pero prohibida por el *diktat* económico. ¿Alguien se arriesga a murmurar algunas tímidas reservas, a demostrar cierto vértigo frente a la hegemonía de una economía mundializada abstracta, inhumana? Al instante le cierran el pico con los dogmas de esa misma hegemonía en la que, seamos realistas, todos estamos atrapados. Inmediatamente le oponen las leyes de Ja competencia, la competitividad, la adecuación a las normas económicas internacionales —que son las de la desregulación— al tiempo que se cantan loas a la flexibilización laboral. Uno debe cuidarse entonces de insinuar que con ello el trabajo queda más sometido que nunca al arbitraje de la especulación, al de los que toman las decisiones en un mundo que debe ser rentable en *todos* los niveles, un mundo reducido en su conjunto a una inmensa empresa... que por otra parte, no está necesariamente en manos de los administradores más competentes. Algunos dirían que es

un inmenso casino. Inmediatamente le obligarán a respetar las leyes misteriosas, más o menos clandestinas, de la competitividad y coronarlo todo con el chantaje del traslado de las empresas y las inversiones, la transferencia más o menos legal de capitales, sucesos que por otra parte se producen de todos modos.

En suma, es el chantaje en el sendero angosto.

Estos razonamientos, estas amenazas asestadas a los grupos debilitados, despojados más o menos subrepticamente de sus facultades críticas y su lucidez, cuentan con el apoyo o al menos con el consentimiento tácito del cuerpo social paralizado.

Pero somos sordos a este silencio, que se convierte en el mejor cómplice de la expansión empresarial que satura el planeta en detrimento de las vidas: la prioridad de sus balances pasa por ley universal, dogma, postulado sagrado. Con la lógica de los justos, la benevolencia impasible de los generosos y los virtuosos, junto con la seriedad de los teóricos, se provoca la indignancia de un número creciente de seres humanos y se perpetra el despojo de derechos, la expoliación de la vida, la destrucción de la salud, la exposición de los cuerpos al frío, el hambre, las horas muertas, la vida atroz.

Ninguna malevolencia o deseo hostil los impuso; ningún sentimiento, escrúpulo o compasión se les anticipó. Ninguna indignación o cólera los combatió. Parecen responder a un sentido de la fatalidad reconocido por todos; el mismo que conduce, de acuerdo con la mentalidad general, a maltratar aún más a los desfavorecidos, a castigarlos con el desprecio que *atraen* sobre sí y sobre todo a olvidarlos. Ahora

bien, aún así son molestos. ¿Qué hacer con esas masas que han dejado de reclamar (que aceptan el hecho consumado), pero que molestan con su sola presencia? ¡Qué bien estaríamos sin esos aguafiestas, esos chupasangres, en fin, esos aprovechados que se consideran indispensables y reclaman el derecho pleno de existir! Qué irritante es esa pérdida de tiempo y dinero que provocan. ¡Uno está tan bien entre los suyos! Con todo, encontrarse "entre los suyos" podría significar para muchos (¿la mayoría?) convertirse en parte del grupo sacrificado al que han arrojado a los "suyos" y que crece a una velocidad inaudita.

Pues bien, ahí están los "excluidos", implantados como ninguno. Hay que tenerlos en cuenta. Repetir incesantemente y a los cuatros vientos esos deseos piadosos, esos estribillos, *leitmotive* y sonsonetes que parecen tics, que llaman al desempleo "nuestra mayor preocupación" y a la creación de puestos de trabajo "nuestra prioridad número uno". Dicho, repetido y machacado el discurso, es lícito reflexionar, deliberar y decretar en función de los flujos financieros, bajo la égida de sus animadores y sin tener en cuenta a los demás contemporáneos —la mayoría de los seres humanos vivientes— sino como factores por ahora insoslayables, categorías crédulas a las que se debe prestar la menor atención posible, acentuando el bajo perfil de esas poblaciones sobre las cuales nadie se atrevería a insinuar que no tienen razón de ser y que sólo figuran como una carga molesta, una proliferación de parásitos cuya única referencia es la presencia tradicional de multitudes humanas sobre la corteza terrestre. A esta tradición aparentemente se la ha de considerar retrógrada.

¿Que todavía no hemos llegado a ello? Veamos, por ejemplo, una ciudad lujosa, moderna, sofisticada como París, donde

tanta gente, pobres de nueva y antigua data, duerme a la intemperie, los cuerpos y espíritus quebrantados por la falta de alimento, cuidados, calor, presencia, respeto. Pregúntemonos hasta qué punto la crueldad de esa vida abrevia su duración³ y si hacen falta muros y torres para encarcelar a esas personas, o armas para poner fin a sus días. Observemos la feroz indiferencia a su alrededor, incluso la reprobación con que se los mira. Y éste no es sino un ejemplo entre las múltiples aberraciones bárbaras, geográficamente próximas, incluso vecinas. Implantadas en el seno mismo de nuestras ciudades. Esto es lo que se llama la "fractura social". No es la injusticia social ni el escándalo social. Tampoco es el infierno social. No. Es la fractura social, como los planos del mismo nombre.

³ "El nivel de mortalidad prematura (antes de los 65 años) varía según las categorías sociales... y pone de manifiesto una jerarquía clara. La tasa de mortalidad prematura de los obreros y empleados es 2, 7 veces más elevada que la de los cuadros superiores y las profesiones liberales y 1, 8 veces más elevada que la de los cuadros medios y los comerciales. " Esto es de por sí escandaloso. Pero imaginemos la tasa de mortalidad prematura entre los sin techo. (Fuente: Inserm, SC8, en *INSEE Première*, febrero de 1996.)

III

¿París? Mire a París, dirá usted. Una ciudad entre otras. Los transeúntes pasan, los automóviles circulan. Vea las tiendas, los teatros, los museos, los restaurantes, las oficinas, los ministerios. Todo funciona. Vacaciones, elecciones, funciones, fines de semana, prensa, cafés. ¿Escucha el menor gemido, la menor imprecación? ¿Es frecuente ver lágrimas, cruzarse con personas que lloran en la calle? ¿Se advierten ruinas? Se compran productos, se publican libros, desfila la moda, se festejan las fiestas, se hace justicia. Se actúa en la Comedia Francesa y se juega en Roland Garros. Pasear despreocupadamente por los mercados —no los financieros y mundiales sino los de las flores, los quesos, las especias, la caza— siempre produce la misma seducción. La civilización transcurre, imperturbable...

Por cierto que hay mendigos. Viven en cajas de cartón; el pavimento es su cama. La miseria se ve en las esquinas. Pero la vida continúa, amable, entretenida, elegante, incluso erótica. Escaparates, turistas, ropa, algunos árboles, encuentros, nada de eso ha terminado ni apunta a un final.

¿De veras? Ciertamente, si aceptamos la existencia y esos paisajes tal como se presentan o nos los presentan, si adherimos a los puntos de vista aconsejados, por no decir autorizados, y a las posiciones preferidas; si nos parece bien que se favorezca siempre a los más favorecidos y se deje de lado a los demás; si nos deslizamos según el orden previsto a lo largo de la ruta trazada; si llegamos a aprobar aquello que se nos reprueba cuando lo permitimos, sólo percibiremos la armonía así confeccionada. Habremos aceptado y hecho nuestra la percepción de un mundo acorde con sus habitantes, mejor dicho con un número cada vez menor de ellos (pero es-

teremos provistos de todos los medios para desconocerlo, para olvidar lo que nos inquieta). Contaremos con todos los subterfugios destinados a convencernos de que, suceda lo que sucediere, no estamos en el infortunio absoluto ni caeremos en él.

Así evitaremos cualquier inquietud respecto de los demás. Pasaremos por alto que París, como toda gran ciudad, contiene bolsones de miseria, pero relega esa masa de marginales a los guetos perdidos, a ciertos arrabales, a distritos adyacentes a la ciudad pero más extranjeros que cualquier ciudad extranjera, más remotos que cualquier otro continente. Haremos caso a la prohibición que nos aparta de las angustias peligrosas, coetáneas con nuestras vidas. Olvidaremos el largo y lento martirio destilado por la desgracia. Encubriremos el sufrimiento vergonzoso de estar de más, de ser una molestia. El terror de ser inoportuno. La obsesión y la carga de la insolvencia. El fastidio de ser considerado una molestia, incluso por uno mismo.

El joven: una energía siempre y constantemente despreciada, castrada; el viejo: una fatiga que no encuentra reposo ni, desde luego, el menor bienestar ni consideración. Cuánta angustia la de estos "marginados", de los que están en trance de serlo y de caer en el olvido, de los cuales el mundo no tardará en olvidar que se aferran desesperadamente a un nombre, una conciencia, incluso a veces a un "domicilio fijo". Cada uno es presa de ese cuerpo al que debe alimentar, abrigar, cuidar, dar vida y que le pesa dolorosamente. Ahí están con su edad, sus puños, cabellos, venas, la compleja sutileza de su sistema nervioso, su sexo, su estómago. Su tiempo deteriorado. Su nacimiento que tuvo lugar y que fue para cada uno el comienzo del mundo, el paso inicial en el camino que los llevó hasta allá.

Por ejemplo, este viejo, usado, vencido, maltrecho, quebrado, aterrado y acosado durante tanto tiempo que ya ni siquiera mendiga. Esta mirada tan vieja que la miseria pone incluso en las caras de los jóvenes y hasta de los lactantes. Caras de bebés de otros continentes, de tiempos de hambre, bebés con cara de viejo o de Auschwitz, acunados en las privaciones, el sufrimiento, la agonía brusca, y que parecen saber, haber aprendido de un solo golpe toda nuestra Historia, más sabios que cualquiera sobre la ciencia de los siglos, como si hubieran experimentado todo, conocido todo acerca del mundo que los expulsa.

Miradas de adultos pobres y ancianos pobres... ¿pero quién puede determinar su edad? Miradas insostenibles porque sucede que en ellas sobrevive alguna esperanza. A veces no hay peor angustia, peor sufrimiento, que la esperanza. Y no hay peor horror que el fin de uno mismo cuando sobreviene antes que la muerte y hay que arrastrarlo en vida. Esos pasos decaídos. Esta ausencia de recorrido que hay que recorrer. Estas caras, estos cuerpos que ya nadie, ni ellos mismos, considera personas, o que se consideran o recuerdan la persona que fueron y a la cual tuvieron o creyeron tener a su cargo y son conscientes de aquello en que se han convertido. ¿Se recuerda entonces, se vuelve sobre el discurrir de las estaciones en las que todo se perdió o todo se petrificó en la resignación? ¿Se vuelve con insidiosa lentitud sobre aquel tiempo en que se convirtió en uno de aquellos que, siendo mirados y oídos, no son vistos ni escuchados y por otra parte se callan? Uno de aquellos a quienes no se brinda "consideración" ni reconocimiento sino como una suerte de fantasma folclórico, que no tiene derecho a la carne de las palabras sino a las siglas y números de la obra social, el seguro al parado o... nada.

El peligro crece con el anonimato. Las iniciales confirman la caída en la insignificancia, redoblan la pérdida del nombre, la de una intimidad reconocida que sustenta lo individual y con ello, la igualdad ante la ley. Sancionan la amputación del pasado, el despojo de una biografía reducida a unas cuantas mayúsculas que no designan cualidad alguna, aunque fuese negativa, y que se pueden comparar con las marcas que distinguen a las tropillas de ganado. Tienden a banalizar lo inadmisibile al clasificarlo en categorías previstas, con letras mudas que callan lo insostenible y eliminan el escándalo al homologarlo.

Aquí la sigla no indica la presencia de una persona importante que detenta una función, por ejemplo un presidente de Directorio. Por el contrario, significa la desaparición de una persona en la multitud de los despojados, los ausentes considerados todos análogos bajo una designación que nada define. No es posible el menor detalle, el rastro de un destino, el menor comentario. Es la normalización en la anulación social o mejor (si se quiere), en la inscripción que anula. Aquí no hay personas. Por consiguiente, a nadie le sucede nada. Se restablece la calma. Se instaura el olvido, el de un presente consignado de antemano, catalogado. Se impone más aún la distancia a los otros y sobre todo de los otros, que escapan así a la angustia de haber podido formar parte del montón. ¿Alguien se identifica con las sombras despojadas de identidad?

Esta acumulación de seres anónimos se encuentra, potenciada, en las enormes multitudes abandonadas en otros continentes, poblaciones enteras libradas al hambre, las epidemias y todas las formas de genocidio, con frecuencia dominadas por potentados aceptados y sostenidos por las grandes potencias. Multitudes de África y Sudamérica. Miseria

del subcontinente indio. Y tantos otros. Escalas monstruosas e indiferencia occidental por la muerte lenta o por las hecatombes que se producen a distancias no mayores que los habituales destinos turísticos.

Esta indiferencia por las masas de los sacrificados en vida no nos impide sentir algunos minutos de emoción cuando la televisión difunde las imágenes de sus desplazamientos, sus tormentos. Entonces damos rienda suelta a nuestra magnánima indignación, a la generosidad de nuestras emociones, al estremecimiento de nuestro corazón, bajo el cual subyace la discreta satisfacción de no ser sino espectadores... pero dominantes.

¿Solamente espectadores? Sí. Pero lo *somos* y por lo tanto *somos* testigos; *somos* gente informada. Rostros y escenas, multitudes de hambrientos, de deportados, masacres que llegan hasta nuestros cómodos sillones y sofás, a veces en vivo y en directo, por intermedio de la pantalla, entre dos tandas de avisos publicitarios.

Nuestra indiferencia, nuestra pasividad ante el horror remoto y también ante el otro (no menos doloroso por menos multitudinario) que nos es contiguo auguran el peor peligro. Parecen protegernos de la desgracia general al separarnos de ella, pero eso mismo nos vuelve frágiles y nos pone en peligro. Porque estamos en peligro, en el centro mismo de éste. El desastre ha comenzado, eso es concreto. Su arma principal es la rapidez de su inserción, su habilidad para no provocar inquietud, para aparecer como algo natural que va de suyo. Para convencer a todos de que no hay alternativa. Para no dejarse entrever sino cuando la lógica que podría oponerse a su avance ha sido desactivada y rechazada, e incluso para refutar esa lógica.

En ese contexto, los "excluidos", la masa abigarrada de los marginados acaso forman el embrión de esas multitudes que podrían constituir nuestras sociedades futuras si se siguen desarrollando los esquemas actuales. Todos o casi todos formaríamos parte de esas multitudes.

Por otra parte, es extraño considerar una monstruosidad virtual aquello que en las regiones de abundancia correspondería a la condición actual de poblaciones enteras en los continentes subdesarrollados. Esta pobreza desencadenada, parte integral de ciertos paisajes, ¿podría invadir nuestras regiones desarrolladas? ¿Será posible semejante "contrariedad" en una sociedad tan poco ingenua, tan informada, dotada de refinados aparatos críticos, filosas ciencias sociales, y una acentuada afición por el análisis de su propia historia? Pero por eso mismo, por saturación, cinismo, desengaño, a veces por convicción, frecuentemente por negligencia, ¿no está poco dispuesta a emplear la mirada penetrante; no ha perdido la lucidez de reconocer que la necesidad apremiante exige actuar con lucidez?

Se dirá que, después de todo, en este contexto de mundialización, traslados y desregulación, no hay motivos para que determinados países tengan privilegios. ¿Acaso no está de moda la "equidad"?

Seamos serios. El escándalo consiste en que, lejos de ver a las regiones siniestradas salir del desastre y alcanzar a las naciones prósperas —como se pudo creer, como se creyó que se podía creer—, se asiste a la instauración del desastre en sociedades hasta ahora en expansión y en todo caso tan ricas como antes, pero donde los modos de apropiación de las ganancias sufrieron transformaciones. Algunos dirán que han progresado. En todo caso, esos modos se

afirman en el sentido de una capacidad acrecentada de apropiación en dirección única, concentrada en un número de beneficiarios cada vez más limitado, a la vez que decrece la presencia activa considerada necesaria, y por ello retribuida, de los demás actores.

Es un hecho que la riqueza de un país no conduce forzosamente a su prosperidad. Corresponde a la riqueza de unos pocos cuyas propiedades sólo están localizadas en apariencia, inscritas en un patrimonio, en una masa financiera nacional. En verdad participan de otra organización, de un orden enteramente distinto: el de los *lobbies* de la mundialización. Sólo desemboca en esa economía, a años luz tanto de la política oficial de un país como del bienestar o siquiera la supervivencia de sus habitantes.

Es siempre el mismo fenómeno, el del pequeño número de poderosos que ya no tienen necesidad del trabajo de los demás, los cuales (¿les habrán bajado la guardia?) pueden irse a otra parte con sus estados de ánimo y boletines médicos. Desgraciadamente no existe otra parte. Y para los creyentes, no existe en esta vida. No tenemos geografía de recambio ni otro suelo que el de este planeta, con sus territorios que van de los jardines a los cementerios.

IV

La indiferencia es feroz. Constituye el partido más activo, sin duda el más poderoso de todos. Permite todas las exacciones, las desviaciones más funestas y sórdidas. Este siglo es testigo trágico de ello.

Para un sistema, la indiferencia general es una victoria mayor que la adhesión parcial, aunque fuese de magnitud considerable. En verdad, es la indiferencia la que permite la adhesión masiva a ciertos regímenes; las consecuencias son por todos conocidas.

La indiferencia casi siempre es mayoritaria y desenfrenada. Ahora bien, a su manera estos últimos años fueron los campeones de la inconsciencia pacífica frente a la instauración de una dominación absoluta; campeones de la Historia disimulada, de los avances imperceptibles, de la desatención general. Una desatención tan grande que ni siquiera fue registrada. Este desentendimiento, esta falta de observación, fueron obtenidos sin duda mediante estrategias sigilosas, obstinadas, que introdujeron lentamente sus caballos de Troya y supieron sustentarse tan bien sobre aquello que propagaban —la falta de vigilancia—, que fueron y siguen siendo imperceptibles, y por ello tanto más eficaces.

Son tan eficaces que los paisajes políticos y económicos pudieron transformarse a la vista (pero no a la conciencia) de todos sin llamar la atención ni, menos aún, despertar inquietud. El nuevo esquema planetario, al pasar inadvertido, pudo invadir y dominar nuestras vidas sin que nadie lo tuviera en cuenta salvo las potencias económicas que lo instauraron. Hemos aquí en un mundo nuevo, regido por estas potencias según sistemas inéditos, pero dentro del cual ac-

tuamos y reaccionamos como si nada hubiera cambiado; fantaseamos en función de una organización y una economía que han dejado de funcionar.

El desapego y la desidia se han impuesto a tal punto que si hoy nos proponemos como hecho excepcional frenar tal o cual proceso político o social, tal o cual acto de piratería "políticamente correcto", descubrimos que los proyectos que pretendemos combatir ya fueron larga y minuciosamente preparados en las alturas mientras dormíamos, y que están sólidamente inscritos conforme a los principios en vigencia. Por consiguiente, parecen arraigados, ineluctables, incluso ya instaurados en los hechos.

Cuando intervenimos (o creemos intervenir), todo está instalado desde hace tiempo. Se ha evacuado de antemano el sentido mismo de la protesta. Más que encontrarnos ante un hecho consumado, estamos encerrados en él.

Por nuestra pasividad quedamos atrapados en las mallas de una red política que cubre el paisaje planetario en su conjunto. No se trata de determinar el valor positivo o nefasto de la política que condujo a semejante estado de cosas, sino cómo semejante sistema pudo imponerse como dogma sin provocar reacciones y suscitando apenas algunos comentarios escasos y tardíos. Sin embargo, ha invadido tanto el espacio físico como el virtual, instaurado la preeminencia absoluta de los mercados y sus oscilaciones; ha sabido confiscar y ocultar las riquezas como nunca antes, colocarlas fuera de alcance e incluso invalidarlas bajo la forma de símbolos que a su vez son los nodulos de tráfico abstractos, sujetos a ninguna transacción que no sea virtual.

No obstante, seguimos tratando de remendar un sistema perimido, que ya no funciona pero al cual hacemos responsable de los desastres causados en verdad por la instauración de este sistema nuevo, omnipresente y sustraído del campo visual. El interés que tienen algunos en desviar nuestra atención de lo que se prepara los alienta a fomentar y prolongar el engaño generalizado.

El peligro no está tanto en la situación —que se podría modificar— como precisamente en la aceptación ciega, la resignación general a lo que se nos presenta en bloque como algo ineluctable. Por cierto que las consecuencias de esta administración global empiezan a provocar alguna inquietud: con todo, se trata de un temor vago cuyo origen es desconocido por la mayoría de los que lo experimentan. Se ponen en tela de juicio los efectos secundarios de la globalización (por ejemplo, el desempleo), pero sin remontarse hasta ella, sin atacar su dominación, considerada una fatalidad. Se diría que la historia de esta última viene de la noche de los tiempos; su advenimiento parece imposible de fechar y destinado a dominar por siempre jamás. Su presente voraz aparece como algo propio del pretérito perfecto: ¡sucede *porque* sucedió! "Todo se mueve con el tiempo —escribió Pascal—, la costumbre hace a la equidad por la única razón de que se la acepta; es el fundamento místico de su autoridad. Quien la devuelva a su principio la anulará. "

Como quiera que haya sucedido, se trata de una verdadera revolución que ha logrado arraigar el sistema liberal, darle carnadura, activarlo y volverlo capaz de invalidar cualquier otra lógica que no sea la suya, convertida en la única que funciona.

Fue una conmoción nada espectacular, ni siquiera visible, mientras un régimen nuevo tomaba el poder, se erigía en dominador, soberano, dotado de una autoridad absoluta, pero impuesta en los hechos a un grado tal que no hay necesidad de exhibirla. Es un régimen nuevo, pero regresivo: un retorno a las concepciones de un siglo diecinueve del que se eliminó el factor "trabajo". ¡Espantoso!

El sistema liberal actual es lo suficientemente flexible y transparente para adaptarse a las diversidades nacionales, pero lo suficientemente "mundializado" para confinarlas poco a poco en el campo de lo folclórico. Severo, despótico pero difuso, escasamente visible, difundido por todas partes, este régimen nunca proclamado detenta todas las claves de la economía reducida por él al mundo de los negocios, los cuales se afanan por absorber todo lo que aún no pertenece a su esfera.

Es verdad que la economía privada detentaba las armas del poder mucho antes de estas transformaciones, pero su poderío actual corresponde a la amplitud inédita de su autonomía. Los ejércitos de trabajadores, las poblaciones que hasta ahora le eran indispensables y que podían ejercer presión sobre ella, unirse para tratar de debilitarla y combatirla, le son cada vez más inútiles y la afectan cada vez menos.

¿Las armas del poder? La economía privada jamás las perdió. A veces vencida o amenazada, siempre supo conservar sus herramientas, en particular la riqueza, la propiedad, las finanzas. En caso de necesidad, supo renunciar por un tiempo a ciertas ventajas, por otra parte muy inferiores a aquellas de las cuales no se desprendía.

Incluso durante sus derrotas más o menos pasajeras, jamás dejó de socavar las posiciones del adversario con una tenacidad inigualada y además muy valiente. Fue tal vez entonces cuando mostró sus mejores recursos. Llegada la ocasión, aprendió de sus errores, supo desaparecer de la vista, ocultarse mientras afilaba sus armas como nunca, pasaba la gamuza a sus pedagogías, consolidaba sus redes. Su orden perduró. El modelo que representa, negado, fustigado, puesto en la picota, en ocasiones pareció derrumbarse... pero siempre fue una mera suspensión. Después se restableció el predominio de las esferas privadas y sus clases dominantes.

Sucede que el Estado no es lo mismo que el poder. Este último (que se burla de los Estados, que suele entregarlos en concesión y delegarlos para administrarlos mejor) nunca cambió de manos. Las clases dirigentes de la economía privada en ocasiones perdieron el Estado, pero nunca el poder. Este poder es lo que Pascal llama fuerza: "El imperio sustentado sobre la opinión y la imaginación reina durante algún tiempo y este imperio es suave y voluntario; el de la fuerza reina siempre. Así, la opinión es como la reina del mundo, pero el déspota es su fuerza."

Estas clases (o castas) jamás dejaron de actuar, suplantar, acechar. Tentadoras, dueñas de las seducciones, siempre fueron objeto de incitaciones. Sus privilegios siguen siendo objeto de las fantasías y los deseos de la mayoría, incluso los de aquellos que dicen sinceramente que los combaten. El dinero, la ocupación de los puntos estratégicos, los puestos a distribuir, los vínculos con otros poderosos, el dominio de las transacciones, el prestigio, ciertos conocimientos, la confianza del *savoir-faire*, el desahogo, el lujo son otros tantos ejemplos de los "medios" de los que nada ha podido separarlos.

Esa autoridad que no siempre confiere el Estado pero que es inherente al poder, la han conservado permanentemente.

Hoy esa autoridad no conoce límites: lo ha invadido todo, en particular esos modos de pensamiento que se estrellan por todas partes contra las lógicas de una organización sólidamente instaurada por un poder cuya impronta está en todas partes, listo para acapararlo todo. Pero en realidad, ¿todo eso no le pertenecía ya? ¿No se está apropiando de lugares cuyas llaves ya estaban en sus manos? ¿Y esas llaves no le sirven a partir de ahora para mantener al resto de la Población, que ya no le es útil, alejada de esos espacios ilimitados que considera suyos?

El poder ejercido es tan vasto, su imperio está tan arraigado, su fuerza de saturación es tan eficaz, que nada es viable ni funciona por fuera de sus lógicas. Fuera del club liberal no hay salvación. Los gobiernos son conscientes de que se someten a lo que representa sin duda una ideología, ¡pero lo niegan tanto más por cuanto es propio de ella recusar, reprobar el principio mismo de la ideología!

En definitiva, ha comenzado la era del liberalismo, que ha sabido imponer su filosofía sin formularla, sin siquiera elaborarla como doctrina, a tal punto estaba materializada, activa sin haber sido descubierta. Su dominio impone un sistema imperioso, en una palabra totalitario, pero por el momento incluido en la democracia y por lo tanto atemperado, limitado, acallado, disimulado, sin ostentaciones ni proclamas. En verdad, vivimos la violencia de la calma.

La lógica de esta calma y violencia conduce a postulados fundados sobre el principio de omisión: el de la miseria y los

miserables creados y sacrificados por ella con sentenciosa desenvoltura.

Los efectos de este sistema prescrito, de métodos taciturnos, suelen ser criminales y hasta mortíferos. Pero en nuestras regiones, la agresividad de esta violencia serena se resume en los métodos de abandono. Se deja decaer y morir a la gente; se atribuye la responsabilidad a los que caen, sobre las multitudes discretas de desempleados que supuestamente deberían tener trabajo o esforzarse para conseguirlo, a los que se ordena buscarlo aun cuando es de conocimiento público que la fuente se ha agotado.

¡Un estribillo conocido!

La lista de los desafortunados se convierte rápidamente en una lista de reprobos. La carga que llevan los vuelve una carga, los encierra en el papel de ese "otro" siempre maltratado con el menor gasto posible, pero que sorprende cuando reclama, se resiste, reacciona o lucha. ¿Cómo se puede carecer de sentido estético al punto de perturbar la armonía reinante? ¿De sentido moral, al punto de perturbar la voluptuosidad de la modorra? ¿De sentido cívico, al punto de desconocer los intereses de quienes lo oprimen con la conciencia tan tranquila? ¿De modestia, al ponerse en evidencia? ¿No se perjudica a sí mismo, puesto que "se" desea su bien (estando este último "se" total y sinceramente persuadido de que su propio bien es el de todos)?

Es verdad que el "otro" en cuestión siempre despertó sospechas. Desde luego, es un ser inferior: éste es el meollo del credo, su sustancia. También es una amenaza, carente de todo valor aparte de sus servicios, que disminuyen constantemente y casi han desaparecido, ya que son cada vez menos

los servicios que está en condiciones de prestar. ¿Quién se sorprenderá de que su valor tienda a cero?

Aquí se revelan los sentimientos reales de los dominantes con respecto a los otros bajo cualquier régimen... y sobre qué bases se calculan. Se descubrirá rápidamente, y desgraciadamente cada vez más, a medida que transcurre el tiempo, cómo el excluido se convierte en expulsado apenas su valor, según esos cálculos, se reduce a cero.

Es una pendiente vertiginosa. Las angustias del trabajo perdido se viven en todos los niveles de la escala social. En cada uno de ellos aparecen como la prueba abrumadora que profana la identidad de quien la padece. A la zaga aparecen el desequilibrio, la humillación injustificada y luego el peligro. Los ejecutivos pueden sufrirla tanto como los trabajadores menos calificados. Es sorprendente descubrir cuán rápidamente se tropieza y hasta qué punto la sociedad se vuelve severa: ¡cómo el despojado se queda prácticamente sin recursos! Todo vacila, se encierra y se aleja al mismo tiempo. Todo se vuelve frágil, incluso la vivienda. La calle se aproxima. Son pocas las cosas que por derecho no se pueden ejercer contra el que carece de "medios". Sobre todo de ahorros y de propiedad.

Sobrevienen las clausuras, la marginación social. Se acentúa la ausencia general y flagrante de racionalidad.

¿Qué correlación razonable puede haber, por ejemplo, entre perder el trabajo y hacerse echar a la calle? El castigo no guarda proporción con el motivo, considerado evidente. Si se piensa bien, es sorprendente que el hecho de no poder seguir pagando sea tratado como un crimen. Ser arrojado a la calle por no poder seguir pagando un alquiler debido a que no se tiene más trabajo, cuando la escasez de puestos

de trabajo es un hecho patente y oficialmente reconocido, o debido a que el puesto conseguido tiene una remuneración demasiado baja en relación con los alquileres aberrantes de las escasas viviendas es un castigo propio de la locura, de la perversidad deliberada. Tanto más por cuanto al postulante se le exigirá un domicilio para poder obtener o conservar el trabajo que a su vez es lo único que le permitirá acceder a una vivienda.

Así pues, el pavimento. ¡Menos duro, menos insensible que nuestros sistemas!

Más que una injusticia es un absurdo atroz, una estupidez abrumadora que vuelve risibles los aires de autocomplacencia de nuestras sociedades supuestamente civilizadas. Salvo que también obedezca a intereses muy bien administrados. En todo caso, es para morir de vergüenza. ¿Pero quién sufre la vergüenza, a veces la muerte y en todo caso el deterioro de la propia vida?

¿Falta de racionalidad? Algunos ejemplos:

Eximir de reproches a las castas ricas, dirigentes, dejar por una vez de prestarles atención, y en cambio acusar a ciertos grupos desfavorecidos de serlo menos que otros. En fin, de ser un poco menos maltratados. Así, los malos tratos serían la vara con la cual medirse; el hecho de ser maltratado sería la norma.

Considerar privilegiados, incluso vividores, a los que aún tienen trabajo, aunque sea mal pago; por consiguiente, la norma es no tenerlo. Indignarse ante el "egoísmo" de los trabajadores, esos sátrapas que se resisten a compartir su trabajo, aunque mal pagado, con los que no lo tienen, pe-

ro no extender esa exigencia de solidaridad a quienes detentan las fortunas y las ganancias: ¡en nuestra época eso sería una muestra de debilidad, atraso y para colmo muy mala educación!

En cambio, es conveniente y aun recomendable vituperar los "privilegios" de esos concurrentes asiduos a los palacios que son, por ejemplo, los trabajadores ferroviarios, bendecidos con una jubilación más aceptable que las de otros gremios, ¡aunque despreciable en comparación con los beneficios ilimitados, jamás puestos en tela de juicio, que los verdaderos privilegiados consideran normales! También está muy bien visto cubrir de oprobio a esos peligrosos depredadores, esos célebres plutócratas, los obreros o empleados que osan pedir un aumento de salarios, a su vez un signo de boato descarado. Un experimento permitirá esclarecerlo: compárese en un mismo diario el monto del aumento solicitado —que será ferozmente discutido, reducido, incluso rechazado— con el precio considerado razonable de una cena en un restorán, ¡que nunca será más de tres o cuatro veces superior al aumento deseado!

Un ejemplo más: los esfuerzos desplegados desde hace largo tiempo para enemistar a una parte del país con otra, calificada de vergonzosamente favorecida (los funcionarios públicos de baja categoría), mientras que a los verdaderos favorecidos se los califica de "fuerzas vivas de la nación". Y declarar que esas "fuerzas vivas", esos ejecutivos de multinacionales (amalgamados con los de las pequeñas y medianas empresas) son los únicos que corren riesgos, aventureros impacientes, ansiosos por vivir siempre en peligro, por poner en juego... no se sabe bien qué, ¡mientras los sultanes conductores del subterráneo, los carteros arribistas, prosperan escandalosamente desde la seguridad de sus puestos!

Se las llama "fuerzas vivas" porque se supone que poseen y crean puestos de trabajo, pero por más que se les subvencione, exima de impuestos y colme de mimos con ese fin, no sólo crean pocos o ninguno (el desempleo aumenta sin cesar) sino que, a pesar de sus ganancias (debidas en parte a los beneficios mencionados), despiden a troche y moche.

"Fuerzas vivas", antes llamadas lisa y llanamente "la patronal", ahora relegan a los músicos, pintores, escritores, investigadores científicos y otros saltimbanquis al papel de peso muerto, sin contar al resto de los humanos, invitados a elevar hacia la vivacidad de esas fuerzas sus miradas humildes y deslumbradas.

En cuanto a los usurpadores que se solazan desvergonzadamente en la estabilidad de su trabajo, su inmunidad al pánico que provocan la precariedad, la fragilidad, la desaparición de esos mismos puestos representa un peligro escandaloso. Peor aún: demoran la asfixia del mercado laboral. Ahora bien, la asfixia y el pánico son las mamas de la economía moderna en expansión, los mejores garantes de la "cohesión social".

¿El desempleo es el amigo público número uno?

¿No es sorprendente que un país donde la miseria es tan visible y creciente (y esto es válido para muchos otros), que un país orgulloso de sus "comedores populares" (cuya existencia misma constituye una acusación), se atreva a proclamar que en pocos años será "uno de los mejores países de la tierra"? ¿Y no es sorprendente que en ese país se deterioren sin cesar los servicios de salud pública, educación y el siste-

ma jubilatorio mientras el gasto público y el déficit del Estado aumentan sin cesar?

Habría que ser exageradamente racional, materialista y trivial para preguntarse sobre los efectos de la inflación más baja del mundo y la estabilidad absoluta de la moneda con respecto al dólar —motivos de orgullo de los gobernantes—, mientras cierran las empresas, aumentan el desempleo y la miseria y desciende el consumo.

Porque por otra parte los jefes de empresas y los operadores financieros tienen todos los motivos del mundo para felicitarse por el estado de cosas y vivir la vida que se han ganado por medios totalmente lícitos.

Cuentan con el encanto de la lucidez y siguen estrictamente sus propias lógicas, sus propios intereses, a los que unen esa admirable facultad, esa sabiduría envidiable de no preocuparse por las situaciones que engendra la miseria. De sólo ser sensibles a esa miseria cuando se cruzan con ella en una novela o una película, conmoverse e indignarse durante el tiempo que dura la lectura o la proyección, con todo el ardor de una generosidad generalmente dormida. La miseria y la injusticia no se les aparecen, no las toman en serio, salvo cuando forman parte del orden del esparcimiento. En ese momento se apropian de ellas para disfrutar de emociones controladas, agradables.

Veamos una lectura ejemplar: la de *Los miserables*. Cosette y su madre los conmueven durante una escena o unas páginas. ¡Gavroche, tan detestado en la ciudad! Los más crueles, explotadores, indiferentes y barrigones se identifican con los oprimidos o sus protectores. ¿Quién se identifica con Thénardier? ¡Nadie! Sin embargo... Con todo...

¡No! ¡Ni se le ocurra! Somos Cosette, somos Gavroche. E incluso Jean Valjean. O pensándolo bien, sobre todo Jean Valjean. Y los primeros en serlo —los Jean Valjean de honor— ¡son las "fuerzas vivas de la nación"!

La utopía capitalista se ha consumado en la época de estos tomadores de decisiones; ¿cómo no habrían de regocijarse por ello? Su satisfacción es lógica, humana. ¿Excesiva? No es asunto suyo: su negocio son los negocios. No tienen tiempo que perder, siempre lo primero son las ganancias que, seamos justos, para ellos son sinónimo de "éxito".

Su mundo es apasionante, tienen una visión embriagadora de él que, por reducción despótica, funciona. Aunque funesto, tiene sentido para el que participa en él. Pero sus lógicas, su indudable inteligencia conducen fatalmente al desastre de su hegemonía. Cualesquiera que sean sus manifestaciones sabiamente hipócritas, su poder está puesto a su propio servicio. En su soberbia, estima provechoso para todos sólo aquello que le es rentable, y por lo tanto considera natural que en un mundo subalterno se sacrifique todo en aras de la rentabilidad.

Actualmente tienen toda la razón y nuevamente se empeñan en explotar una situación y una época benditas, las nuestras, en las que ninguna teoría, ninguna manera de pensar, ninguna acción seria se opone a ellos.

Esto nos permite asistir a esas obras maestras de estrategia persuasiva capaces de convencer a todos de que las políticas que acompañan e incluso aceleran la debacle social, el empobrecimiento de una inmensa mayoría, son no sólo las únicas posibles sino las únicas deseables... ante todo para esa mayoría.

Primer argumento, en forma de estribillo: la promesa redundante y siempre mágica de la "creación de puestos de trabajo". Fórmula evidentemente hueca, definitivamente perimida, pero no por ello menos insoslayable porque dejar de mentir significaría dejar de creer en ello, despertarse para descubrir que se está viviendo una pesadilla que no corresponde al mundo de los sueños, ni siquiera de la ensoñación... y tener que enfrentar la realidad brutal, el peligro inmediato, contingente. Los horrores de la urgencia. Acaso el pánico del "demasiado tarde" frente a un mundo sellado.

Y habría que enfrentar todo eso sin armas. Salvo que la lucidez, el sentido de la exactitud, la exigencia de atención, el esfuerzo sean las armas potenciales que permitirían al menos acceder a la autonomía, a la facultad de no dejarse absorber más por el punto de vista de los demás sino tenerse en cuenta, situarse y reconocerse desde el propio.

Dejar de integrar el juicio de los demás y de hacerlo propio equivaldría a dejar de aceptar y menos aún adoptar su veredicto como algo evidente. Equivaldría a no condenarse uno mismo porque ellos lo hagan. Así, por ejemplo, los desempleados podrían despojarse de la vergüenza y de la subordinación impuesta por ellos.

Es un paso, quizás el único, pero no una solución. No la buscaremos aquí. Ellas son el patrimonio de los políticos que, prisioneros del corto plazo, se convierten en sus rehenes. Sus electores exigen promesas de soluciones rápidas. Ellos no se privan de hacerlas. ¡Cuidado con eximirlos de sus promesas! Pero con frecuencia no hacen otra cosa que acometer rápidamente cualquier detalle superficial que, apenas remendado en el mejor de los casos, permitirá soportar mejor el malestar general; malestar y desgracia que se estan-

carán y con frecuencia se volverán más confusos, disimulados por ese mismo detalle.

La solución extorsiva altera los problemas, afecta a la lucidez, paraliza la crítica a la cual se le puede responder fácilmente (con tono de benévola ironía): "Sí, sí... ¿y qué propone usted?" ¡Nada! El interlocutor, aliviado, lo sospechaba de antemano: sin solución posible o visible, el problema desaparece. Plantearlo sería irracional, y más aún lo sería cualquier comentario o crítica al respecto.

¿Es una solución? Tal vez no. ¿Conviene por ello no tratar de desentrañar la causa del escándalo y comprender lo que se vive? ¿Acceder siquiera a esa dignidad? Desgraciadamente, según la opinión generalizada, obstinarse en plantear un problema sin tener certeza sobre la existencia de una solución constituye una blasfemia, una herejía endeble, inmoral y para colmo absurda.

De ahí la abundancia de "soluciones" falsas y chapuceiras, de problemas disimulados, negados, escamoteados, de preguntas censuradas.

La ausencia de solución significa generalmente que el problema está mal planteado, que no se encuentra allí donde se lo formuló.

Exigir la certeza de una solución siquiera virtual antes de formular el planteo equivale a reemplazar el problema por un postulado, a desnaturalizarlo, desviarlo así de posibles obstáculos insoslayable, de efectos desesperantes. Obstáculos que no por ser evitados desaparecen sino que se prolongan, insidiosos, censurados, tanto más arraigados y peligrosos por cuanto se los esquivo. Soslayar, evitar, travestir se vuelven la

necesidad esencial, en tanto no se aborda lo esencial; peor aún, se considera que está resuelto.

Así se abandona la crítica del problema en sí y se descarta la posibilidad de que no exista una salida; hipótesis que obligaría a reflexionar sobre la situación en lugar de distraerse con soluciones improbables, consideradas viables aunque ni siquiera se las haya vislumbrado. Y no se pondrá en descubierto el gran embuste que lleva a detenerse en problemas falsos a fin de que no se puedan plantear los verdaderos.

Al huir de esas preguntas, se evita en lo inmediato la revelación de lo peor ¿pero temer esa revelación no significa correr el riesgo de caer más fácilmente en ello? ¿No significa seguir luchando con fuerzas menguadas, sin saber en qué contexto ni contra quién se lucha? ¿O por qué?

¿No es aterrador permanecer pasivos, diríase paralizados, crispados frente a aquello de lo cual depende nuestra supervivencia? ¡Porque uno de los interrogantes verdaderos es el de si nuestra supervivencia está contemplada o no!

Ahora bien, el aparato político intenta desviar y suprimir esos interrogantes- se moviliza, plantea preguntas capciosas, obliga a la opinión pública a concentrarse en ellas y de esa manera la mantiene ocupada con problemas falsos.

Ese desvío de la atención se exagera cuando se trata del fenómeno, aún más vital (o mortal) de lo que se cree, de la desaparición del trabajo y la prolongación artificial de su imperio sobre nuestras circunstancias. Poner en tela de juicio los problemas falsos, sacar a la luz los que fueron soslayados, denunciar los que intencionadamente se ocultaron, suprimir

las cuestiones arbitrariamente prolongadas (y consideradas cruciales cuando ni siquiera existen) es lo único que permitirá descubrir lo esencial, lo urgente, lo que ni siquiera se ha vislumbrado. Problemas que sin duda pondrían al desnudo la hipocresía de los poderes, o más aún, de los poderosos, y su interés en mantener a la sociedad sometida al sistema perimido, basado en el trabajo.

Ese interés se acrecienta en estos tiempos que algunos se complacen en llamar "de crisis" y cuyos efectos son tan beneficiosos para los mercados: poblaciones anestesiadas, sometidas por el pánico; trabajo y servicios a cambio de casi nada; gobiernos dominados por una economía privada todopoderosa, o de la cual dependen en un grado jamás visto.

A ese interés sirven las "soluciones" generalmente injertadas de prisa en una situación podrida, no definida ni analizada ni menos aún aclarada, prolongada en esas condiciones. El fracaso de esas "soluciones" artificiales, chapuceras, saboteadas, sirve para demostrar que la única solución a esos problemas consiste en dejar enmohecer cualquier situación en el *statu quo*.

La verdadera urgencia invita a investigar. Sólo las investigaciones escapan a la prohibición más drástica: la percepción de un presente siempre escamoteado. Sólo la investigación permite echar luz sobre aquello que se puede manipular al encubrirlo. Al enfocar el suceso a fin de examinarlo en su movimiento, su fuga, su travestismo y contradicciones, se descubrirá su naturaleza verdadera, no disimulada. No oculta por apriorismos, por corolarios artificiales.

Eliminadas las soluciones ficticias, tal vez tendremos la oportunidad de descubrir los problemas verdaderos, no

aquellos con los cuales nos quieren desorientar. Después de descartar las versiones engañosas, las percepciones artificiales, los simulacros impuestos, podremos abordar los problemas verdaderos que nos afligen. A partir de entonces se puede tratar de aclararlos y —aunque no hay certeza de ello— resolverlos. Al menos se habrá descubierto de qué se trata y sobre todo cuáles son las trampas a evitar: cortinas de humo, efectos engañosos. A partir de ahí —sólo de ahí— se podrá luchar contra un destino. Por un destino. Adquirir o recuperar la capacidad de conducir ese destino, aun padeciéndolo y aunque fuera desastroso.

V

Un destino maleable y emocionante, cargado de esperanzas y miedos, es lo que se ha negado y se niega a tantos jóvenes, muchachos y muchachas empeñados en habitar la única sociedad viable, respetable y legítima que aparece a la vista... Pero es sólo un espejismo, porque aunque es la única sociedad lícita, les está vedada; aunque es la única existente, los rechaza; aunque es la única que los rodea, les resulta inaccesible. Éstas son las paradojas de una sociedad basada en el "trabajo", es decir, el empleo, cuando el mercado laboral está menguado y en vías de desaparecer.

Estas paradojas saltan a la vista, exacerbadas, en ciertos barrios. Porque sí para la mayoría es difícil y para muchos casi imposible acceder al trabajo, otros, en especial los llamados "jóvenes" —léase la juventud de los barrios llamados "carenciados"— tienen poca o ninguna posibilidad de conquistar alguna vez ese derecho. Es siempre el mismo fenómeno: una forma de supervivencia que ha prescrito.

Para esos "jóvenes", condenados de antemano a ese problema, fusionados con él, el desastre no tiene solución ni límites, ni siquiera ilusorios. Toda una red estrechamente tramada, casi una tradición, les impide adquirir los medios legales de vida, así como la correspondiente razón para vivir. Marginales por su condición, definidos geográficamente antes de nacer, reprobos de entrada, son los "excluidos" por excelencia. Por algo habitan esos lugares concebidos para convertirse en guetos. Antes, guetos obreros. Hoy, guetos de gente sin trabajo ni perspectivas. Sus señas indican una de esas *tierras de nadie* consideradas —sobre todo según nuestros criterios sociales— "tierras de ningún hombre" o "tie-

rras de los que no son hombres" o son "no hombres". Tierras que parecen científicamente diseñadas para marchitarse en ellas. Terrenos baldíos, ¡hasta qué grado!

Esos "jóvenes" que no alcanzan a representarse a "la juventud", que llegarán a adultos y luego a viejos si sus vidas se lo permiten, deben cargar como todo ser humano el peso del porvenir que les aguarda. Pero es un porvenir vacío, del cual se ha suprimido sistemáticamente todo lo que la sociedad contiene de positivo (o se considera como tal). ¿Qué pueden esperar del porvenir? ¿Cómo será su vejez si llegan a ella?

Aquí hay una relación directa con la injusticia y la desigualdad flagrantes, sin que los afectados sean responsables de ello ni de su situación. Sus límites estaban impuestos antes de nacer, y los corolarios de ese nacimiento estaban previstos como otras tantas negativas, postergaciones más o menos tácitas, vinculadas con tanta indiferencia.

La sociedad suele despertar de su indiferencia, aterrada y escandalizada: "ellos" no se integran; "ellos" no aceptan su situación con la humildad que cabía esperar, al menos sin resistir, sin sobresaltos que además son vanos, sin transgresiones al sistema que los margina, los encierra en la exclusión. Ni sin responder a la agresión latente, permanente, que constituye su destino por medio de agresiones tanto más brutales, ostensibles y explosivas por cuanto casi siempre y forzosamente suceden en lugar cerrado. Cercados por una discriminación tácita pero real, sean nativos o extranjeros, ¡"ellos" cometen la indecencia de no integrarse!

¿Integrarse a qué? ¿Al desempleo y la miseria? ¿A la marginación? ¿A la futilidad del tedio, al sentimiento de ser un inútil o un parásito? ¿Al futuro sin perspectivas?

¡Integrarse! ¿Pero a qué grupo marginado, qué grado de pobreza, qué clase de penurias, qué señales de desprecio? ¿Integrarse a jerarquías que lo relegan a uno de entrada, lo condenan al nivel más humillante sin darle jamás la posibilidad de demostrar sus aptitudes? ¿Integrarse al orden que niega de oficio todo derecho al respeto? ¿A esta ley implícita que ordena que a los pobres se les asignen vidas de pobres, intereses de pobres (o sea, ningún interés) y trabajos de pobres (si hay trabajos para asignar)?

Los pobres son indeseables a priori, están colocados de entrada allí donde reinan la ausencia y la expropiación: esos paisajes tan próximos como incompatibles a los que se ha convertido por intención o desidia en barrios que se destinan a algunos que ya no son necesarios, que son así marginados e instalados en esas obras maestras de anulación latente. Son esos lugares condenados a la marginación y que en su conjunto manifiestan el vacío, la ausencia de lo que se encuentra en otras partes, de lo que no está ahí, pero de lo cual sus habitantes son muy conscientes. Escenografía de ausencia. Lugares de sustracción (pero que pueden ser, que deben ser también de hábito, intimidad y memoria). Lugares de despojo que extrañamente corresponden a los ermitaños, los ascetas. Ambientes despojados, desalentados, desalentadores. Símbolos transparentes de un distanciamiento, de una melancolía que ellos expresan y a la vez provocan, traducen y constituyen.

En ese vacío, en esa oquedad sin fin, se encierran y se desmoronan destinos, se agotan energías, se anulan trayectorias. Aquellos cuya juventud transcurre, impotente, en esas trampas, son conscientes de ello y prefieren no visualizar la continuación de sus vidas. A la pregunta, "¿Cómo te ves

dentro de diez años?", uno de ellos respondió: "Ni siquiera me veo el próximo fin de semana."¹

¿Es posible imaginar lo que experimentan en la, morosidad de sus jornadas aquellos que no tienen derecho a nada de lo que, se les dice, constituye la vida? A ser considerados no sólo carentes de todo valor sino directamente inexistentes con respecto a los valores transmitidos... ¡y asombrarse luego de que no sientan entusiasmo por esos valores ni por la enseñanza que los transmite!

¿Por qué se enojan?, se pregunta, atónita, la opinión pública. Puesto que son pobres, ¿no es natural que lo sean? ¡Puesto que viven ahí, ¿no es natural que permanezcan allá?

Los prejuicios son tan fuertes y están tan difundidos que se declara a esos muchachos y muchachas culpables de habitar esas zonas. Sus dificultades para conseguir trabajo se multiplican cuando revelan su domicilio. No se trata de hacerse el ángel, negar la delincuencia y la criminalidad, sino de observar que el autismo reina en los dos bandos, el de los relegados y el de quienes los relegan. ¿La inseguridad? ¿Pero qué alternativa se les da? Reconozcamos que cada cual es culpable de lo que hace con su situación. Pero ellos no se metieron en esa situación, no la crearon ni menos aún la escogieron. No fueron los arquitectos de esos sitios ni los responsables de haberlos proyectado, aprobado, encargado. Ni permitido. ¡No son los déspotas que inventaron el desempleo y erradicaron el trabajo que tanta falta les hace, a ellos como a sus familias! Son sólo los que sufren los peores castigos por no tenerlo.

¹ France 3, *Saga-cités*, febrero 10, 1996.

Los estragos que causa la existencia de esos muchachos y muchachas son visibles, pero ¿qué decir de los estragos que sufren? Su existencia parece una pesadilla vaga e interminable, producida por una sociedad organizada sin ellos, cada vez más cimentada sobre su rechazo más o menos implícito.

Pero el cinismo devuelve el rencor contra aquellos a quienes oprime. Y eso nos conviene, porque hay una convicción generalizada de que el malestar social es un castigo. Y es un castigo... inicuo.

Las vidas devastadas de esos "jóvenes" (y no tan jóvenes) no despiertan los escrúpulos de los demás. Son ellos quienes sienten escrúpulos, haber sido humillados.

En este contexto que sólo se puede llamar "incalificable", su brutalidad y sus actos de violencia son innegables. ¿Y los estragos de los que son víctimas? Destinos anulados, juventud deteriorada. Porvenir abolido.

Se les reprocha que reaccionen y ataquen. En verdad, a pesar de la delincuencia, pero también a causa de ella, se encuentran en estado de debilidad absoluta, aislados, obligados a conformarse, si no a consentir. Sus reacciones son propias de animales enjaulados, que están vencidos de antemano y lo saben, siquiera por experiencia. No poseen "medios"; están acorralados en un sistema todopoderoso en el cual no tienen lugar ni tampoco el poder de abandonarlo, atrapados más que cualquiera entre aquellos que los quieren mandar al diablo y no lo ocultan. Carecen de trabajo, dinero y futuro, y lo saben con certeza. Pierden energías. Por eso son presa de un dolor subterráneo, efervescente, que provoca rabia y abatimiento a la vez.

Imagine el lector *la* juventud, la propia y la de los suyos, en semejante estado (que se empieza a conocer en todos los niveles sociales, pero amortiguado, latente, menos fatal). Para ellos no existen otras opciones legales que las que se les niegan. La inquietud misma es inútil cuando no hay esperanzas. Cuando el futuro se revela idéntico al presente, sin proyectos, cuando el presente es la edad más avanzada a la que es posible llegar. No se les ha insinuado nada sobre las riquezas que podría contener su único lujo, ese tiempo llamado "libre" y que podría serlo, vibrar y hacerlos vibrar, pero que los oprime, les hace perder las horas y se vuelve su enemigo.

Tal vez lo más escandaloso es la confiscación de esos valores hoy prohibidos —llamémoslos culturales, del intelecto— porque no representan "puestos de ventas", pero sobre todo porque permitirían el ingreso de elementos movilizados en un sistema que conduce al letargo; que alienta un estado comparable al de la agonía.

Más escandalosa aún puede parecer esta falta de consideración para consigo mismos, atrapados en el desprecio, en la falta de todo respeto hacia ellos y de ellos por sí mismos, acorralados por esa vergüenza más o menos contenida por el odio y que aún así no impide que en el límite de su vida se los tenga y se tengan ellos mismos por desposeídos, por el solo hecho de existir, y se los lleve como a tantas otras víctimas a considerarse culpables, a echar sobre sí mismos la mirada despectiva de los demás, a unirse a quienes los reprueban.

¿Alguien cree que pueden negarse a permanecer petrificados en su condición más que subalterna, que podrían negar su legitimidad o criticar la suerte que se les ha impuesto,

sin caer aparentemente en la subversión? ¿Sin oponerse, necios y malignos, a la fatalidad? ¿Y quién los apoyaría? ¿Qué grupos? ¿Qué textos? ¿Qué pensamiento? Sólo pueden liberarse de su destino y sacudirse el yugo por medios indirectos, con frecuencia violentos e ilegales, que los debilitan más y de alguna manera dan la razón a quienes los condenan a la marginación, así justificada.

De estos reprobos, estos abandonados en un vacío social, se espera sin embargo una conducta propia de buenos ciudadanos con deberes y derechos, aunque se les quita toda posibilidad de cumplir algún deber y se les niega sus derechos, de por sí muy limitados. ¡Qué tristeza, qué decepción al verlos transgredir los códigos del trato social, las reglas del decoro de quienes los marginan, desprecian y atropellan! ¡Al verlos rechazar los buenos modales de una sociedad que manifiesta tan generosamente su alergia ante su presencia y los ayuda a visualizarse a sí mismos como marginales!

¿De quién se burlan?

Con distintas fórmulas, con el pretexto de darles trabajo, se les ofrece ocupaciones imbéciles y humillantes como —hoy, la última invención de este tipo— las de ser policías sin incorporarlos a la policía, en sus propios edificios, entre los suyos... ¡o contra ellos! Esto no dista mucho de la delación oficializada. Ni de una guerra de pandillas preparada con toda astucia. No es para preocuparse: este proyecto de proyecto, como tantos otros, será olvidado mañana. No obstante, el insistir con él habrá servido para orientar a los medios de comunicación y los espíritus y para ocupar el tiempo. La imaginación de los detentadores del poder no tiene límites a la hora de distraer al público con chapuce-rías frágiles, ineficaces, si no nefastas, inútiles.

Inútiles sobre todo para esos jóvenes encerrados en un mundo onírico, en sus ensañamientos incoloros, su falta de perspectivas. Los únicos valores que se les inculca oficialmente son los de la moral cívica vinculada con el trabajo — que por lo tanto no tienen forma de aplicar— o los de las mercancías sacralizadas por la publicidad y que ellos no tienen medios para adquirir, al menos legalmente.

Excluidos de los que se exige de ellos, y por lo tanto del deseo eventual de satisfacerlo, sólo les queda inventarse otros códigos, válidos en circuito cerrado. Códigos desfasados, rebeldes. O bien, seguir ciertos delirios. Señuelos de la droga, desastres del terrorismo. Tentación de ser los proletarios de la droga y el terrorismo. Ser los proletarios de algo: ¡ésa es la cuestión!

Los que nada recibieron, ¿qué tienen para perder sino los modelos de vida que no tienen forma de imitar? Modelos producidos por una sociedad que los impone sin otorgar los medios para adecuarse a ellos. Esta imposibilidad de reproducir los criterios de los ambientes que les están vedados y que los ahuyentan es considerada una deserción, un rechazo brutal, un signo de ineptitud, una prueba de anomalía, el pretexto ideal para negarlos y repudiarlos. Olvidarlos, abandonarlos, proscribirlos.

¡Fuera de juego!

Aquí se llega al colmo del absurdo, de la inconsciencia planificada y también de la tristeza. Porque al igual que sus mayores (y en principio, sus descendientes) están excluidos de una sociedad basada en un sistema que ha dejado de funcionar, pero fuera de la cual no hay salvación ni legitimidad, al menos, dentro de la legalidad.

Tal vez representan para ella la imagen misma de su propia agonía, por el momento disimulada y demorada. La imagen de lo que produce la desaparición del trabajo en una sociedad que se obstina en fundar sobre él sus cimientos y criterios. Sin duda se asusta al ver en ella la imagen de su futuro, y esa imagen recibida inconscientemente como premonición acentúa la crispación. Acentúa sobre todo el deseo de declararse y creerse distinto de los marginales.

Tal vez la imagen de esos "jóvenes" ilustra el miedo que siente esta sociedad alarmada que los encierra en algo de lo que sólo quedan restos, los mantiene en los huecos de un sistema casi abolido adonde ella los ha relegado.

Obligados a permanecer en el repudio, helos ahí frente a la nada, en ese vértigo de la deportación *in situ*, en espacios carcelarios sin muros tangibles pero de los cuales es imposible escapar. Una ausencia de cerraduras físicas impide la evasión.

Ahí están, en la edad del entusiasmo, con sus sueños caducos, sus nostalgias vanas. ¡Locos de deseo, disimulado por el odio, de esta sociedad perimida con la cual sin duda son los últimos que se hacen ilusiones! Los expulsados, los que viven en sus fronteras, los parias son casi los únicos que aún pueden considerarla una Tierra Prometida. Como en las malas novelas, el amor y sus fantasmas crecen, exasperados, frente al rechazo del amado o la amada.

Algunos de estos "jóvenes" —tal vez todos— viven un sueño loco: integrarse en una sociedad geográficamente contigua, pero inaccesible a sus biografías. Muchos de ellos, muchos más de los que se cree, desean hacer realidad ese sueño tanto más irreal cuanto más concreto: conseguir trabajo. ¡El trabajo es para ellos lo que el Grial era para los ca-

balleros! Pero no pertenecen tanto al género de los nibelungos como al de... Bovary. ¡Sí, al género de Emma! Como ella, desean ávidamente lo que debería ser pero no es, lo que si no fue prometido, al menos fue relatado y exaltado. Lo que les falta y con lo cual sueñan. Al igual que Emma, no admiten la carencia de lo que se oculta, que imaginan en otra parte pero sin encontrarlo, que jamás se produce. Y sin lo cual sólo existe hasta el infinito un océano de tedio sin fondo y, hasta donde se pierde la vista, la ruina en el seno de los poseedores.

Presas de la ausencia, prisioneros de los huecos, anhelan lo que ya no existe, frustrados como Emma por no poder cumplir un programa tanto más excelente por cuanto era quimérico. Carecen de legitimidad como ella de amor. Ávidos y privados de lo que creían real y merecido, pierden la vergüenza como ella. Tratan de imitar lo que desean vanamente y, como ella, sólo consiguen caricaturizarlo. A menos que la propia sociedad sea la caricatura de lo que la vida podría y debería ser. De lo que sería razonable que fuera. Flaubert, cómplice de los sueños de Madame Bovary, lo sabía muy bien al decir: "Soy yo".

Roban como ella se endeudaba, se drogan como ella hacía el amor, para alcanzar lo que jamás existió y que siempre se les presentó como accesible, deseable, necesario y seguro. Como ella, encerrados en "la sucesión de los días idénticos", esperan "peripecias hasta el infinito"² y tratan, como ella, de obtener en su propio ambiente un papel importante, aunque sea por fuera de los códigos y las leyes. Como ella, se comprometerán y rebelarán en vano para terminar, lógicamente, vencidos. Al mismo tiempo se propaga

² Gustave Flaubert, *Madame Bovary*.

una vez más, acaso para siempre, la moral de los Homais condecorados, pedantes, encargados de ocultar el veneno que poseen.

Sobre todo son los encargados de disimular con sus discursos pomposos, machacones, el horror planetario hasta el punto de que todos se vuelven indiferentes a él. Más aún, se vuelven sordos, ciegos, insensibles a la belleza que produce con frecuencia, en este horror mágico, el heroísmo de la lucha librada por los seres humanos, no contra la muerte sino para malograr con mayor fervor el milagro extraño, mezquino de sus vidas. Su maravillosa aptitud para inventarse a sí mismos, explotar el breve intervalo que les es concedido. La belleza inefable creada por su ambición delirante de administrar el apocalipsis, de señalar y construir juntos o mejor, de elaborar, cincelar un detalle, o mejor aún, de introducir la propia existencia en el tropel de las desapariciones. De participar como sea de cierta continuidad, aunque deplorable, mientras sus cuerpos y alientos, amarrados al orden de los tiempos, desde la cuna hasta la tumba, son abolidos de antemano y en el desorden, consagrados a la destrucción. Con semejante estoicismo la vida no es (tan solo) un prólogo de la muerte.

VI

Aquí abriremos un paréntesis, pero sin alejarnos demasiado del "problema de los barrios" ni de aquellos cuyas versiones más o menos conscientemente falsificadas son destiladas como otros tantos venenos, con una facilidad desconcertante para quienes estamos anestesiados por los discursos machacones de los Homais, cuya verdadera vocación es la de ensordecen y embrutecernos.

En cambio, la de la cultura consiste en provocar, entre otras cosas, la crítica de sus pedanterías imbéciles y dotarnos de los medios para ello. Quiere hacernos escuchar algo distinto, aunque fuese el silencio. Aprender a escuchar, permitir que nos lleguen sus rumores, percibir sus lenguajes, dejar que brote su sonido, determinar y comprender su sentido inédito, es liberarse un poco del cacareo que nos rodea, estar menos atrapado en la redundancia, ofrecer un poco de campo al pensamiento.

Por cierto que no se puede aprender a pensar, que es la cosa mejor repartida, más espontánea y orgánica del mundo. Sin embargo, uno se ve desviado del pensamiento como de ninguna otra cosa. Se puede desaprender a pensar. Todo conspira en ese sentido. Dedicarse a pensar cuando todo se opone a ello —¡incluso con frecuencia uno mismo!— requiere audacia. Embarcarse en ello obliga a ciertos esfuerzos, como olvidar los epítetos de austero, arduo, engorroso, inerte, elitista, paralizante e infinitamente aburrido con que se califica el pensamiento. Asimismo, hay que desbaratar la trampa de separar lo intelectual de lo visceral, el pensamiento de la emoción. ¡Cuando se logra, eso se parece terriblemente a la salvación! Y puede permitirle a cada uno convertirse, para bien o para mal, en habitante de pleno derecho,

autónomo, cualquiera que sea su situación. No es casual que se lo desaliente.

Porque no hay nada más movilizador que el pensamiento. Lejos de representar una triste abdicación, es la quintaesencia misma de la acción. No existe actividad más subversiva ni temida. Y también más difamada, lo cual no es casual ni carece de importancia: el pensamiento es político. Y no sólo el pensamiento político lo es. ¡De ninguna manera! El solo *hecho* de pensar es político. De ahí la lucha insidiosa, y por eso más eficaz, y más intensa en nuestra época, contra el pensamiento. Contra la *capacidad de pensar*.

Pero ella representa, y representará cada vez más, nuestro único recurso.

En otra parte he relatado,¹ y resumiré aquí, cómo en 1978, durante un coloquio en Graz, Austria, la sala estalló en carcajadas cuando un orador preguntó al público (muy internacional), si conocía a Mallarmé, "un poeta francés". ¡Desconocer a Mallarmé! Más tarde, un italiano tomó la palabra para expresar su indignación por esas risas. Leyó una lista de nombres propios. "¿Los conocen?" No, no los conocíamos. Eran marcas de ametralladoras. Acababa de llegar de un país que él consideraba ejemplar, un país en guerra civil donde "el noventa por ciento de los habitantes" conocía esos nombres, pero el cero por ciento conocía el de Mallarmé. Por consiguiente, éramos elitistas, cursis, esnobs, en fin, "intelectuales". Desconocíamos los verdaderos valores; los nuestros eran fútiles, narcisistas, mezquinos, inútiles. Había luchas apremiantes que librar. Nos miraba descorazonado, los ojos llenos de furia. Humillada, avergonza-

¹ En *La violence du calme*, ob. cit.

da —sobre todo porque el tema del coloquio no era otro que, oprobio supremo, "Literatura y principio del placer"—, la sala lo ovacionó.

Molesta, pedí la palabra y me escuché decir que tal vez no era deseable considerar natural que una gran mayoría, una mayoría abrumadora, no tuviera otra opción que desconocer a Mallarmé. Esa mayoría no había optado por no leerlo sino que carecía de la posibilidad de hacerlo, incluso de conocer su nombre. Pero el orador que tanto nos despreciaba seguramente no lo desconocía, siquiera para estar en condiciones de deplorar nuestra erudición.

Ahora bien, en esa inmensa mayoría de grupos sociales marginados del nombre de Mallarmé existía la misma proporción que en el nuestro —tan desastrosamente minoritario— de hombres y mujeres capaces de leer a Mallarmé, de determinar si les gustaba o no. No habían tenido, como nosotros, el derecho a la formación e información que llevan a conocer su existencia y la libertad de decidir si leerlo o no. Y, habiéndolo leído, de apreciarlo o no.

Si el ametralladorista, los campesinos africanos (me escuchaba repetir una lista hoy caduca, leída por nuestro amigo), los mineros chilenos, la mayoría de los obreros no especializados europeos (hoy diríamos los desocupados)²

² En nuestra época, casi veinte años más tarde, nuestro amigo hubiera podido formular otra pregunta, para la cual hubiese sido innecesario viajar: bastaría hacer turismo por las agencias de empleo. En Francia, hubiera conocido una cultura propia de esos lugares por donde navegan los buscadores de empleos precarios. Cultura en la que son los únicos (¡pero cada vez más numerosos!) iniciados. ¡Cultura mucho más hermética que cualquier página de Stéphane Mallarmé! La de los bosques de siglas. "¿Conocen ustedes —preguntaría— el significado de PAIO, PAQUE, RAC, DDTE, FSE, FAS, AUD, CDL, entre muchas otras?" ¿Qué hubiera respondido usted, lector?

desconocían a Mallarmé y todo lo que conduce a su nombre, no era por propia voluntad sino porque no habían tenido acceso a ello. Y porque todo conspiraba para que no lo pudieran obtener. ¡Para ellos, las ametralladoras! Para otros, el ocio que permite disfrutar de Mallarmé u optar por no leerlo.

Ahora bien (me escuché decir más adelante), algo cambiaría si los campesinos africanos tuvieran los medios para elegir por sí mismos sus objetos de conocimiento, disponiendo para ello de la misma abundancia de información que nosotros. ¿Era una virtud desconocer el nombre de Mallarmé pero no la marca de una ametralladora? Nosotros podíamos tratar de decidirlo. En el caso de ellos, nuestro amigo tomaba la decisión. Ellos no podían. No tenían ese margen, ese derecho. Nosotros sí.

¿Acaso los dirigentes de los movimientos políticos de todos los bandos —de los dos bandos en el caso de un conflicto concreto— no estaban más cerca unos de otros que cada uno de sus propios partidarios, de sus ejecutores, en fin, de los ametralladoristas?

Los sistemas que conducen más o menos lentamente, ostensiblemente, trágicamente al *impasse* se verían mucho más amenazados, los poderosos estarían más controlados, si Mallarmé tuviera más lectores, siquiera en potencia. Los poderosos no se equivocan. Saben bien dónde está el peligro. Cuando se impone un régimen totalitario, lo primero que hace por instinto es descubrir y desterrar o eliminar a los Mallarmés, aunque tengan un auditorio pequeño.

La obra de un Mallarmé *no es* elitista. Tiende a derribar el muro de escoria que nos aprisiona. Ayuda a descifrar la lengua, sus signos, sus discursos, y con ello a volvernos me-

nos sordos y ciegos a lo que se trata de disimular. Dilata nuestro espacio. Ejercita, refina, flexibiliza el pensamiento, lo único que da acceso a esas armas potentes que son la crítica y la lucidez.

Las ametralladoras son violentas y a veces indispensables para evitar lo peor, pero su violencia es previsible, forma parte del juego y casi siempre sirve al eterno retorno de los mismos cambios. Se desplazan los términos sin modificar la ecuación. La historia está repleta de tales sobresaltos. La jerarquía sabe actuar.

La lectura de Mallarmé supone la adquisición de ciertas facultades que a su vez podrían conducir a una serie de destrezas y a la búsqueda de ciertos derechos. Una es la facultad de no responder al sistema exclusivamente en los términos reduccionistas empleados por él y que anulan toda contradicción. Otra es la facultad de denunciar la versión demente del mundo en la que se nos atrapa y que los poderes deploran tener a su cargo cuando fueron ellos los que la instauraron.

Para el mejor encuadramiento y sumisión del organismo humano en el bando del poder, se lo desvía del ejercicio arduo, visceral y peligroso del pensamiento, se evitan su precisión y su investigación a fin de manipular más eficazmente a las masas. El ejercicio del pensamiento está reservado a unos pocos y ayuda a conservar su dominación.

Mallarmé, me escuché decir en conclusión...

Fue entonces cuando un hombre del público exclamó: "*Mallarmé is a machine gun!*" ¡Mallarmé es una ametralladora!

Era verdad.

Le dejé la última palabra.

VII

Entre estos "jóvenes", estos habitantes jóvenes de los barrios llamados "difíciles" (pero que mas bien son aquellos donde vive la gente que está en grandes dificultades), lo que reemplaza al nombre de Mallarme no son los nombres de ametralladoras sino el vacío. Y, junto con el, la ausencia de proyectos, de futuro, de felicidad siquiera vislumbrada, de la menor esperanza, pero que cierto saber podría compensar, provocando incluso cierto placer al recorrer los caminos que llevan al nombre de Mallarmé.

¡No soñemos!

No obstante, el único lujo de estos jóvenes, muchachos y muchachas, ¿no es acaso el tiempo libre que podría permitirles, entre otras cosas, incursionar en esos mundos efervescentes? Pero no les permite nada porque están amarrados a un sistema rígido, vetusto, que les impone precisamente lo que les niega: una vida ligada al trabajo asalariado y dependiente de él. Lo que se llama una vida "útil". La única aceptada y que ellos no tendrán porque cada vez es menos viable para los demás y no lo es en absoluto para ellos. No obstante, el fantasma de esa vida los encierra en una existencia regida por el vacío que provoca su ausencia.

Es un peso muy grande, sobre todo en la escasez glauca de los barrios.

En el otro polo existe ese mundo generoso, efervescente, grato, pero menospreciado, quizá también en vías de desaparición (aunque en realidad siempre lo estuvo, esa es una de sus características), no el mundo del jet set sino el de la investigación, el pensamiento, la extravagancia, el fervor. El mundo

del intelecto, término rechazado con un desprecio intencional, concertado, alentado por la sociedad: véanse si no los guiños cómplices de los imbéciles que, al pronunciarlo como un insulto, prevén las connivencias solícitas, las burlas que no se hacen esperar. No hay nada de inocente en ello.

Muchos jóvenes desocupados estarían perfectamente dispuestos a entrar a ese mundo intelectual si tuvieran la llave. En verdad, están más dispuestos que otros porque disponen de más tiempo, de ese tiempo que podría ser libre pero se vuelve tiempo vacante, tan vacío que dan ganas de matarse, tiempo de vergüenza y de pérdida, venenoso, aunque sea el más precioso de los materiales. Aunque a partir de él podrían vivir sus vidas plenamente.

Pero suponer que ello fuera posible sería considerado con razón el colmo del absurdo. Tanto más por cuanto la escolaridad elemental es muy mal vivida por esos "jóvenes" tan marginales (o marginalizados) que pocos se arriesgan a ingresar en sus territorios, cuyos códigos desconocen, mientras ellos no ingresan en los nuestros.

Estas zonas y sus habitantes están implícita pero severamente marginados y permanecen así. El muro es invisible, intangible, pero no por ello menos eficaz.

¿Los habitantes de otros barrios vienen a callejear en las ciudades tan próximas, contiguas a las suyas? No, porque se los considera peligrosos, muchas veces con razón. ¿Pero se sabe que sus habitantes ya cayeron, ya fueron arrojados al pozo de ese peligro que todos temen: el de la exclusión social permanente, absoluta hasta el grado de la trivialidad?

¿Y se ve con frecuencia a esos habitantes de las afueras deambular por barrios que no sean los suyos o análogos a los suyos? ¿Compartir con otros, con nosotros, algo distinto de la televisión, el transporte público y ciertos bares? ¿Se los ve en algún lado aparte de la televisión, en sus parques, en programas de tipo etnológico o folclórico, o en nuestros parques durante esas incursiones que realizan a la manera de guerreros que cruzan las fronteras?

¿Quién demarcó esas fronteras? ¿Prefieren esos "jóvenes" sus colegios técnicos a las academias de los barrios de clase alta? ¿Sus espacios desérticos a las regiones privilegiadas? ¿Están hechos de alguna sustancia que les impide llegar a esas regiones? ¿O se trata lisa y llanamente de su pobreza?

El único grupo social que los vincula con una sociedad evidentemente ajena es... la policía. Pero se trata de una relación tan estrecha, en la que el juego a menudo trágico de cada campo responde previsiblemente al del otro, se inscribe por completo en la misma rutina, la misma brutalidad, en ¡a misma trampa, ¡que sus ritos parecen actos de tipo casi incestuoso!

La única escenografía institucional organizada casi a su exclusivo beneficio según concepciones estrechamente ligadas a su porvenir, adecuadas a su destino, es la cárcel.

No obstante, existe otro terreno que esos "jóvenes" comparten con el otro bando en un lugar cerrado: la escuela. Allí se encuentran frente a frente, por primera y frecuentemente por última vez, con quienes los excluyen. Frente a frente en el mismo territorio, en una relación íntima, cotidiana, oficialmente obligatoria. En ese lugar, la mayor parte del tiempo no se encontrarán.

Esto se debe a una razón principal: cualesquiera que sean sus situaciones financieras, sus condiciones sociales y motivaciones, los profesores vienen del lado privilegiado del muro los dejarán del otro.

Cualquiera que sea su valor y necesidad, los docentes y la institución escolar están vinculados con quienes excluyen y humillan, con quienes relegaron a sus padres (y por lo tanto sus hijos) a callejones sin salida para abandonarlos ahí, encerrados fuera de la vida por el resto de sus vidas. Son los delegados de una nación que generalmente trata a esos alumnos y sus familias —sean ciudadanos o no— como ilotas o parias. Y por injusto que parezca, eso puede asemejarse a la irrupción del enemigo, a la violación de un territorio generalmente abandonado.

Esta irrupción, vestigio de promesas olvidadas, último esfuerzo de la democracia, último signo indispensable de una distribución, siquiera de una voluntad de igualdad, último indicio de un valor que no por simbólico deja de ser irremplazable, cualquiera que sea su fundamento, para los niños sacrificados de antemano puede parecer una provocación. Y cualesquiera que sean las actitudes y sentimientos de los profesores, aparece como la prolongación de un desprecio general y se desarrolla incluso en los campos donde ese desprecio está más arraigado, aquellos que exhiben sus consecuencias.

¿La educación? Para esos escolares podría ser una dádiva, una distribución de lo mejor que existe, un reparto mágico autorizado, pero a la vez un único y último recurso. Se les ofrece un mínimo estrictísimo, interrumpido lo antes posible. Este concepto de "última oportunidad" que destaca su desamparo y el peligro que los amenaza provoca tanto en los docen-

tes como en los alumnos una angustia insidiosa que exacerba las tensiones.

Se exacerba también el anhelo de esos valores del otro bando, agitados, tentadores, pero siempre tan lejanos e inaccesibles. En verdad, prohibidos. Tanto más por cuanto, a pesar de las apariencias, tampoco tienen vigencia en otra parte. Se les ofrece esos valores como se le ofrecían a Alicia, en su país de malignas maravillas, esos platos succulentos pero fugaces, retirados de la mesa antes de que pudiera probarlos. Esta promesa fingida de algo que jamás se degustará evoca otra metáfora: la de escarbar con la daga en la herida.

Inculcar en estos niños los rudimentos de una vida que les está vedada, confiscada de antemano (y además ha dejado de ser viable), ¿no se puede considerar una broma maligna? ¿Una afrenta adicional?

¿Cómo convencerlos de que se trata de un último esfuerzo republicano? ¿De una última esperanza para la sociedad que los maltrata, sí, también para ella? ¡Sobre todo para ella! ¿Cómo hacerles comprender que la sociedad, como ellos, está atrapada en los pliegues de una red de "historias" ficticias, engañosas, que le ocultan su Historia?

¿Pero no es justamente eso lo que se debería enseñar?

Ahora bien, resulta que frente a esas "historias" o este momento crucial de la Historia (que algunos pretenden hacer creer que es su fin, y que no hay nada más que decir sobre ella porque no se dice nada), los niños de esos lugares perdidos están en la vanguardia de nuestro tiempo. La sociedad actual es regresiva. Ellos no. Es ciega a su propia Historia, que se organiza sin ella y la elimina. Pues bien,

esos niños están en la vanguardia de esta Historia. Ya fueron echados por la línea de banda y en realidad, lejos de ser rechazados por una sociedad que se aproxima a su fin y pretende sobrevivir, se adelantan a ella. Probablemente representan una muestra de lo que aguarda a la mayoría de los terrícolas si no despiertan, si no prevén organizarse en el seno de una civilización reconocida como ajena, desarraigada, en lugar de aceptar una vida de malos tratos y humillaciones conforme a los criterios de una época pretérita, y vegetar en ella, rechazados y pasivos, antes de morir y librar así a los habitantes de la nueva era de sus presencias superfluas.

A estos niños, estos precursores, nadie ha tratado de engañarlos, nadie se ha tomado la molestia de hacerles trampas o pasarles gato por liebre, y el menor de estos pequeños marginados, por el hecho de pertenecer a lo que corresponde llamar nuestra modernidad, por sufrirla en toda su crudeza, por no estar resignado a ella como los adultos, plantea lo que la gran mayoría desconoce o quiere desconocer.

¿Cómo no habría de intuir intuitivamente todo lo que hay de absurdo en pretender condicionarlo a un programa que lo margina? Un programa imperturbable, considerado ejemplar, que trata de insertarse en el seno de los estragos que no tiene en cuenta y que derivan de él. Un programa que no menciona la marginación, que no busca remediarla sino sobre todo justificar el sistema que la crea o al menos la consiente. Un programa instituido por y para una sociedad que parece considerar en gran medida lógico, deseable e incluso insuficiente la marginación de estos "jóvenes" y sus familias. Un programa en el cual los jóvenes, llamados a integrarlos, pueden tener la impresión de que se les reserva tácitamente el papel de parias.

¿Alguien cree que es alentador ver a gente de la misma zona (hoy día las clases sociales se conciben en términos de zonas), amigos, incluso familiares, con frecuencia vecinos, expulsados en grupo o amenazados de serlo, rechazados por una sociedad incapaz de advertir que ella misma deviene "globalmente" superflua, implícitamente indeseable?

Porque se puede ser emigrante o inmigrante in situ; ser, por culpa de la pobreza, un exiliado en el propio país. Pero las exclusiones oficiales poseen una virtud indudable: convencen a los no afectados por ellas que están incluidos. Legitimidad ficticia a la cual se aferran.

Los "jóvenes" de esos barrios parecen presentir que la educación es impartida por personas engañadas. En mala posición. En suma, una educación perversa porque apunta a perspectivas que les están (y estarán) vedadas y, lo que es peor, se cierran (y cerrarán) a los docentes.

Una vez más, ¿eso no se enseña!

Tampoco se enseña la sórdida aspereza de los guetos miserables en los Estados Unidos, el hacinamiento de las villas miseria de Manila, las favelas de Río y tantas otras. Se pasa por alto esa geografía. Se desconocen la lista infernal de los famélicos de África, Sudamérica y otras partes, así como la desgracia sufrida por un ser consciente que no estaba fabricado para convertirse en un miserable, un famélico, una víctima, aunque ése fuera su destino. Con todo, es necesario comprender que esos millones de escándalos son vividos uno por uno, que devoran cada vez una vida entera, única, la misma entidad preciosa, indescifrable que se desarrolla y marcha, de la cuna a la tumba, en cada uno de nosotros.

No "conocemos" este horror diseminado en otros cuerpos y que es contemporáneo, pero lo "sabemos". Sabemos que hay quienes lo viven entre nosotros, cerca de nuestras puertas, menos brutalmente en algunos continentes que en otros, pero sin duda más humillado, más rechazado por la opinión pública en los países donde no lo sufren todos. Más escarnecido, más golpeado por la nación desarrollada que lo "alberga"... de manera tan ruin.

Los hijos de los marginados, los niños marginados, deben enseñarnos que lo sabemos.

Por cierto que su escolaridad representa en teoría un arma contra los excesos y la injusticia, un último recurso contra el rechazo. ¿Pero cómo ha de asumirlo el escolar? ¿Se le dan los recursos para ello? ¿Algunas pruebas? Tanto más por cuanto para él, como para todos los alumnos de todos los sectores, el acceso al saber presenta un aspecto austero, poco atractivo; exige esfuerzos que vale la pena acometer para iniciar la vida en una sociedad... pero, ¿para iniciarse en su rechazo?

De esta sociedad presentada como un modelo por la enseñanza proporcionada por ella, los jóvenes conocen los secretos, no los del poder sino de sus resultados. Lo que comúnmente es ocultado y disimulado no tiene secretos para ellos. Los desórdenes y carencias de sus vidas cotidianas, ¿no les permiten descubrir inconscientemente las fallas irreversibles que preceden el derrumbe?

Se los arroja al borde de la ruta, pero por esa ruta se transita cada vez menos, al tiempo que viene a unírseles y a que-

darse empantanado con ellos un número creciente de habitantes del planeta, de todas las clases y horizontes.

Una ruta que no conduce a los mismos lugares que antes. ¿Adonde conduce? Nadie lo sabe. Los que podrían saberlo, los promotores de la nueva civilización, tampoco transitan por ella. Residen y transitan por otras partes y ese paisaje ya no les interesa, forma parte de un pasado destinado al folclore o al olvido.

El instinto de los niños sin duda adivina que fingir que es actual o hacer enseñar como si fuera actual algo que es cruelmente anacrónico representa un medio —el mejor— para convencerse a sí mismo, para seguir viviendo de acuerdo con lo que ya no existe, homologarlo y así prolongar ilusiones generadoras de malentendidos funestos, de sufrimientos estériles.

Aquí aparece el engaño general impuesto por los sistemas fantasmas de una sociedad desaparecida, que hace pasar la extinción del trabajo por un mero eclipse. ¿De qué sirve seguir insistiendo sobre los problemas de los barrios carenciados? No representan sino los síntomas extremos de lo que sucede en todos los niveles de nuestras sociedades, pero según ritmos y formas algo diferentes... y diferenciados. Por todas partes se experimentan la divergencia, la brecha, la distancia entre el mundo que postula, codifica y propone la enseñanza y el mundo al que apunta, donde se imparte, pero sin lograr conservar su sentido. Sin lograr conservar *un* sentido.

Aquí no se pone en tela de juicio la diversidad y el contenido de las materias; todo lo contrario. Cerrado el camino del trabajo, la enseñanza podría darse el objetivo de ofrecer a estas generaciones-bisagra una cultura que diera sentido a su presencia en el mundo, su simple presencia humana, lo que les

permitiría adquirir una idea general de las posibilidades accesibles a los humanos, una perspectiva del campo de los conocimientos. Con ello les daría razones para vivir, caminos para desbrozar, un sentido para su dinamismo inmanente.

Pero más que preparar a las nuevas generaciones para un modo de vida que ya no pasaría por el trabajo (convertido en prácticamente inaccesible), se trata por el contrario de hacerlas ingresar en ese lugar cerrado que las rechaza, con el resultado de que se las convierte en marginadas de lo que ni siquiera existe. En desgraciadas.

Con el pretexto de apuntar a un porvenir que sólo era posible en un contexto ya desaparecido, se obstina en desconocer, en rechazar aquello que no consta en los programas, y a la vez conservar lo que se considera necesario para alcanzar un futuro imposible. Puesto que el porvenir previsto no se desarrollará, no se visualiza otro porvenir que el de estar privado de él. Puesto que esos jóvenes no tienen nada, se les quita todo, en primer lugar lo que parece gratuito, un lujo inútil y que roza lo cultural: lo que permanece en el terreno de lo humano, lo único por lo cual sienten vocación esos grupos inconmensurables desterrados del mundo económico.

Por el contrario, se tiende a considerar que no se los prepara lo suficiente —o de manera directa— para ingresar en empresas que no los quieren, que han dejado de necesitarlos, pero para las cuales se querría "formarlos". Se aferran (o al menos consideran que habría que hacerlo) a la obsesión de ir a lo más "realista", es decir, en realidad a lo más "soñado" y ficticio. Se fijan un solo objetivo y se reprochan por no ser suficientemente consecuentes: inscribir a los niños lo antes posible en el mundo del salario, que ya no existe. Consideran que debe-

rían eliminar poco a poco las materias y carreras que no encarrilan a estudiantes primarios, secundarios, terciarios y universitarios directamente hacia un empleo. Se recomienda apuntar cada vez más a una "inserción profesional" que desde luego no se producirá. Eso es lo que se llama ser "concreto".

En cuanto a los juguetes sin futuro, ¡malditas sean esas fantasías incongruentes! Algunos jóvenes (sin comillas), los de las familias honorables, podrán iniciarse en el pensamiento; se los invitará a conocer y admirar las obras artísticas, científicas, literarias y de todo tipo de aquellos que entran en la categoría aceptable de "proveedores" de sus familias. Algunos se unirán a esos grupos un tanto irresponsables, socialmente honorables y con frecuencia aduladores. Incluso —en cierta pequeña medida— rentables. ¿Acaso no tienen su mercado?

Con todo, algunas almas soñadoras no dejarán de observar sabiamente que de nada sirve enseñar esas cosas, en sí superfluas, a personas inútiles. Que eso no es económicamente razonable. ¿Y de qué sirve darles a los jóvenes los medios para adquirir conciencia de su situación, sufrirla más que antes y criticarla si ahora la aceptan tan tranquilos? Es mejor atraparlos más, hundirlos más que nunca en su condición de "buscadores de empleo", ocupación que los mantendrá tranquilos y juiciosos por mucho tiempo. "Hecho a un lado", según la expresión de Van Gogh. O aquella otra tan lúcida, que los jóvenes pueden tomar como modelo: "Es mejor que yo sea como si no fuera."

Si bien para "ser" (o para ser "como si no se fuera") no todos pueden hacerse artistas, menos aún artistas como aquél, muchos se convierten en "delincuentes", prueba adicional de su naturaleza perversa.

Dicho sea de paso, puesto que al fin y al cabo están ahí, ¿por qué no aprovechar la coyuntura para obtener los aprendices y empleados que aún hacen falta, provistos y formados a costa del Estado y entregados llave en mano? Sería un error privarse de ello. Dicho y hecho. Se toman iniciativas notables. Llueven los seguros sociales y las subvenciones, entre otras pequeñas atenciones de las "fuerzas vivas", que les permiten extender sus buenas obras y demostrar su amor al prójimo.

VIII

Nuestros sistemas, dicen, dependen en gran medida de ese amor irrefrenable de los responsables a tomar decisiones por sus presuntos prójimos, a falta de... ¡semejantes! Por eso invitan a la empresa a declararse "ciudadana" y a la "ciudadana empresa", una vez declarada, a cumplir con sus deberes cívicos. No la obligan sino que la invitan a hacerlo, seguros de sus inclinaciones felices. Tras semejante invitación, conociendo lo que es el bien y el mal, ¿quién puede dudar por un instante que optará por el bien?

De paso, felicitamos al sistema: ¡la "ciudadana empresa" es algo que ni los surrealistas se hubieran atrevido a inventar! No obstante, "ciudadana" o invitada a convertirse en ello, supuestamente inclinada hacia el bien, la empresa recibe ofertas de miles de subvenciones, exenciones, posibilidades de contratos ventajosos a fin de que emplee más trabajadores. Y no se traslade a otro país. Condescendiente, todo lo acepta. No contrata. Se traslada o amenaza con hacerlo si no se hace todo como ella quiere. Aumenta el desempleo. Se vuelve a empezar.

¿Pero en nombre de qué, Dios bendito, el país y todos los países, y ante todo los partidos de izquierda, creyeron durante años que la prosperidad de las empresas equivaldría al de la sociedad y que el crecimiento económico crearía puestos de trabajo? ¡Y todavía lo creen, o al menos se esfuerzan o fingen hacerlo! En 1980 dijimos lo siguiente: "Los partidos obreros exigen que el Estado financie a las empresas privadas que podrán seguir explotándolos para obtener mayores ganancias y producirán empleo o desempleo según los

sucesos del día, las alzas y bajas de la Bolsa, el viento de las crisis y las crisis en el viento."¹

Siempre fue previsible que la "ayuda a las empresas" no crearía puestos de trabajo o lo haría en cantidades mucho menores que las previstas. Hace diez o quince años, desarrollar esta afirmación hubiera sido temerario ya que no había demasiadas pruebas. Hoy salta a la vista. ¡Pero se continúa insistiendo en ello!

Aparentemente nadie se pregunta en virtud de qué operación milagrosa la miseria provocada por el desempleo se traduce en beneficios otorgados sin el menor resultado a las empresas, las que por su parte lloran miseria mientras el mundo económico marcha globalmente muy bien. Ni menos aún por qué son objeto de tantos ruegos y mimos inútiles, consideradas capaces de demostrar esa bondad condescendiente que se espera en vano de ellas y que consistiría en quedarse con esos fondos que se les otorgan generosamente para crear puestos de trabajo mientras se extiende el desempleo.²

¿Pero, por qué echar sobre las espaldas de las empresas un fardo moral que no tienen vocación de portar? Correspondería a los poderes políticos que las obligaran a ello. De nada sirven los "ruegos": son sólo efectos de ilusionismo que supuestamente constituyen promesas vagas al público. Los gobiernos que susurran sus tímidas sugerencias no desconocen que al responder favorablemente traicionarían sus propios intereses, que son su razón de ser y la base de su deontología.

¹ *La violence du calme*, ob. cit.

² En 1958, había 25. 000 desocupados en Francia. En 1996 hay casi 3, 5 millones. De ninguna manera es una exclusividad francesa. El fenómeno es mundial. Hay unos 120 millones de desocupados en el mundo, de los cuales 35 millones corresponden a los países industrializados; 18 millones a Europa. (Fuente: M. Hasoun, F. Rey, *Les coulisses de l'emploi*, Arléa, 1995.)

Por qué no asumir esta realidad: las empresas no toman mano de obra por la excelente razón de que no la necesitan.

Ésta es la situación que se debe afrontar, en una palabra, una metamorfosis. ¿Qué puede ser más impresionante, más aterrador, y que exige para enfrentarla un esfuerzo sobrehumano de la imaginación? ¿Quién tendrá el coraje o la genialidad de hacerlo?

Mientras tanto, las empresas beneficiarias siguen deshaciéndose en masa de sus planteles, y no se ve nada excepcional en ello. Abundan las "reestructuraciones" con repercusiones vigorosas y constructivas, pero que comprenden ante todo esos célebres "planes sociales", es decir, esos despidos programados que constituyen la base actual de la economía; ¿por qué escandalizarse con el pretexto, real, de que desestructuran vidas y familias enteras, de que anulan cualquier previsión política o económica? ¿Habría que denunciar esos términos hipócritas y perversos? ¿Confeccionar un diccionario con ellos?

Lo repetimos: la caridad no es la vocación de las empresas. La perversidad consiste en presentarlas como "fuerzas vivas" movidas ante todo por imperativos morales, sociales, abiertos al bienestar general, cuando en realidad se rigen por un deber, una ética, sí, pero que les ordena obtener ganancias, lo cual es perfectamente lícito, jurídicamente inobjetable. Sí, pero hoy por hoy, con razón o sin ella, el trabajo representa un factor negativo, carísimo, inutilizable, perjudicial para las ganancias. Nefasto.

No por ello se deja de argumentar que la "creación de riqueza" es el único motor capaz de movilizar a las "fuerzas vivas", que a su vez son las únicas capaces de provocar, gracias a sus riquezas, un crecimiento que se traduciría inme-

diatamente en la creación de puestos de trabajo. Como si se pudiera desconocer que en nuestro tiempo la función indispensable que cumplía el trabajo ya no tiene razón de ser ya que éste se ha vuelto superfluo.

El trabajo, elogiado, invocado, conjurado mediante hechizos, hoy es para quienes podrían distribuirlo un factor arcaico, prácticamente inútil, fuente de perjuicios, de déficit financiero. La supresión de puestos de trabajo se vuelve una forma cada vez más frecuente de gerenciamiento, una fuente prioritaria de reducción de costos, un agente esencial de la ganancia.

¿Cuándo se tendrá en cuenta este hecho no para indignarse u oponerse a él sino para comprender su lógica? ¿Y puesto que no se tiene la capacidad ni la voluntad de oponerle, al menos para no dejarse engañar y hacerle el juego a la propaganda política con sus promesas jamás gratuitas, o a los intereses económicos que obtienen beneficios adicionales de estas situaciones en tanto no se las aclare? Y para encontrar otros caminos. Para abandonar esos caminos peligrosos que aún seguimos, sea porque nos dirigen o por propia obstinación.

¿Cuánto tiempo fingirán dormir aquellos que han despertado?

¿Cuándo advertiremos, por ejemplo, que las "riquezas" ya no se "crean" a partir de la "generación" de bienes materiales sino a partir de especulaciones abstractas, con escaso o ningún vínculo con las inversiones productivas? Las "riquezas" exhibidas en gran medida no son sino entidades vagas que sirven de pretexto al desarrollo de "derivados" que no tienen gran relación con aquéllas.

Los "derivados" invaden la economía, la reducen a juegos de casino, a prácticas de tomadores de apuestas. En la actualidad los mercados de productos derivados son más importantes que los tradicionales. Ahora bien, esta nueva forma de economía no produce: apuesta. Corresponde al orden de las apuestas, pero en las cuales no hay nada verdadero en juego. En ellas no se apuesta a valores materiales o siquiera a transacciones financieras simbólicas (pero valoradas de acuerdo con activos reales, aunque su fuente sea lejana) sino a valores virtuales inventados con el solo fin de alimentar sus propios juegos. Consiste en apuestas sobre los avatares de negocios que aún no existen y tal vez nunca existirán. Y a partir de ellos, en relación con ellos, se juega con títulos, deudas, tasas de interés y de cambio desprovistas de todo sentido, basadas en proyecciones puramente arbitrarias, próximas a la fantasía más desenfrenada y a profecías de orden parapsíquico. Consiste sobre todo en apostar a los resultados de esas apuestas. Y luego a los resultados de las apuestas sobre esos resultados.

Son transacciones de compra y venta de lo que no existe, en las que no se intercambian activos reales, ni siquiera símbolos de esos activos, sino, por ejemplo, los riesgos asumidos por los contratos a mediano o largo plazo que aún no han sido firmados o sólo existen en la imaginación de alguien; se ceden deudas que a su vez serán negociadas, revendidas y recompradas sin límite; se celebran contratos en el aire, a menudo de común acuerdo, sobre valores virtuales aún no creados pero ya garantizados, que suscitarán otros contratos, siempre de común acuerdo, referidos a la negociación de aquéllos. El mercado de riesgos y deudas permite a los participantes entregarse con toda falsa seguridad a esas pequeñas locuras.

Se negocian interminablemente las garantías de lo virtual y se trafica con esas negociaciones. Son otros tantos negocios imaginarios, especulaciones sin otro objeto ni sujeto que sí mismas y que constituyen un colosal mercado artificial, acrobático, basado en nada o sólo en sí mismo, alejado de toda realidad que no sea la suya, en círculo cerrado, ficticio, imaginado y embrollado sin cesar con hipótesis desenfrenadas que sirven de base a otras extrapolaciones. Se especula hasta el infinito sobre la especulación. Un mercado inconstante, ilusorio, basado en simulacros pero arraigado en ellos, delirante, rayano en la poesía de tan alucinado.

"Opciones sobre opciones sobre opciones", decía entre risas, pero algo asustado como si contemplara a un niño travieso, el ex canciller Helmut Schmidt acerca de Arte.³ Confirmaba que en esos mercados surrealistas se hacen "cien veces más transacciones" que en los otros.

Así, esta dichosa economía de mercado considerada fundamental, sería, responsable de poblaciones enteras, una potencia en sí misma —en realidad, la potencia—, está dominada, atrapada por la fiebre, se diría la droga dura, de los arreglos, las manipulaciones en torno de sus propios negociados, que por otra parte obtienen ganancias colosales, inmediatas, brutales, pero que parecen casi secundarias comparadas con la embriaguez operativa, el placer delirante, el poder demencial, inédito al que dan lugar.

He aquí el sentido de la "creación de riquezas": se convierte en un pretexto lejano, cada vez más efímero y superfluo, para esas operaciones obsesivas, esos bailes de San Vito de los cuales el planeta y la vida de cada uno dependen cada vez más.

³ 8 de abril de 1996.

Estos mercados no conducen a la "creación de riqueza", a la producción real. Ni siquiera necesitan sedes inmuebles. Casi no emplean personal, porque en última instancia para manejar los mercados virtuales bastan uno o varios teléfonos y computadoras. En esos mercados, que no implican el trabajo de otrora ni producen bienes reales, las empresas (entre otras) invierten con frecuencia creciente una parte cada vez mayor de sus ganancias, ya que sus beneficios son más inmediatos y abultados que los de otras operaciones. ¡Y es a esos juegos neofinancieros, los más rentables de todos, adonde van a parar las subvenciones y ventajas concedidas para que las empresas tomen trabajadores!

En ese contexto, la creación de puestos de trabajo a partir de la "creación de riquezas" es un gesto puramente humanitario, porque el crecimiento (en realidad, sólo de la ganancia) no conduce al desarrollo o siquiera a la explotación de los productos terrestres sino a esos extraños patateos oníricos; menos que menos conduce a la necesidad del trabajo humano. Suele representar, en cambio, la oportunidad de instalar o perfeccionar los sistemas tecnológicos, la robotización capaz de reducir el potencial humano y, por lo tanto, el costo salarial.

Se sabe de empresas en auge que están obteniendo ganancias y producen despidos masivos. Nada es más ventajoso, dicen los especialistas. Tanto más por cuanto se les otorgan "créditos para generar empleos" sin pedirles cuentas ni obligarlas a tomar personal como estaba previsto. Apenas se les insinúa (con el éxito que cabe imaginar) que no deben emplear esas donaciones incondicionales con fines más ventajosos. ¿Qué cree el lector que hacen?

Es sorprendente encontrar aquí pensamientos culpables. El crecimiento suele ser producto del desempleo, por lo tanto cabe preguntarse si en lugar de generar empleo no causa desempleo. La flagrante incapacidad para administrar la economía social, ¿no permite acaso una administración más racional de los mercados financieros?

Así se pudo leer últimamente: "Convencer a las empresas de que participen en la 'campaña nacional por el trabajo' es una cosa, desalentar los planes de reestructuración es otra. *Aunque obtuvieron importantes ganancias* en 1995⁴ grandes empresas industriales como Renault, IBM, GEC-Alsthom, Total o Danone previeron importantes reducciones de personal para 1996... Sin contar los planes sociales que no se aplican. " ¿En qué publicación sindical o de izquierda aparecieron estos conceptos subversivos? Nada menos que en *Paris Match*⁵.

A fines de la década de 1970 y comienzos de la siguiente —y aun al día de hoy—, la empresa era tan sagrada que cualquier sacrificio era válido con tal de defenderla y hacer la cada día más próspera. Nos decía sabiamente que para evitar el desempleo había que producir despidos en masa ¿Cómo no alentarlos con toda emoción?

Hoy, siempre dispuesta a sacrificarse, hace algo mejor: se "desgrasa". Esta expresión cuya elegancia salta a la vista significa suprimir esa grasa nociva que son supuestamente los hombres y las mujeres que trabajan. Claro que no se trata de suprimirlos: hacer jabón con su grasa o pantallas de velador con su piel sería de mal gusto, pasado de moda, incongruente con la época; sólo se suprimen sus puestos de trabajo y se los deja en libertad. ¿Desocupados? Hay que saber vivir su época.

⁴ Subrayado nuestro.

⁵ 21 de marzo de 1996.

Sobre todo hay que saber asumir las propias responsabilidades. "Desgrasar", reducir el costo laboral, constituye uno de los medios más eficaces de ahorro. ¡Cuántos políticos, cuántos empresarios juran que crean puestos de trabajo y a continuación se jactan de haber reducido sus planteles!

Durante una mesa redonda en el recinto del Senado francés⁶, el señor Loïc Le Floch-Prigent⁷ sostenía al respecto que sería deseable que las empresas dejaran de "valorar la reducción de puestos de trabajo", considerando —y a la vez demostrando— que se trataba de una práctica corriente.

En los hechos, el no trabajo de los no asalariados representa una plusvalía para las empresas y por tanto una contribución a la dichosa "creación de riquezas", de alguna manera un beneficio para quienes no los emplean o, sobre todo, para quienes dejaron de emplearlos. ¿No sería justo otorgarles una parte de la ganancia generada por su ausencia una parte de los beneficios obtenidos por no emplearlos?

¿Pero no se supone que esa reducción del costo laboral debería acrecentar las posibilidades de beneficiar a algunos de los inevitables "creadores de riquezas" que, como se sabe, otorgan puestos de trabajo? Señalar que las riquezas así creadas sólo sirven para acrecentar unas pocas fortunas sería verdaderamente ruin.

¡La verdad es que los responsables, los jefes de empresa, son tan generosos! Tomemos un ejemplo, escuchemos a uno de ellos hablando por la radio⁸: según él, las empresas tienen

una misión a la que se debe dar un sentido, y ése será, nos anuncia, el "sentido de lo humano". No es casual: la empresa es "ciudadana" y su única ley es el "civismo"; él lo confirma. Libra una guerra económica, una "guerra por el trabajo". Sin embargo, observa que "una sociedad sólo puede repartir las riquezas que produce". (¡El auditor desea que no tenga que repartirlas!) De todos modos, observa nuestro humanista, hay "una lógica de la rentabilidad que no se debe desconocer". Por eso, ¿es conveniente "contratar por contratar"? Voz perpleja, tono dubitativo. Decide: "contratar cuando el crecimiento lo permita". No dice qué grado de crecimiento se necesita para hacer ese gesto valiente, pero bruscamente su voz suena más alegre, decididamente a favor de su argumento. Se le escucha decir: "Ganar los mercados, ser más productivo"; incluso se atreve a dar una receta: "Aligerar la empresa". Ahora su voz suena vivaz, al detallar prolijamente: "Costo horario disminuido... cargas sociales reducidas... protección social también... "

Siempre por la radio,⁹ escuchemos al presidente de la Cámara Nacional del Empresariado Francés, el patrón de las "fuerzas vivas" del país, que a propósito de ciertas ventajas recientemente concedidas (mejor dicho, ofrecidas con fervor) a sus tropas a fin de crear empleos, se muestra reticente, no a obtener beneficios con ellas, lo que se apresta a hacer junto con sus fieles, sino a hacer lo que se le pide (mejor dicho, lo que se le sugiere tímidamente) a cambio. Escandalizado, dice que en una empresa como Untel las subvenciones otorgadas para crear empleos tal vez permitirán "hacer el esfuerzo de reducir un poco la tasa anual de despidos, que es del 5 por ciento". Por otra parte, "hablar de contraprestaciones en este terreno revela una falta de comprensión de

⁶ Senado, Salóu du livre politique, 13 de abril de 1996.

⁷ En ese momento presidente del directorio de la empresa estatal de ferrocarriles de Francia.

⁸ France-Culture, entrevista de D. Jamet y J. Bousquet, agosto de 1996.

⁹ RTL, 8 de julio de 1995.

la realidad económica".¹⁰ Siempre por la radio, sugiere "reducir los gastos públicos en lugar de obligar a las empresas a crear empleos". Considera que "no corresponde a la justicia ocuparse de los despidos... Sobre la capacitación de los trabajadores, déjenos actuar como sabemos hacerlo." Por último, reconoce que en ciertos "momentos políticos no es oportuno anunciar planes sociales", y en cambio es "necesario ajustar para adaptarse a la situación mundial". Ya lo sospechábamos.

Pero estos impulsos altruistas a su vez son encuadrados, incluso están determinados y regidos por organizaciones mundiales (Banco Mundial, OCDE, FMI, entre otras) que dominan la economía planetaria, es decir, la vida política de las naciones, y lo hacen en armonía con las potencias económicas privadas, ¡entre las cuales hay mucho más acuerdo que competencia!

Mientras las naciones y sus clases políticas se muestran tan apesadumbradas por la existencia del desempleo y proclaman feroces campañas para terminar con esa obsesión que las acosa noche y día, la OCDE publica en un informe¹¹ una posición más... moderada: "Para obtener un determinado ajuste de los salarios, hará falta un mayor nivel de desempleo coyuntural", declara.

Con espíritu de convivencia fraterna, añade en el mismo tono con que la prensa del corazón daría una receta para atraer y conservar al hombre o la mujer de su vida: "La buena disposición de los trabajadores para aceptar empleos con baja remuneración depende en parte de la generosidad

relativa de los subsidios al desempleo... En todos los países se tiende a recortar el período de obtención de los subsidios cuando es demasiado largo o volver más estrictas las condiciones para acceder a ellos."¹² ¡Así se habla!

Las potencias económicas privadas, internacionales, multinacionales, transnacionales, no cargan con la necesidad de agradar a la opinión pública, obsesión de los poderes políticos. No necesitan seducir ni echarle miradas al electorado. Nada de chachara ni estados de ánimo; nada de maquillaje. Entre ellos juegan con las cartas sobre la mesa. Van a lo esencial. ¿Cómo administrar las ganancias? ¿Cómo obtenerlas? ¿Cómo manejar la empresa planetaria en beneficio del frente único de las "fuerzas vivas"?

Así, el Banco Mundial va derecho al grano, sin remilgos ni circunloquios: "Una mayor flexibilidad del mercado de trabajo —a pesar de su mala reputación, ya que el término es un eufemismo por reducciones salariales y despidos masivos— es esencial para todas las regiones que emprenden reformas profundas." El FMI eleva el tono: "Los gobiernos europeos no deben permitir que el temor a las consecuencias de sus acciones sobre la distribución de los ingresos les impida lanzarse con audacia a una reforma de fondo de los mercados laborales. La flexibilización de éstos pasa por la reestructuración del seguro al desempleo, el salario mínimo legal y las disposiciones que protegen el trabajo."¹³

Ruge la batalla contra los excluidos. Decididamente, resisten demasiado. Lo decíamos más arriba: no están ni de lejos lo suficientemente excluidos. Su presencia molesta.

¹⁰ Tribune Desfossé, 30 de mayo de 1994.

¹¹ *Etude de l'OCDE sur l'emploi*, París, junio de 1994. Citado por Serge Halimi, "Sur les chantiers de la démolition sociale", *Monde diplomatique*, julio de 1994.

¹² Banco Mundial, *World department report, workers in an integrating world*, Oxford University Press, 1995. Citado por Jacques Decornoy, "Pour qui chantent les lendemains", *Monde diplomatique*, septiembre de 1995.

¹³ Bulletin du FMI, 23 de mayo de 1994, citado por Halimi, ob. cit.

Pero la OCDE sabe tratar con esa gente que sólo trabaja cuando la miseria les da su patada en el culo. Como hemos visto, su informe sobre el empleo, sobre las "estrategias" propuestas para obtener la "buena voluntad de los trabajadores", es uno de los más explícitos. Por otra parte, "muchos trabajos nuevos son de baja productividad (...) Sólo son viables si son remunerados con un salario muy bajo."¹⁴ Pero esto afecta a una gama infinitamente mayor de empleos puesto que "una proporción importante de los asalariados seguirá desempleada a menos que se flexibilicen los mercados de trabajo, especialmente en Europa." ¡Que lo demuestren!

Dicho de otra manera, los empleadores (cuya función, en verdad, no es la de ser "sociales") sólo aceptan hacer algunos tibios esfuerzos para contratar o no despedir trabajadores si éstos están dispuestos a aceptar cualquier cosa. Lo cual es el menor de los problemas: dado el estado en que ya se encuentran y el que los amenaza, no están en condiciones de mostrarse descontentos.

Por consiguiente, es lo más normal disponer de estos ociosos, discutir qué hacer con ellos sin darles voz ni voto en esas discusiones. Es igualmente normal que los detentadores de la dignidad puedan hablar por ellos y considerar la posibilidad de adiestrarlos como animales, con métodos tan eficaces como aquel que consiste en someterlos por su bien a una "inseguridad" minuciosamente planificada, deliberadamente organizada, pero con consecuencias tan dolorosas que pueden devastar e incluso acortar sus vidas.

¹⁴ *Bulletin de l'OCDE*, junio de 1994, citado por Halimi, ob. cit.

¿Ocuparse de ellos no es un acto de caridad?

¿Pero qué se hace, si no? Cada instante, cada acto está dedicado a ellos. Nada se hace en la organización mundial, mundializada, globalizada, desregularizada, desreglamentada, descentralizada, flexibilizada, transnacionalizada que no les sea desfavorable. Nada que no sea en su contra.

Aunque sólo sea por esa extraña manía de querer a toda costa colocar a la población en empleos inexistentes, en puestos de trabajo que la sociedad no necesita más. Y junto con ellos se niegan a buscar otros caminos que no sean éstos, evidentemente cerrados, vías muertas que pretenden conducir a los puestos de trabajo y son devastadoras.

Es la manía de obstinarse en perpetuar la desgracia causada por los "horrores económicos" evocados por Rimbaud y hacer pasar a éstos por un fenómeno natural anterior a todas las épocas.

Veamos la descripción del señor Edmund S. Phelps¹⁵, conocido economista, autor, profesor en la Universidad de Columbia, un moderado que analiza fríamente las ventajas y los inconvenientes de los distintos modelos de reacciones económicas al desempleo. En primer lugar, veamos los beneficios de las reestructuraciones que, gracias a "la inseguridad que pesa sobre los trabajadores, permiten a los empleadores reducir sus costos salariales, crear puestos de trabajo [...] sobre todo en el sector de servicios [que no son] sólo mal pagos sino también precarios."

A continuación, veamos la descripción del señor Phelps, el hombre ideal soñado por la OCDE: "El asalariado nortea-

¹⁵ *Le Monde*, 12 de marzo de 1996.

americano que pierde su trabajo debe imperiosamente conseguir otro lo antes posible. Los subsidios por desempleo representan una proporción bajísima de su salario original. Los recibe durante seis meses como máximo. No recibe ayuda social complementaria (para la vivienda, la educación, etcétera). En una palabra, se encuentra desnudo y reducido a sus propios medios." (¡Cabría preguntarse cuáles son!) "Debe encontrar y aceptar rápidamente un puesto aunque no corresponda a lo que busca." El problema es que "para los trabajadores no calificados suele ser difícil encontrar empleo, aunque sea mal pago".

Lo que más deplora el señor Phelps es que "esos desocupados se dedican a actividades anexas: la mendicidad, la venta de drogas, los chanchullos de la calle. Aumenta la criminalidad. Por medio de esas redes han creado una suerte de 'Estado providencial' propio". Esto sin duda causa trastornos, por lo cual el señor Phelps se niega a condenar el sistema de protección social europeo, cuya ventaja, dice, es evitar el grado de criminalidad provocado por su ausencia en los Estados Unidos, pero cuya desventaja es que "reduce la incitación para la búsqueda del empleo".

Esto es más de lo mismo. No obstante (y el asalariado norteamericano, "incitado" ferozmente y "desnudo", sabe bastante de esto), el señor Phelps no desconoce que los puestos de trabajo no abundan y que, peor aún, la búsqueda más tenaz no alcanza para conseguir un cuarto de hora de empleo. Sabe que el desempleo es endémico, permanente. Que el "estímulo" para buscar trabajo conduce casi siempre a no encontrarlo. Que esta búsqueda desesperante y desesperada de innumerables desocupados redunde en gastos de correos, teléfonos y desplazamientos para, en la mayoría de los casos, no recibir respuesta alguna. Por otra

parte, dada la evolución demográfica, para crear o restablecer una situación decente en el planeta habría que crear mil millones de puestos nuevos en los próximos diez años, ¡y los puestos siguen disminuyendo! El señor Phelps debería saber que no se trata de estimular a nadie para que consiga trabajo sino de permitir que lo consiga, porque es el único esquema que permite sobrevivir. ¿No pensó en la alternativa de cambiar el esquema?

Sobre todo, sabe que lo que faltan no son los "buscadores" sino los puestos de trabajo.

¡Pero "buscar trabajo" debería corresponder a la esfera de las ocupaciones piadosas! ¡Ya se sabe, la búsqueda de trabajo no crea puestos de trabajo! ¡Con tantos "estimulados" que se esfuerzan por conseguirlo, que después de tantas búsquedas vanas sueñan con él como si fuera el Santo Grial, también se sabe! ¡Con tantos que aceptan esos males menores casi siempre precarios y que les permitirán reanudar enseguida esa búsqueda tan recomendada —esos puestitos, interinatos, trabajos temporarios, camelos y otros sucedáneos del trabajo en que se los explota—, con todos esos que se derrumban por no haber encontrado nada aunque la demanda "estimulaba" a los puestos de trabajo, deberíamos haber escuchado alguna repercusión!

¿Pero realmente se los "estimula" a buscar trabajos imposibles de hallar? ¿Es eso lo que está en juego? ¿No se trata más bien de pagar por los pocos puestos de trabajo aun necesarios el salario más bajo posible, casi rayano en cero? ¿Y con ello satisfacer la insaciable sed de ganancias? Y no dejemos de mencionar al paso la culpa de las víctimas que jamás han mendigado con tanta asiduidad aquello que se les niega y que, por otra parte, ya no existe.

¡Sería hora! El señor Gary Becker,¹⁶ premio Nobel de economía, nos enrostra, indignado, "el carácter generoso de las prestaciones sociales" de "ciertos gobiernos europeos" que "de manera insensata, aumentaron el salario mínimo" a poco más de siete dólares la hora. Se trata de "una enfermedad grave", diagnostica Becker, no sin advertirnos que "cuando el trabajo es caro y los despidos son difíciles, las empresas son renuentes a reemplazar a los trabajadores que renuncian al trabajo."¹⁷ Lo sospechábamos. Y lamentamos que el señor Becker no haya podido reunirse con la abuelita de los cuentos de hadas: ¡sin duda, hubieran intercambiado ideas fecundas acerca de la gallina de los huevos de oro!

En realidad, no se trata de incitar a nadie a buscar trabajo sino a dejarse explotar, a estar dispuesto a todo para no morir de hambre, para no dejar de ser un excluido... pero porque se lo habrá expulsado definitivamente de la vida.

Se trata asimismo de debilitar, anular moral y físicamente a quienes de otro modo podrían poner en peligro la "cohesión social".

Se trata sobre todo de preparar a las naciones a fin de que cuando deban afrontar lo peor, justamente no lo afronten sino que se sometan, ya anestesiados.

En cuanto a la ganancia, tan determinante, directamente no se la menciona. Es la costumbre. Como invertir el problema y pretender interesarse solamente por la suerte de aquellos a quienes se exprime sin cesar y a quienes sólo les

queda rogar que eso continúe: mientras sean exprimibles, serán tolerados. Cuando ya no lo sean...

Pero tranquilicémonos: ¡todavía se los puede exprimir! Recordemos cómo el moderado señor Phelps demostraba que si se busca a toda costa "un empleo" que se ha vuelto inaccesible y a la vez, a esta búsqueda penosa, a la falta de recursos, a la pérdida (o amenaza de pérdida) de la vivienda, al tiempo perdido en hacerse echar, al desprecio ajeno y el propio, al vacío de un porvenir aterrador, al descalabro físico provocado por tantas privaciones y angustias, al debilitamiento o la destrucción de la familia, a la desesperación... si a todo esto se suma que uno está acorralado por una "inseguridad" creciente y prevista, que uno no tiene ayuda o (a lo sumo) una ayuda calculada para ser insuficiente, entonces uno estará dispuesto a aceptar, soportar y someterse a cualquier forma de empleo a cualquier precio y en cualesquiera condiciones. Incluso a no conseguirlo.

Ahora bien, lo único que puede "incitar" a quienes lo detentan a conseguir el poco trabajo disponible es el obtener los salarios de hambre aceptados por los infelices acorralados por la "inseguridad". Crear puestos de trabajo, puede ser, ¡pero antes hay que crear la inseguridad! O mejor, ir a buscarla a los continentes donde ya reina.

Desde luego, entre las masas sometidas con toda sangre fría a la inseguridad, sólo un pequeño porcentaje de individuos obtendrán esos empleos deleznable que no los sacarán de la miseria. Para los demás sólo habrá inseguridad, con su cortejo de humillaciones, privaciones y peligros, así como la abreviación de muchas vidas.

Por su parte, la ganancia obtendrá ganancias.

¹⁶ Le Monde, 28 de marzo de 1996.

¹⁷ Subrayado nuestro. ¡Interesante eufemismo! Además, el pensamiento beckeriano nos deja particularmente perplejos cuando el autor declara: "Si el impuesto, como la muerte, es inevitable...". Dejemos al psicoanálisis la tarea de interpretar esta extraña afirmación.

IX

En algunos lugares del planeta, la "incitación" a trabajar esta en su apogeo. Allí la miseria y la ausencia de protección social reducen el costo de la mano de obra y el trabajo casi a cero. Es un edén para las empresas, una cadena de ensueño a la que se suman los paraísos fiscales. Muchas de nuestras "fuerzas vivas", olvidando que son "de la nación", no vacilan en precipitarse hacia allá para echar nuevas raíces.

De ahí los desplazamientos devastadores que dejan sin trabajo a los habitantes de localidades enteras, arruinan regiones, empobrecen a la nación. Una empresa que se fue en busca de otro cielo dejará de pagar impuestos en el lugar que abandonó, pero serán el listado y las colectividades que dejó plantados los que deberán financiar el desempleo, es decir, ¡la elección que ella hizo en beneficio suyo y detrimento de ellos! Será una financiación de largo plazo, porque los despedidos convertidos en desempleados no encontrarán trabajo rápidamente en los lugares geográficos y sectores profesionales así devastados y difícilmente volverán a conseguirlo.

Los capitales que huyen del circuito fiscal privan de recursos a las estructuras económicas y sociales del Estado estafado. Tal vez se trata de una ilusión óptica, pero uno tiene la vaga impresión de que los dueños de las riquezas evadidas no son otros que... ¡las admirables "fuerzas vivas" de "la nación" perjudicada!

¿Pero quién se indigna, aparte de algunos especialistas? La opinión pública se preocupa mucho más (y con energía) por la presencia de "extranjeros" —léase extranjeros pobres—

que supuestamente roban puestos de trabajo inexistentes, despojan a los nativos y desvalijan la asistencia social.

¡Fuera los inmigrantes que entran, buen viaje a los capitales que se van! ¡Es más fácil atacar a los débiles que llegan o que están ahí incluso desde hace mucho tiempo, que a los poderosos que desertan!

No olvidemos que los inmigrantes que van a las naciones más prósperas como Francia han visto cómo estos países han ido y aún van a los suyos, y no sólo por la mano de obra barata. Explotan sus materias primas y recursos naturales, a veces hasta agotarlos. Otro de sus motivos para ir allá es que no necesitan dar ni distribuir nada, pueden robar bienes, apropiarse de ellos con el pretexto de que están más capacitados para explotarlos (en beneficio de otras regiones).

Nuestras "fuerzas vivas" vinculadas con nuestros Estados siempre colonizan económicamente a los países que los han enriquecido. Los habitantes pobres de las comarcas pauperizadas emigran hacia los países que han "tomado" sus recursos y desquiciado sus modos de vida económica particular. Allí son recibidos con indignación por los mismos que visitaron sus países, por ejemplo en África, de manera mucho más interesada que nuestros inmigrantes. Es verdad que esto sucede en niveles desconocidos por la opinión pública.

Los poderes y los poderosos se cuidan de aclarar las cosas. Fomentan el rechazo, aprecian la confusión en la que se urden los desplazamientos, las fugas de capitales y otras operaciones más o menos lícitas y disfrutan de la tranquilidad de su reinado sobre sus fieles divididos.

Los países occidentales cierran celosamente sus fronteras terrestres a la "misericordia del mundo", pero dejan escapar por las rutas virtuales las riquezas a las cuales sus ciudadanos impotentes y desinformados creen tener derecho, las que aún creen poseer y defender, pero que dejan escapar, impasibles.

No son los inmigrantes quienes agotan una masa salarial en vías de extinción; antes bien, en las regiones desfavorecidas, los que no son extranjeros ni han emigrado sino que permanecen en sus propios países trabajan por salarios (si así se los puede llamar) de miseria, sin protección social, en condiciones desconocidas en nuestros países. Maná para las multinacionales, se los considera modelos. Sin embargo, son ejemplos con los cuales habría que alinearse, hacia los cuales se debería tender si se espera conservar una posibilidad de reintegrar la hacienda que tiene derecho al trabajo, mientras queden algunos puestos.

Repartos, oportunidades que aguardan las grandes organizaciones internacionales como el Banco Mundial, según el cual "sería contraproducente una política de aplicar impuestos a las firmas multinacionales para tratar de prevenir la migración de empleos con bajos salarios hacia los países en vías de desarrollo".¹ El mismo organismo considera que "la transferencia de la producción al extranjero es una estrategia *eficaz para aumentar la porción del mercado que le corresponde a la firma en un mundo competitivo* o para minimizar las pérdidas".²

Los mercados pueden elegir a sus pobres en los circuitos ampliados; el catálogo se agranda porque a partir de ahora existen pobres pobres y pobres ricos. Y siempre se encuentran pobres más pobres, menos rebeldes, menos "exigentes". O na-

da exigentes. Saldos fantásticos. Promociones por todas partes. Quien sabe viajar encontrará un lugar donde el trabajo no vale nada. Otra ventaja: al optar por los pobres pobres, empobrecerá a los pobres ricos que, cada vez más pobres, casi pobres pobres, se volverán menos exigentes. ¡La *belle époque*!

Extraña venganza de los poseedores, fruto de su dinamismo, espíritu de lucro, de dominación y de empresa. No escatiman medios para transportar y reconstituir en otras partes ciertos excesos de explotación que la historia había vuelto caducos en los países industrializados y que aparentemente habían comenzado a desaparecer, sobre todo luego de la descolonización.

No se había contado con las tecnologías nuevas combinadas con la drástica disminución de los puestos de trabajo, provocada en gran medida por ellas. La presteza clarividente de la economía privada para apropiarse de la prodigiosa capacidad de ubicuidad, sincronización e información que ellas ofrecen, para usar los cortocircuitos de tiempo y espacio, da lugar a los revoloteos donjuanescos, los caprichos geográficos de las firmas inter-multi-transnacionales. Y el neocolonialismo rampante.

Nada demuestra mejor el poderío y la hegemonía de la economía privada que la indiferencia y la escasez de reacciones que suscita y la impotencia de éstas cuando se producen. Nada lo demuestra mejor que la extorsión ejercida a partir de ello sobre las políticas de los países desarrollados para que se ajusten, disminuyan la carga impositiva, reduzcan el gasto público y la protección social, legislen las desreglamentaciones y desregulaciones, "liberen" el derecho de despedir sin control, eliminen el salario mínimo, flexibilicen el trabajo, etcétera, etcétera.

¹ Citado por Jacques Decornoy, ob. cit.

² Subrayado nuestro.

Como consecuencia (mínima) de estas sugerencias tan perentorias, se relaja la aplicación de medidas ya alteradas, combatidas, cada vez más fáciles de soslayar. Sugerencias o extorsión que encuentran una resistencia débil, una opinión pública nerviosa pero agobiada, fácil de distraer, que ha caído en un cierto letargo. Se producen algunos sobresaltos, como en diciembre de 1995 en Francia, cuando dos millones de personas marcharon por la calle. En ese momento se tuvo la impresión de que algunos pensaban: "Ladran, Sancho, señal que cabalgamos", o "Habla todo lo que quieras, a mí no me interesa".

Es verdad que los pueblos están cansados, ya cedieron demasiado. Han pensado mucho. Están muy solos, abrumados por ese aparato de dimensiones monstruosas llamado "pensamiento único". Se encuentran en un punto de inflexión más peligroso de lo que aparenta, y en el cual prefieren no pensar. Por el momento están dispuestos a prestar oídos a las viejas leyendas repetidas durante las veladas en las que duermen dulcemente, acunados por el cuento de que los países ricos son por ello países prósperos. Lo cual se revela cada vez más falso.

Lo más importante es que ha sucedido una revolución sin que nos diéramos cuenta. Una revolución drástica, silenciosa, sin teorías declaradas ni ideologías expresas; se impuso por medio de hechos consumados y en silencio, sin declaraciones, comentarios ni el menor anuncio. Hechos consumados sin ruido en la historia y en nuestro medio. La fuerza de ese movimiento se debió a que sólo apareció cuando ya estaba instaurado, a que supo prevenir y paralizar antes de su nacimiento cualquier reacción en su contra.

Así, el fardo de los mercados ha logrado cubrirnos como una segunda piel, considerada más adecuada para nosotros que la de nuestro cuerpo humano.

Es así, por ejemplo, que no deploramos más los salarios de hambre que se pagan a la mano de obra superexplotada en esos países donde reina la miseria, frecuentemente colonizados por la deuda externa (entre otras cosas). Deploramos el subempleo que eso provoca en nuestras regiones y casi envidiamos a esos desgraciados, en verdad reducidos a condiciones sociales escandalosas... ¡cosa que sabemos, pero nuestro conformismo no tiene límites!

A propósito del trabajo, es común lamentar que se le quite a uno lo que se da a otro. O regocijarse que le den a uno lo que se le quita a otro. Leemos, por ejemplo, que "en el Ministerio de Trabajo esperan alcanzar el objetivo de que dos de cada tres contratados nuevos sean jóvenes".³ 1 Esto expresa una muy buena voluntad, pero significa que dos de cada tres desocupados mayores no hallarán empleo porque la cantidad de puestos, lejos de aumentar, generalmente disminuye. Lo mismo sucede cuando, al aumentar el desempleo, hay quienes se regocijan al ver disminuir el porcentaje de desocupados de larga data; en este caso, los jóvenes habrán obtenido incluso menos empleos que lo que hacía temer el aumento de la desocupación.

El hecho es que abordan problemas falsos y se crea la impresión de que se trata de manejar lo inmanejable. Suprimir el desempleo de un solo individuo vale todos los esfuerzos que se puedan hacer. Pero en el estado actual de las cosas, sólo se puede redistribuir lo existente, sin remediar nada en absolu-

³ *París Match*, 21 de marzo de 1996.

to. No se puede modificar el sentido de la curva. A lo sumo se podría maniobrar un poco en la dirección que ha tomado. Es necesario abordar la situación real, no la que desapareció hace tiempo.

Los consejos ofrecidos a título individual a los desocupados en los organismos especializados les indican cómo ganar un puesto milagrosamente disponible, lo cual significa que otro no lo obtendrá. O mejor, que muchos no lo obtendrán, ya que son tantos los postulantes a cualquier puesto, por miserable que sea. (Se abalanzan sobre las ofertas de puestos temporarios subsidiados por el Estado que prometen una hermosa carrera y que conducen, con un poco de suerte, a otro puesto temporario, por tiempo determinado. Trabajo a tiempo parcial por un sueldo equivalente a la mitad del mínimo vital, ¡unos 560 dólares por mes!) Se les aconseja sobre las mejores artimañas para hacerse preferir, hacerse elegir en lugar de otro. Puesto que la masa salarial y el mercado laboral no muestran la menor tendencia a agrandarse, esto no significa en absoluto una disminución del número de rechazados. Ni siquiera se ha rozado el problema.

Como hemos visto, el aumento galopante del desempleo tiende a equiparar gradualmente a los países desarrollados con los del Tercer Mundo en cuanto se refiere a la pobreza. Al contrario de la esperada propagación de la prosperidad, se observa la mundialización de la miseria, su extensión a las regiones hasta ahora favorecidas, con una equidad que hace honor a los partidarios de este término tan en boga.

La decadencia —¡no de la economía, que es próspera!— aparece como un hecho cada vez menos vago, aceptado como fenómeno natural, administrado por los Estados, que a su vez están a merced de la economía privada. Ésta ejerce su

dominio juntamente con los grandes organismos mundiales que conocemos, tales como el Banco Mundial, la Organización de Cooperación y Desarrollo Europeo y el FMI.

Porque el régimen real bajo el cual vivimos y a cuya autoridad estamos cada vez más sometidos no nos gobierna oficialmente sino que resuelve las configuraciones, el sustrato con los cuales los gobiernos deberán gobernarnos. También determina las reglas, cuando no las leyes, que colocan fuera de nuestro alcance, protegen de todo control y obligación a los que realmente toman las decisiones: los grupos transnacionales y los operadores financieros que, ellos sí, dominan y controlan el poder político. Éste está separado país por país, pero las potencias privadas desconocen las divisiones o límites que son las fronteras nacionales.

Cualesquiera que sean su poder, margen de acción y capacidad de ser responsable, hoy en día un gobierno opera en contextos económicos, de circulación de monedas y campos de explotación que no son de su competencia, pero determinan sus políticas. Es decir, los contextos no dependen del gobierno, pero éste depende de aquéllos. Veamos un detalle casi anecdótico. Mientras todos los políticos proclaman a voz en cuello sus ansias de combatir el desempleo, el anuncio reciente de una baja de éste en los Estados Unidos provocó una caída de las bolsas alrededor del mundo. Leemos en *Le Monde* del 12 de marzo de 1996: "El viernes 8 de marzo dejará en los mercados financieros la impronta de una jornada negra. La difusión de las cifras de desempleo en los Estados Unidos, excelentes pero inesperadas, cayeron como una ducha fría: una paradoja aparente a la cual están acostumbrados los mercados... Éstos, que temen sobre todo al recalentamiento y la inflación, fueron víctimas de una auténtica ola de pánico... En

Wall Street, el índice Dow Jones, que el martes había batiendo un récord, cayó más del 3 por ciento; fue la baja porcentual más fuerte desde el 15 de noviembre de 1991. Las plazas europeas también sufrieron fuertes caídas... Las plazas financieras parecen particularmente vulnerables a *cualquier mala noticia*... ⁴ Y a continuación: "Los analistas esperan la confirmación de la cifra récord de 705. 000 empleos creados en febrero en los Estados Unidos, la cifra más alta desde el 1° de septiembre de 1983. Esta estadística fue la chispa que encendió la pólvora. [La bolsa de Nueva York] también cayó en el pánico el viernes durante las últimas dos horas de la rueda. Wall Street se encontraba ante un panorama totalmente desfavorable, con un alza vigorosa de las tasas a largo plazo por un lado, el estancamiento o la baja de la rentabilidad de las empresas por el otro."

Otro detalle: unos años atrás, los mismos mercados tuvieron un brusco ascenso cuando Xerox anunció el despido masivo de decenas de miles de empleados. Pues bien, la bolsa es la colmena de las "fuerzas vivas" sobre las cuales se apoyan los gobiernos, a falta de poder apoyarse en naciones.

Pero no por ello dejamos de deplorar a coro "el desempleo, azote de nuestro tiempo", y de participar en las misas solemnes electorales donde se ruega por el retorno milagroso del pleno empleo de jornada completa. Y se publicarán sin desmayo las curvas estadísticas, recibidas en cada ocasión con exclamaciones de sorpresa desolada en medio de un suspenso jamás desalentado. Todo esto beneficia a las promesas demagógicas, la sumisión general, el pánico sordo, cada vez más intenso y, como se advierte, *administrado*.

⁴ Subrayado nuestro.

¡Todo sucede con suma discreción! ¿Repercutió sobre la opinión pública esta caída de la bolsa provocada por la del desempleo? Nadie lo señaló. Sin duda, iba de suyo. "*One of those things*", dicen en inglés. Cosas que pasan. ¿No había en ello una señal, una indicación? ¡Pues no! Parece que no, a pesar de la flagrante contradicción del hecho con el lirismo de los discursos, las sempiternas declaraciones de los políticos y los empresarios. Tampoco importó este reconocimiento de sus verdaderos intereses por parte de las potencias financieras, así como de los poderes políticos influenciados por ellas, que navegan a ciegas entre decisiones tornadas por otros y frecuentemente desconocidas por ellos. Es una confesión de los gobiernos, los funcionarios electos, los candidatos que, con fines electorales, remedan sin convicción, para un público hastiado, ejercicios de salvataje poco convincentes que se supone deben paliar el desempleo. Ejercicios destinados sobre todo a sustentar la convicción de que se trata apenas de una disminución del empleo, grave pero temporaria y remediable, en una sociedad racionalmente organizada en torno del trabajo... o al menos la falta de trabajo.

Todos se esfuerzan por creer en estos ritos a fin de autoconvencerse (aunque con dificultad creciente) de que se trata apenas de un período de crisis, no de una mutación, una nueva forma de civilización ya organizada, cuya racionalidad supone la anulación del empleo, la extinción de la vida asalariada, la marginación de la mayoría de los seres humanos. ¿Y de ahí... ?

Todos se aferran a estos ritos, al menos para escuchar que se trata de una decadencia pasajera y no de un régimen nuevo, dominador, que en poco tiempo no se apoyará sobre sistema de cambio real alguno ni otro punto de apoyo, porque su economía sólo adhiere y apunta a sí misma. ¡Sin du-

da es una de las utopías más raras jamás realizadas! Es el único ejemplo de anarquía en el poder (pero con pretensiones de orden), reinando sobre todo el globo y cada día más consolidada.

Son tiempos extraños en que el proletariado —¡que en paz descanse!— se esfuerza por recuperar su condición inhumana. Mientras *La Internacional*, esa antigualla un tanto absurda, relegada al rincón de los objetos en desuso, las canciones olvidadas, parece resurgir, muda, sin letra ni música, entonada en silencio por el otro bando. Se despliega ambiciosa, menos frágil, mejor armada, triunfante, porque esta vez supo elegir los medios idóneos: los de la fuerza, no los de las instituciones.

X

Pero de una Internacional a la otra, ¿se producirá alguna vez la "lucha final"? Cualquier conclusión aparente, ¿no asistirá, como siempre y felizmente, al cuestionamiento de sus consecuencias? No hay mal que dure cien años, dice con razón la sabiduría popular.

Nada, ni las situaciones más petrificadas, fue ni será jamás definitivo. La historia de este siglo lo demuestra. Y aquí no se trata del "fin de la Historia", como se ha pretendido persuadirnos, sino, por el contrario, de un comienzo de ésta, agitada como nunca, manipulada como nunca, determinada y dirigida en un sentido único hacia un "pensamiento único", estructurado, a pesar de la eficacia elegante con que se lo disimula, en torno de las ganancias.

¿Qué análisis, críticas, respuestas o incluso alternativas se oponen a esa realidad? Ninguna, sólo se escuchan ecos. A lo sumo —¿efecto acústico?— algunas variantes. Hay un estallido de sorderas, de cegueras endémicas, estamos atrapados en aceleraciones vertiginosas, en una fuga hacia una concepción desértica del mundo, tanto más fácil de disimular por cuanto nos negamos a verlo.

Vivimos un tiempo clave de la Historia. Estamos en peligro, a merced de una economía despótica que al menos deberíamos situar, analizar, descifrar sus poderes y envergadura. Por mundializada que sea, por más que el mundo esté sometido a su poder, resta comprender, quizá decidir, qué lugar ha de ocupar la vida en ese esquema. Por lo menos debemos vislumbrar de qué participamos, descubrir en la medida que se nos permita hasta dónde llegarán, hasta dónde se

arriesgarán a avanzar las usurpaciones, las expoliaciones, la conquista.

Y si esta conquista gana la aprobación general, si todos aceptan su inevitabilidad —aunque algunos sugieran la posibilidad de hacerle retoques y hasta reformas—, ¿no se puede al menos conquistar la libertad de que cada uno se sitúe lúcidamente, con cierta dignidad y autonomía, aunque sea en una situación de marginalidad?

¡Hace mucho que permanecemos ciegos a las señales evidentes! Las nuevas tecnologías tales como la automatización son previsible desde hace tiempo, pero nadie las tuvo en cuenta sino a partir de que las empresas empezaron a incorporarlas. Al principio las utilizaron pragmáticamente y luego, sin que nadie reflexionara demasiado sobre ello, las incorporaron hasta hacerlas suyas, organizarse en torno de ellas y utilizarlas a nuestra costa.

Las cosas habrían podido resultar distintas si a partir de 1948 los pensadores políticos hubieran leído los primeros trabajos de Norbert Wiener¹ (quien además de inventar la cibernética vaticinó con lucidez sus consecuencias) y si hubieran sabido tomarlas en cuenta, comprender sus implicaciones de largo alcance en cuanto a esperanzas exageradas y peligros.

Allí se anticipaba todo: la extinción del trabajo, el poder tecnológico y las metamorfosis que ello suponía, así como la redistribución de la energía y las nuevas definiciones del espacio, el tiempo, los cuerpos y la inteligencia.

¹ Norbert Wiener, *Cybernetics, or control and communication in the man and the machine*, 1948. *The human use of human beings*. *Cybernetics and human beings*, 1950. Trad. esp. *Cibernética*, Madrid, Guadiana, 1971.

Se podía anticipar los trastornos de todas las economías, ante todo las basadas en el trabajo. Durante los años y las décadas siguientes con frecuencia nos hemos sorprendido de que ningún régimen, gobierno ni partido las hubiera tomado en cuenta para sus análisis ni sus previsiones de mediano y largo plazo. Se hablaba de trabajo, industria, desempleo, economía, sin pensar en esos fenómenos que nos parecían determinantes y que contenían potencialidades que parecían (y hubieran podido) anunciar perspectivas inesperadas. Ya en 1980 escribimos: "Es sorprendente que la cibernética no se haya desarrollado bajo ningún régimen. Que ninguno vaya más allá de ese mercado estrecho y limitado. La cibernética no es forzosamente una 'solución', pero ignorar esa posibilidad es un síntoma significativo. ¿Falta de imaginación? ¡Al contrario, exceso de imaginación! Que aterra a la libertad..."² Porque la idea del fin del trabajo o de todo lo que fuera en ese sentido, ¡en ese momento sólo podía considerarse una liberación!

Descuidada por la política, la cibernética se introdujo casi subrepticamente en la economía, sin reflexión ni segundas intenciones estratégicas o maquiavélicas, de manera "inocente", con miras prácticas y sin teorías, como una simple herramienta en principio útil y rápidamente indispensable. Demostró ser un factor de alcance inconmensurable, preponderante, responsable —como era previsible, pero nadie previó— de una revolución de magnitud planetaria. Sus consecuencias, inscritas en nuestras costumbres, hubieran debido ser beneficiosas, casi milagrosas. Fueron desastrosas.

En lugar de abrir el camino hacia una disminución e incluso una abolición deseada y planificada del trabajo, provoca su escasez y poco después su supresión sin haber elimi-

nado o siquiera modificado la obligación de trabajar ni la cadena de transacciones cuyo único eslabón se supone que es el trabajo.

La inocencia inicial de las empresas y los mercados dio lugar a la utilización mucho más lúcida y planificada de las nuevas tecnologías, luego a una administración enérgica enfocada en las ganancias que se podrían obtener y cuyos costos debían ser cubiertos por trabajadores de carne y hueso.

Lejos de traer la liberación a todos, casi como una quimera paradisiaca, la desaparición del trabajo se vuelve una amenaza. Su escasez y precariedad son siniestros, porque el trabajo sigue siendo irracional, cruel y fatalmente necesario, no para la sociedad ni la producción, sino precisamente para la supervivencia de aquellos que no lo tienen, no lo pueden tener y para quienes trabajar sería la única salvación.

En semejante contexto, ¿es fácil para los más débiles (la gran mayoría) reconocer que el trabajo mismo está condenado a desaparecer, que casi no tiene razón de ser aparte de esa utilidad perimida que posee para ellos, aparte de esa necesidad vital que representa para ellos? ¿Incluso habiendo tantas pruebas y ejemplos de ello?

Por otra parte, cuando se ha asimilado lo que se viene repitiendo desde la noche de los tiempos: que uno no tiene otra utilidad que la conferida por el trabajo, o mejor, por el puesto de trabajo, por aquello para lo cual se lo emplea, ¿cómo se ha de reconocer que el trabajo mismo ha perdido utilidad, no sirve más a nadie, ni siquiera para dar ganancias a los demás, que ya ni siquiera es digno de ser explotado?

² La violence du calme, ob. cit.

La sublimación, la glorificación, la deificación del trabajo también provienen de ahí. No sólo de las carencias materiales provocadas por su ausencia. Si hoy el Eterno maldijera: "¡Ganarás el pan con el sudor de tu frente!", se lo consideraría una recompensa, una bendición. Aparentemente se ha olvidado que hasta hace no mucho tiempo el trabajo era algo coercitivo, imperioso. A veces infernal.

¿Imaginó Dante el infierno de quienes reclaman en vano el Infierno? ¿De aquellos para quienes la peor condenación es la de haber sido expulsados?

Shakespeare lo dice en la voz de Ariel: "El Infierno no existe. Todos los demonios están aquí. "

El camino que se hubiera podido iniciar, no hacia la falta de trabajo sino hacia su disminución gradual y concertada, esa vía que hubiera podido conducir hacia su desaparición como una liberación para todos y una vida más libre y plena, conduce hoy a la pérdida de dignidad, la pobreza, la humillación, la marginación, incluso a la terminación de un número creciente de vidas humanas.

Abre el camino a los peores riesgos. Nuestra tendencia a fugarnos, el entusiasmo con que buscamos la evasión, la renuencia a ser lúcidos, ayudan a estancarnos en el drama presente, que podría conducirnos a una tragedia peor. No obstante, nada está bloqueado, todo es posible. Sólo es apremiante en grado sumo descubrir en qué contexto aún no oficialmente oficial pero sí funcional, en cuáles configuraciones, en qué planes y designios políticos, es decir económicos, y sobre todo en qué subterfugio consentido se inscriben actualmente nuestras vidas.

Para ello debemos liberarnos de un síndrome, el de La carta robada, que pasa inadvertida por estar demasiado en evidencia. Pero en el cuento de Poe la carta estaba oculta por designio de quien deseaba ocultarla, mientras que hoy por hoy lo está debido a la renuencia de quienes deberían buscarla, por su voluntad irracional de no descubrirla o negar que la han visto a fin de asegurarse de que no correrán el riesgo de leerla. Ahora bien, desconocer el contenido no constituye una defensa contra todo lo nefasto que podría revelar. Al contrario.

A pesar de las apariencias, no somos indiferentes ni pasivos. En verdad, nuestras fuerzas y nuestros esfuerzos tienden hacia el objetivo de no reconocer aquello que nos impide —y nos impedirá más aún— buscar la única forma de existencia que conocemos, aquella que está fusionada con el sistema del trabajo. La única que, pensamos, conviene al planeta. Y aceptaremos incluso que se nos expolpe y margine a condición de que al menos se nos permita ser espectadores. Siquiera de su pérdida.

Nuestra resistencia va en ese sentido, nos vuelve ciegos y sordos precisamente a aquello que podría provocar otras resistencias o siquiera meros cuestionamientos. ¡Nos aferramos con firmeza al papel de vestales!

Aceptamos que se nos hable de "desempleo" como si se tratara de ello, porque al oír esa palabra escuchamos un eco que dice "empleo", y bien puede ser éste uno de los últimos vínculos que nos quedan con él.

No aceptamos que el desempleo pueda agravarse hasta el infinito aunque se nos hacen infinitas promesas de reducirlo y esas mismas promesas sirven de pretexto para todos los

abusos, la instauración de una escena planetaria insostenible, porque aun indeseables y repudiados, creemos permanecer dentro de la esfera que no queremos abandonar por nada del mundo, la del trabajo; después de todo, aún la "falta de trabajo" pertenece a ella.

Sabemos que hemos entrado en una historia diferente, irreversible, que nosotros ni nadie conoce y cuya existencia fingimos ignorar. ¿Pero no es extraño e inverosímil que haya adquirido este aspecto fúnebre, y que admitir su realidad sea como un duelo, hasta el punto de que parezca imposible concebirla y enfrentarla? ¿Es tan cruel reconocer que ya no dependemos del trabajo como se lo concebía anteriormente, en condiciones tan difíciles de soportar? Pero en verdad, ¿no seguimos dependiendo de él, y no somos, en virtud de su ausencia, más esclavos suyos que nunca?

La liberación del trabajo obligado, de la maldición bíblica, ¿no debería conducir lógicamente a vivir de manera más libre la administración del tiempo propio, la aptitud de respirar, de sentirse vivo, de experimentar las emociones sin ser sometido, explotado, dependiente, sin tener que sufrir tanta fatiga? ¿Acaso no se esperaba esa mutación desde el principio de los tiempos y se la consideraba un sueño inaccesible, deseable como ninguno?

Este paso de un orden de existencia a aquel que aparece en nuestros días y que nos negamos a descubrir aparentemente pertenece a la categoría de la utopía. Pero cuando se soñaba con ésta, se la concebía como un orden a cargo de los trabajadores, de todos los habitantes, no como la imposición de un número ínfimo de personas actuando como amos de unos esclavos ahora inútiles, propietarios de un planeta administrado sólo por ellos y para ellos, exclusivamente según

sus intereses, en el que podrían prescindir de gran cantidad de auxiliares humanos.

Nadie había imaginado jamás que la liberación de la carga del trabajo significaría una catástrofe en el mal sentido del término. Ni que ello sucedería de manera repentina, como un fenómeno en principio clandestino. Nadie hubiera concebido que un mundo capaz de funcionar sin el sudor de tantas frentes sería apropiado rápidamente (incluso de antemano) por unos pocos, los que se dedicarían ante todo a acorralar a los trabajadores, ahora superfluos, para mejor marginarlos. Era inimaginable que ello se traduciría no en una mayor capacidad de todos para emplear, apreciar y asumir su estado de seres vivientes, sino en una coerción acrecentada, cargada de privaciones, humillaciones, carencias y sobre todo de mayor servidumbre. En la instauración cada vez más manifiesta de una oligarquía. Pero también en la improbabilidad proclamada de cualquier alternativa. En la institución de un conformismo generalizado, un consenso de dimensiones cósmicas.

Sin embargo, la ausencia, no tanto de toda lucha como de concertación crítica, de cualquier atisbo de reacción, alcanza hoy una magnitud tal, parece tan absoluta que quienes toman las decisiones, dada la ausencia de cualquier obstáculo serio a sus proyectos tan drásticos, parecen sentir vértigo ante la calma chicha de una opinión pública ausente o que no se expresa, ante su consentimiento tácito a fenómenos tan radicales, a sucesos —o mejor, advenimientos— que se desencadenan con una amplitud, poder y velocidad inéditos.

La "cohesión social" parece inquebrantable a pesar de su "fractura", hasta el punto de desconcertar a quienes temen

que se rompa; por eso advierten las señales capaces de provocar las reacciones que no se hacen oír.

De ahí la prudencia, la paciencia que impregna a los discursos desde hace tanto tiempo. Prudencia y paciencia cada vez menos necesarias. El terreno allanado, el vocabulario vulgarizado, las ideas... ¡recibidas! Se diría que todo va de suyo.

Así, por ejemplo, a pesar de un intento tan valiente como ineficaz del jefe de Estado francés, que recuperaba algo del espíritu de su campaña electoral para proponer una declaración de intenciones en lo "social", los siete países más industrializados, o sea los más ricos del mundo, durante una reunión del G7 sobre el empleo realizada en Lille en abril de 1996, no consideraron siquiera útil disimular su posición: esta vez se pusieron tranquilamente de acuerdo —sin los rodeos, circunloquios y sobreentendidos de siempre— sobre la necesidad absoluta de la desregulación, la flexibilización, en fin, la "adaptación" del trabajo a una mundialización cada vez más consolidada, incluso trivializada, que se afirma resueltamente por fuera de lo "social". Se diría que en lo sucesivo será así. Se "regulariza" sin más, sin dificultades. Se internaliza la rutina. La adaptación se acelera a plena luz del día.

Tienen con qué hacerlo. En la misma reunión, el director general de la Organización Internacional del Trabajo dijo que "de 1979 a 1994 el número de desocupados en los países del G7 pasó de 13 a 24 millones", es decir, casi se duplicó en quince años, "sin contar los 4 millones que renunciaron a buscar trabajo y los 15 millones con trabajos de tiempo parcial por falta de algo mejor".

¿Aceleración? Desde hace poco tiempo, como ya se anticipaba en algunos análisis, se afirma en términos claros, con el tono de una imposición, aunque disimulados bajo la forma de una alternativa, algo que parece concedernos un margen de autonomía e incluso de iniciativa: estamos ante una elección. A partir de ahora tenemos la facultad de decidir —¡a la carta!— si preferimos la desocupación a la pobreza extrema o ésta a aquélla. ¡Qué dilema! Y después no venga a quejarse: usted decidió.

Pero que nadie tenga la menor duda: ¡tendremos las dos cosas!

Van de la mano.

Se trata de la elección entre dos modelos, el europeo y el anglosajón.

Desde hace tiempo este último ha logrado un descenso estadístico del desempleo gracias a una ayuda social cercana a cero, una maestría espectacular en la flexibilización del trabajo y sobre todo gracias a que, según el secretario de Trabajo norteamericano Robert Reich,³ un lúcido economista, "Estados Unidos acepta una gran disparidad en los ingresos —la mayor de los países industrializados— que sin duda sería intolerable en la mayoría de los países de Europa occidental". Pero esta miseria "intolerable", basada en lo que se llama pudorosamente la "gran disparidad" entre la indigencia inenarrable de muchísima gente y la opulencia inigualada de una pequeña minoría, permite a Robert Reich agregar: "En cambio, el país optó por una mayor flexibilidad que se traduce en mayor número de puestos de trabajo." Tal cual.

³ Le Monde, 7-8 de abril de 1996.

Dicho en términos claros, se es igualmente pobre, pero además (si cabe) sin asistencia social ¡y teniendo trabajo! Así triunfan los principios de la OCDE y de otras organizaciones mundiales. Además de atormentar aún más a los desocupados, la indignancia social acentuada ofrece una mano de obra barata, preparada, manejable a voluntad, pero se reduce la tasa de desempleo. Esto se traduce en la institucionalización de una miseria inconcebible en un país tan poderoso, donde las fortunas crecen hasta alcanzar magnitudes inéditas, a la medida de una pobreza creciente, el desempleo compartido por los trabajadores, que a pesar de (o más bien debido a) sus salarios viven por debajo del umbral de la pobreza, con clases medias pauperizadas, con empleos cada vez más precarios, a menudo jirones o restos de trabajos pésimamente remunerados. Y como siempre, con la seguridad de no obtener la menor ayuda social, ni siquiera en materia de salud.

Con todo, tal como se habían comprometido la OCDE y el FMI, se ha podido dar trabajo a unos cuantos holgazanes. Desgraciadamente, restan innumerables vagabundos que se quedan pegados a las sábanas dentro de sus acogedoras cajas de cartón sobre las aceras, se la pasan papando moscas en las agencias de empleos o incluso descansan cómodamente en esos asilos para los cuales las "fuerzas vivas" se toman la molestia de cenar con caviar, como es costumbre hacer en beneficio de los hambrientos. Ningún esfuerzo bienhechor les es negado.

No obstante, para responder a los argumentos tan lúcidos del economista Robert Reich,⁴ el ministro Robert Reich intenta con mucho menos éxito encontrar algunas soluciones. Propone aumentar los salarios, pero los medios con que

cuenta para lograrlo se vuelven repentina, inesperadamente vagos. Sueña con "capacitaciones" eternas (para toda la vida: "*life long education*") y otros artificios gastados. Pero también pronuncia una palabra que aparentemente suena nueva y promete un porvenir venturoso: "empleabilidad", que resulta ser una pariente muy cercana de la flexibilidad, incluso una de sus formas.

Se trata de que el asalariado esté dispuesto a consentir todos los cambios, los caprichos del destino, léase de los empleadores. Deberá estar dispuesto a cambiar constantemente de trabajo (como quien se muda de camión, dirían las abuelas). Pero contra la certeza de bambolearse "de un empleo a otro" habrá una "garantía *razonable*"⁵ —es decir, ninguna garantía— "de conseguir un trabajo distinto del anterior perdido pero que pague el mismo salario". Todo esto desborda de buenos sentimientos, pero revolotear de trabajito en trabajito no tiene nada de nuevo, y en cuanto a las "garantías *razonables*", sospechamos que en cada ocasión se las considerará "no razonables" e inviables. Con todo, se habrá inventado el nombre de una artimaña para distraer a las masas. Recordémoslo: empleabilidad.

El término hará carrera. Es dable imaginar el grado de profesionalización de esos "empleables", al menos el que se les atribuirá, el grado de interés que pondrán en su trabajo, los progresos que realizarán, la experiencia que obtendrán. La cualidad de peón intercambiable, de nulidad profesional que se les otorgará. Y no se trata en modo alguno de una vida aventurera en oposición a una existencia de chupatinta, sino de una fragilidad marcada que los someterá aún más a la voluntad ajena. Con la necesidad siempre renovada de un aprendizaje sin mayor oportunidad de llegar a adquirir

⁴ Le Monde, 7-8 de abril de 1996.

⁵ Subrayado en el original.

competencia. Desde luego, con ello no se obtendrá un oficio ni un "puesto". Después de cada cambio habrá que ponerse al tanto, cuidarse de no ofender a desconocidos, sin la esperanza de hacer amigos u obtener un puesto, una situación, una carrera por ínfima que fuese. Ni menos aún un "lugar" de trabajo. La existencia oscilará interminablemente entre la obsesión de no perder el puesto demasiado rápidamente, por indeseable e indeseado que fuese, y la de conseguir uno nuevo al ser despedido. Con semejantes obsesiones, será imposible dedicar las horas de desempleo a otros intereses, que por otra parte estarán fuera del alcance de ese modo de vida por más que cuente con una "garantía *razonable*".

Al menos uno podrá alegrarse de que los sindicatos no tendrán nada que hacer en semejantes circunstancias. Con el constante ir y venir, con la brevedad de la permanencia del trabajador en la empresa, donde jamás podrá integrarse, donde siempre estará de paso y aislado, los sindicatos se volverán inoperantes, incluso inconcebibles. Convenios, asambleas, solidaridad, protesta colectiva, comisiones de delegados: ¡antiguallas olvidadas!

Reinará el subinterinato permanente, generalizado, para el cual se hallará rápidamente un eufemismo rimbombante, puesto que actualmente al interinato se lo llama una "misión". ¡James Bond en toda la línea!

Hay más. Un invento genial: el "trabajo a cero hora" (*zero hour working*) utilizado en Gran Bretaña. El empleado sólo recibe una remuneración cuando trabaja. Es lo normal. Sí... Pero sólo trabajan esporádicamente, y en los intervalos deben permanecer en sus casas, *disponibles y no remunerados*, ¡para que el empleador los llame cuando lo estime oportuno y por el tiempo que considere conveniente!

Y entonces hay que apresurarse a reanudar la tarea por el tiempo indicado.

¡Una vida de ensueño! ¡Pero qué importa! Quien se permita todo podrá obtener de todo. Se puede hacer cualquier cosa. Si no hay trabajo para todo el mundo, al menos algo queda. Pero para obtenerlo, no se debe pedir lo imposible, hay que saber asumir la categoría a la cual uno está destinado: *desposeído*.

Según Edmund S. Phelps, en los Estados Unidos se alienta el empleo en detrimento del salario, mientras que en Europa se favorece el salario en detrimento del puesto de trabajo. Puede ser. ¡Pero nada en ninguna parte va en detrimento de las ganancias!

Todo tiene su lugar en un mercado floreciente, con tal de que crezca sin cesar. Se nos dirá que su prosperidad es indispensable para que haya trabajo y bienestar general. Salvo que se considere más útil no darnos explicaciones.

XI

Como alternativa al método anglosajón tenemos la válvula europea. ¡La de los fastos desenfrenados de una asistencia social orgiástica! Como se sabe, el Estado benefactor compra sin descanso sus bailarinas despojadas de derechos, desocupadas, sin domicilio fijo, para mantenerlas en un lujo culpable.

Las grandes empresas y las organizaciones mundiales reprobaban estos excesos de otra época, culpables de todos los males: salario mínimo, vacaciones pagas, asignaciones familiares, seguro social, subsidios para la educación, locuras culturales, para citar sólo algunos ejemplos de tamaño desbarajuste. Son fondos robados a los objetivos de la economía de mercado para mantener gente que no pide tanto. La búsqueda de trabajo es suficiente ocupación para toda una vida. No hallarlo le agrega un poco de sabor. Cómo no lamentar semejante derroche de "creaciones de riquezas" echadas a pique, cuando todos se hubiesen beneficiado con ellas, siquiera a partir de la multitud de puestos de trabajo que se hubieran podido crear. Es deplorable que no se pueda erradicar rápidamente esas costumbres tan vetustas.

Sobre todo es sorprendente, y en Francia se debe a la resistencia discreta de una opinión pública silenciosa, no organizada, nerviosa, propensa a bruscos alardes de vigilancia y, en muchos aspectos, poco dispuesta o incluso hostil al "pensamiento único". Una cultura social y una serie de conquistas sociales muy arraigadas mantienen a los franceses unidos a un orden que, aunque conmovido y a punto de ceder, conserva siempre un registro humano que sigue siendo un punto de referencia de primera importancia. Aunque

la mundialización los empuja insensiblemente a salirse de él, ese orden legal es el que los franceses siguen reconociendo.

¿Es una lucha comparable a la que libra la patética cabra del señor Seguin por su vida? Por cierto, se trata también en este caso de no perecer y a la vez saciar un apetito insaciable; pero no es tanto de una lucha como una presencia, una memoria obstinada.

Por ambas partes es mucho lo que está en juego. Los mercados saben evaluar lo que se juegan. Tienen los medios para defenderlo. Más aún —porque todavía no han llegado a ello— pueden evitar que se frene su avance arrollador. Dentro de sus redes conforman una fuerza unida, poderosa como ninguna coalición jamás lo fue. El eterno pretexto de la competencia disimula un entendimiento perfecto, una cohesión de ensueño, un idilio absoluto.

Desde luego, cada empresa e incluso cada país dicen rechazar la codicia de sus congéneres depredadores y fingen llevarse por sus costumbres, verse arrastrados por ellas en su fuga hacia adelante. Son los demás, siempre los demás, los que imponen la competencia, obligan a ser competitivos, a seguir el camino de la desregulación general instituido por ellos: el de los salarios flexibles, es decir, recortados; el de la libertad para despedir; el de las libertades limitadas para todos porque lo contrario sería hacerle el juego a los rivales, sufrir el derrumbe generalizado que (y esto hay que evitarlo a toda costa; el corazón se sobresalta de solo pensarlo) arrastraría consigo... a los empleos. Para conservarlos, es imperioso tener la libertad para despedir (masivamente), "flexibilizar" los salarios (va de suyo), desplazar, etcétera. En una palabra, hacer como todo el mundo, seguir la corriente.

El discurso general, tantas veces escuchado: "Lo lamentamos, ¿pero qué podemos hacer? Ahí afuera está la competencia con las garras afiladas. Estamos obligados a enfrentar esa competencia enloquecida. Caso contrario desapareceremos, ¡y con nosotros, los empleos!" Traducción del discurso: "Gracias a nuestros esfuerzos conjuntos, todo se reduce a lo que nosotros consideramos racional, equitativo y rentable, y que nos une a todos. Ese mundo de la competencia es el nuestro: creado, controlado y administrado por nosotros. Es el que impone nuestras exigencias. Es insoslayable y es uno solo con nosotros que queremos, podemos y nos apropiamos de todo, todos juntos."

Es un nuevo ejemplo del "uno para todos, todos para uno", al cual responde el planetario "nada para todos, todos para nada".

El medio de extorsión es siempre el mismo: el mito de los puestos de trabajo, que de todas maneras van a disminuir; una disminución cuyos pretendidos campeones alientan con un celo que jamás se desdice.

En lugar de los supuestos conflictos se desarrolla un juego único en el cual participan muchos, pero todos unidos en la búsqueda de un solo fin, en el contexto de una misma ideología tácita. Se desarrolla dentro de un mismo club, único y hermético. En su interior se puede perder o ganar la partida, crear clanes y jerarquías, inventar reglas inéditas, desfavorables para algunos, hacer fulleras, tenderse trampas o ayudarse mutuamente, querellarse, apuñalarse por la espalda, pero siempre entre los miembros, todos de acuerdo sobre la necesidad y la racionalidad del club, el número ínfimo de admisiones y la preponderancia de los miembros. Así como la insignificancia de los excluidos.

¿Competencia? ¿Competitividad? Sólo existen como un asunto íntimo dentro del club, con el acuerdo de todos los miembros. Son parte del juego, en realidad lo rigen, sin permitir la participación de los excluidos del club. La rivalidad entre las poblaciones está descartada. Al contrario, el denominador común de los pueblos es que *no* pertenecen al club, si bien éste, en bruscos alardes de confianza, finge tomarlos por aliados, casi socios, incluso cómplices que tienen mucho que perder o ganar con tal o cual de los sedicentes contendientes de esos presuntos conflictos. En verdad, la partida se juega sin ellos, por no decir en su contra. Es una partida perfectamente reglamentada, organizada de tal manera que los supuestos adversarios siempre ganan todo, todos juntos.

La competencia y la competitividad no agitan a las empresas y los mercados en la medida que se dice y sobre todo *como* se dice. Las redes mundiales, transnacionales están demasiado entrelazadas, enredadas, vinculadas entre sí para que ello suceda. Se trata más bien de pretextos que disimulan un interés común a toda la economía privada, interés que radica precisamente en estas ventajas, privilegios, exigencias, permisividades a las cuales ella dice estar sometida debido a las rivalidades temibles, amenazantes. Se trata de un conjunto de alianzas dentro de un mismo programa, una voluntad común, magistralmente administrada.

Desde luego, las rivalidades cumplen un gran papel en la economía de mercado, pero no en las esferas ni en los niveles que ésta se complace en señalar. Lo que ella llama resultado de las rivalidades es producto en realidad de la voluntad conjunta de todos. Compuesta por un solo grupo, apunta exclusivamente hacia lo que la favorece: la exclusión de ese mundo del trabajo que ya no le sirve.

De ahí la impaciencia provocada por la "generosidad" mal enfocada de las protecciones sociales y otros despilfarros comprobados; protestas tan reiteradas que uno acabaría por adherir a ellas de tan insistentes, agresivas y seguras de sí, y si uno no recordara que no tienen en cuenta lo que se oculta detrás de las estadísticas: la magnitud del desamparo y la miseria, la degradación de la vida, la frustración de las esperanzas. Desconocen o encubren con su silencio el hecho de que las "asistencias" en cuestión, las "asignaciones" vilipendiadas, presentadas como gangas reservadas para ciertos privilegiados que holgazanean sin pudor, revolcándose en sus riquezas, son inferiores a los gastos necesarios para llevar una vida normal y mantienen a sus "beneficiarios" muy por debajo del umbral de la pobreza, como sucede por otra parte con la mayoría de las jubilaciones y las pasantías, los contratos subvencionados y otras artimañas destinadas a "reducir", en este caso, las terribles estadísticas de desempleo.¹

Éste hoy hace estragos en todos los niveles de todas las clases sociales, provocando desamparo, inseguridad y sentimientos de vergüenza debidos esencialmente a los errores de una sociedad que lo considera una excepción a una regla general establecida de una vez y para siempre. Una sociedad que pretende seguir su camino por una vía que ha dejado de existir en lugar de buscar otras.

¹ En la mayoría de los casos, las asignaciones por desempleo sólo permiten subsistir por debajo, incluso muy por debajo, del umbral de pobreza. En Francia disminuyen entre un 15 y un 25 por ciento cada cuatro meses. La duración del beneficio fue reducida en 1992. El mínimo representa la suma fabulosa de 450 dólares mensuales. Sin contar el número impresionante de los no inscritos. Sin contar ciertas jubilaciones, las pensiones de ciertas viudas que "viven" con 400 dólares mensuales. Sin contar esas pocilgas que son muchos "hogares" para ancianos. Viejos pobres que por el hecho de haber vivido y de seguir molestando con su presencia son castigados con tanta crueldad en esos lugares que avergüenzan a la "civilización".

¡Y durante ese tiempo se es una unidad de esta estadística! Uno se debate entre las innumerables complicaciones, vejaciones y humillaciones de todo tipo que acompañan al desempleo. En ciertos casos, que son muchos, vive de un miserable subsidio o sin él si es que uno ha "sobrepasado el límite establecido para las asignaciones" (¡con lo que significa ese término!). Y siempre hace el esfuerzo inútil y repetitivo para "colocarse", como se decía antaño. Y siente la renovada alegría cotidiana de saber que se lo considera oficialmente una nulidad. Y que *no tiene* un lugar.²

Esta desgracia se pronuncia y se piensa con rapidez, pero es tan larga, tan lenta de vivir.

Hay que comprender que no se trata de categorías molestas, de meras peripecias políticas, sino de un sistema que se consolida, si no se ha consolidado ya, y nos excluye.

A la gran mayoría le queda una última función importante que cumplir: la de consumidores. Conviene a todos: así, hasta los más desposeídos suelen comer tallarines de marcas célebres, más veneradas que sus propios nombres. Son tallarines cotizados en la bolsa. Todos somos actores potenciales, en apariencia muy solicitados, de este "crecimiento" que supuestamente va a aportar todas las soluciones.

Consumir es nuestro último recurso. Nuestra última utilidad. Aún servimos para esa función de clientes necesarios para el "crecimiento" puesto por las nubes, tan deseado, proclamado como el fin de todos los males, esperado con

² ¿Sabía el lector que a fin de que el desocupado no se distraiga de la búsqueda de empleo se le prohíbe, bajo pena de perder sus asignaciones, realizar cualquier tipo de trabajo voluntario, darle un sentido a su vida, tener una actividad y experimentar el sentimiento (justificado) de ser útil?

tanta ansiedad. ¡Vaya que es reconfortante! Ahora, para cumplir esa función y alcanzar esa categoría es necesario poseer los medios. Pero es más reconfortante aún: ¿qué no harían para darnos esos medios o para conservar los que ya tenemos? "El cliente es soberano", principio sagrado: ¿quién osaría infringirlo?

Siendo así, ¿a qué se debe esta pauperización metódica, organizada, calificada de racional, incluso necesaria y prometedor, y que se agrava sin cesar? ¿Por qué se podan casi con rabia, de a decenas de miles, las filas de consumidores en potencia que supuestamente representan a las "gallinas de los huevos de oro" de las "fuerzas vivas de la nación", campeonas del juego de "crear riquezas" que a su vez crean tanta pobreza? ¿Acaso la economía de mercado está empeñada en serruchar la rama sobre la cual está sentada? ¿Se está echando a pique a sí misma a golpes de "planes sociales", "reestructuraciones", flexibilizaciones de salarios, deflación competitiva y otros proyectos frenéticos que buscan abolir las medidas que permiten a los más desposeídos consumir siquiera un poco? ¿Lo hace por masoquismo?

Veamos qué representa el crecimiento para Stephen Roach,³ ese "apóstol de la productividad" norteamericano que hoy renuncia a su pasión por el *downsizing* (término norteamericano apenas un poco más decente que nuestro "ajuste"), sin que ello le impida exhortar a Europa a que abandone por fin la era merovingia en la que está empantanada, ni indignarse porque "todavía ni siquiera ha empezado a visualizar las estrategias que hemos adoptado en los Estados Unidos"... ¡y que él rechaza hoy!

Aconseja con vehemencia a la Europa retardataria que adopte esas mismas estrategias, que le darán, asegura, resultados suculentos. Así, "a medida que se tomen las medidas progresistas" recetadas por él —como son "la desregulación, la globalización y las privatizaciones"—, ¡nos asegura que "inevitablemente, por triste que pueda parecer, habrá despidos masivos"! Mientras recomienda a su propio país que se resigne a contratar, Europa no debe en modo alguno detenerse en esos detalles: los atrasados países europeos deben evitar a toda costa "refugiarse detrás de la experiencia norteamericana o tomar como pretexto [su] nuevo análisis de la situación para defenderse de la necesidad de reestructurar; [eso] sería renunciar a ser competitivo."

¡Vaya, pues!

¡Un hombre de experiencia en un país que crece rápidamente! Necios seríamos de no aprovechar sus enseñanzas, de no salir de nuestro estancamiento para alcanzar, como él, con sus métodos, el estadio... ¡donde se encuentra ahora! Por otra parte, ¿cuál es el "camino equivocado" que tomó, y que ahora nos exhorta a tomar? Ante todo, él *no* tomó el "camino equivocado": en realidad, son los demás los que no siguieron sus recetas al pie de la letra. Además, no pudo resistir sus inclinaciones loables: en su "hipótesis del crecimiento económico por medio de la productividad", dice, visualizó "un marco de baja inflación y crecimiento sostenido de las ganancias, o sea muy positivo para las acciones y obligaciones, aunque el crecimiento de la economía era muy lento". ¿Significa que el crecimiento ha perdido importancia para él? ¡Qué desgracia! El señor Roach ya no lo busca: "Veía paralelamente una fuerte tendencia al *downsizing*, a la reducción de los costos de la mano de obra que favorecía un clima eco-

³ *Le Monde*, 29 de mayo de 1996.

nómico muy constructivo." ¡No! Decididamente el crecimiento no es la preocupación mayor del "apóstol de la productividad". Tampoco lo es el poder adquisitivo, felizmente "reducido". Por el contrario, la aniquilación de ambos o al menos su debilitamiento constituye la premisa para un "clima económico" que él considera "muy constructivo". ¡Haría que conocer la opinión de la "mano de obra" y de los *achicados*, los protagonistas de semejante éxito!

Nuestro "apóstol" nos revela otro aspecto del crecimiento tan ensalzado, revelador del entusiasmo que suscita en la economía real. Entusiasmo compartido por los gobiernos que se dedican con saña a las podas (también de a decenas de miles), en su caso en las filas de esos consumidores que son, por ejemplo, los empleados públicos, los cuales no dependen del sector privado pero igualmente deberán ser "rentables" según el criterio del mercado. No necesarios o competentes, sino "rentables"... ¿con respecto a qué instancia sagrada?

Poco importa si, a pesar de los lugares comunes complacientes que los tratan de inútiles, perezosos, arribistas indolentes, chupasangres sedientos, son necesarios como docentes, empleados de la salud, operarios de los servicios públicos o incluso... ¡consumidores! La escasez de personal en los hospitales, colegios secundarios, universidades, trenes, etcétera, es un hecho probado, pero por razones de economía (¿con qué fin?, ¿para obtener qué otra cosa?), ese personal es objeto de "ajustes" masivos. En este caso, la automatización que permite economizar mano de obra y obtener los mismos resultados no es causa de esos despidos masivos, esas reducciones de planteles. La única causa es el desprecio.

¡Y también el hecho (verdaderamente notable) de haber podido inculcar ese desprecio a una opinión pública que es su primer destinatario! Y que sufre sus consecuencias.

Contradicción flagrante entre la precariedad instituida en todas las direcciones y la expresión pregonada de un crecimiento supuestamente anhelado, presentado como la panacea universal. ¿Es cierto que el verdadero objetivo sea *este* crecimiento para paliar *estos* males? ¿No se buscará más bien el crecimiento de las especulaciones financieras y los mercados más o menos virtuales —del "capitalismo electrónico"—, tan disociados del crecimiento en cuestión?

Pero en semejante contexto cabe preguntarse qué sucede con la publicidad que parece tan importante, y que al embellecerlo todo nos hace vivir en un mundo no cosificado sino etiquetado, en el cual, mientras se reemplaza los nombres de la gente por siglas, las cosas sí tienen nombres propios hasta el punto de conformar una población de etiquetas que acosa a los espíritus, los obsesiona, concentra las pulsiones. Hasta el punto que, llegado el caso, las "marcas" bien podrían no corresponder a producto alguno.

Por medio de seducciones y artimañas como jamás conoció cortesana o prosélito alguno, a golpes de evocaciones y asociaciones libidinales, nos hacen desfallecer por las marcas. Nuestros fantasmas, nuestras reacciones más subliminales están expuestas en la plaza pública. Seamos de derechas o de izquierdas, saben cómo vendernos a todos los mismos ravigoles y de la misma manera. O perfume o queso. O desempleo. Seamos o no tomadores, saben que tomaremos.

Y qué tomaremos.

Tal vez el verdadero interés de la publicidad reside en estas últimas funciones: en la poderosa distracción que suscita; en el ambiente cultural que satura y mantiene casi a temperatura cero; pero sobre todo en la desviación del deseo, en esta ciencia que permite condicionarlo y en primer lugar convencer a uno que siente un deseo; en segundo lugar, que solamente siente el deseo que se le indica. Y sobre todo ningún otro.

Tal vez la función de la publicidad se vuelve más política que económica, más catequística que promocional. ¿Acaso servirá principalmente para eliminar de una vez por todas a Mallarmé y su ametralladora? ¿Acaso y sin que lo sepan sus practicantes la función del consumidor una vez adormecido pierde importancia y deja de representar el objetivo buscado? Tal vez nos deja esa ilusión, pero por amabilidad. También por prudencia, no sin cierta paciencia: nunca se sabe, esos chicos podrían volverse totalmente insoportables, ¿y cómo adivinar lo que podrían llegar a inventar?

El mismo Stephen Roach es consciente de ello. Aunque se regocija porque "en un mundo en que la competencia es cada vez más intensa, es siempre el empleador quien detenta el poder", al mismo tiempo suspira: "Pero en la arena de la opinión pública las reglas del juego son muy distintas: los jefes de empresa y los accionistas son objeto de ataques sin precedentes. " Uno se pregunta si no fantasea un poco sobre la importancia y las consecuencias potenciales de esos ataques. Pero sobre todo es interesante comprobar que toda resistencia tiene un impacto, porque el señor Roach llega a la siguiente conclusión: "La verdad es que no se puede expresar eternamente la mano de obra como un limón. " Uno cree escuchar sollozos que entrecortan la voz.

Mientras tanto, se venden saldos. Se reducen drásticamente los planteles en todos los sectores mientras se anuncian y prometen (la amabilidad ante todo) mañanas con muchos puestos de trabajo. Se reduce el nivel de vida mientras se exhorta a tener confianza. Se desintegran las instituciones, se degradan las conquistas sociales, pero siempre para defenderlas y darles una última oportunidad: "¡Para salvarme mejor, hijo mío!"

Como siempre, esto se hace en nombre de catástrofes en suspenso, espadas de Damocles de las que se nos habla sin entrar en detalles, a golpe de "déficit", de "agujeros" que urge llenar. La locura administrada, ¿pero en función de qué? ¿Qué sucede con esas calamidades supuestamente a punto de abatirse sobre nosotros para devorarnos... si no nos dejamos devorar antes por la publicidad? ¿Qué precisiones nos dan? Por ejemplo, ese déficit, ¿qué clase de monstruo es? ¿Qué desastre podría ser peor que los causados por las medidas supuestamente destinadas a eliminarlo? ¿No hay alternativa que se pueda siquiera visualizar, aunque después haya que conservar el rumbo? ¿Qué se busca? ¿El buen funcionamiento de los mercados o el bienestar, incluso la supervivencia de los pueblos?

Además ¡ese dinero faltante existe! Está distribuido de manera muy particular, pero existe. No insistiremos en ello porque sería poco "correcto". Es una mera observación... hecha al pasar y a paso muy rápido.

¿No conviene respetar ante todo el principio esencial de no perturbar a la opinión pública? No perturbar su silencio. Ese silencio sobre el cual uno se pregunta si es real. "La fuerza es la reina del mundo, no la opinión pública. (Pero la opinión pública es la que usa la fuerza.) La fuerza hace a la

opinión pública." Se reconoce la voz de Pascal. ¡Pero evidentemente, Pascal no es ni fue jamás una "fuerza viva de la nación!"

¿Qué se busca entonces con este desorden vago y metódico, esta anarquía económica, este "dogma del *laissez-faire*"⁴ que nos arrastran irresistiblemente del campo de nuestra vida, de la vida misma?

¿No se advierte que nada ocurre ni se decide sobre el escenario que se nos permite ver, aquel que ocupamos, mientras a nuestro alrededor todo confluye para que creamos que es así?

¿Podemos aún ejercer opciones que no estén relacionadas con los epifenómenos de decisiones tomadas en el seno de un sistema único, ya instaurado, mundializado, del cual empezamos a adquirir (apenas) conciencia? ¿Sería concebible proponer —sólo proponer— algo que se opusiera apenas mínimamente a los intereses de los mercados privados (o que no pareciera favorecerlos), sin que inmediatamente se objetara a coro, si es que uno tuvo la oportunidad de expresarse: "¡Dios mío! ¡Con solo escuchar eso van a huir, mandarse a mudar, borrarse, correr, escapar por la tangente, poner pies en polvorosa, pirarse con todo lo que tienen!" El lector ya habrá adivinado que se trata de nuestras estimadas "fuerzas vivas", tan veleidosas, veloces y volátiles, siempre dispuestas a mudarse con sus empresas, sus escasos puestos de trabajo, sus desechos amenazados, mejor dicho, amenazantes (en verdad, con las amenazas y extorsiones vinculadas con el empleo) hacia

donde los aguardan esos pueblos juiciosos, esas poblaciones sumisas de las naciones "adaptadas".

No existe país que no esté enterado de la aptitud de las "fuerzas vivas" para abandonar cualquier nación (en particular la suya) e ir en busca de las más dóciles. No existe país en las regiones consideradas favorables que no se haya convertido en municipio del orden mundializado.

Por consiguiente, es el mismo juego en todas partes. Ningún rincón del mundo está libre. En todas partes —y en forma creciente en esta Europa desvergonzada a la que se exhorta con vehemencia a que atienda razones— se escuchan los discursos que anuncian recortes del gasto público (por no hablar de su abolición), la organización de "planes sociales" masivos y la mayor flexibilidad laboral. Pero también en todas partes se escuchan los *leitmotive* detrás de los discursos, afirmando que las medidas nefastas de ese dispositivo mundializado que instaura y consolida un sistema económico autoritario, indiferente a los habitantes de este mundo —pero por su naturaleza antagónico a su presencia inútil, casi parasitaria porque deja de ser rentable— tienen por objetivo esencial, de más está decirlo, la "lucha contra el desempleo" y la "creación de puestos de trabajo".

Son *leitmotive* formulados con indiferencia creciente, de manera maquinal, porque ya nadie se engaña. Al contrario, todos parecen hacerse extrañamente cómplices: tanto los que tienen la amabilidad de tomarse la molestia de dirigirse con perífrasis corteses a los pueblos que ya no tienen opinión, pero que les exigen promesas, apoyan sus perjurios y, después de todo, sólo piden que se los explote; como estos pueblos que, como niños, piden que se les repita una y otra vez la misma historia, en la cual no creen pero fingen creer,

⁴ Karl Polanyi, *La Grande transformaron: aux origines politiques et économiques de notre temps*, Gallimard, 1983. Primera edición, Estados Unidos, 1944. Trad. esp., *La gran transformación*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

porque le tienen miedo al silencio y a las afirmaciones tácitas, a lo que presienten y no quieren saber.

Es la negativa a escuchar, a ver que todo confluye para proyectar su ausencia, que a su alrededor todo se retrae y se vuelve desierto. Son señales de un mundo reducido a la pura economía, que parecen advertirles que ellos sólo representan un gasto superfluo.

Es el gasto al que se acosa sin cesar y que se busca suprimir por todos los medios. ¿Aunque se trate de seres vivientes? Bueno, la moral vigente exige ante todo, como cuestión de ética, balances inimpugnables.

XII

Así, tácitamente amenazados, se nos inmoviliza en espacios sociales condenados, lugares anacrónicos que se autodestruyen pero a los cuales nos aferramos con extraña desesperación, mientras que ante nuestra vista el futuro se organiza en función de nuestra ausencia más o menos conscientemente programada.

Hacemos todo lo posible por ignorarlo. Cualquier cosa vale con tal de no advertir esta marginación cada vez más sistemática, esta postergación en el seno de un sistema que se desintegra a la vez que surge una edad contemporánea que no nos es sincrónica. Es lícita cualquier alternativa a registrar la brecha entre una economía de mercado convertida en propiedad exclusiva del mundo y los habitantes de ese mundo, prisioneros de su geografía. Conviene cerrar los ojos a esa solución de continuidad, con ayuda de los dirigentes y estrategias del régimen nuevo (no declarado), quienes por intermedio de la clase política nos dirigen discursos que aún responden a nuestros códigos y cuya redundancia nos acuna y reconforta.

Ahora bien, si los amos de esta economía insisten en arruinar lo que ya está en ruinas, explotar los vestigios de una era desaparecida, administrar la vida desde su microcosmos en el amanecer de una nueva era a la que sus contemporáneos no tienen acceso, y sobre todo si insisten en dar como únicas claves de la vida ese trabajo que desahucian (no sin velar para que aparente conservar sus valores), acabarán por encontrar una respuesta a la pregunta aún no formulada a propósito de sus congéneres: "¿Cómo deshacerse de ellos?" Pero se trata de una historia de la que sin duda ellos mismos no tienen conciencia, como no la

tienen del peligro que hacen recaer sobre nosotros sin encontrar la menor resistencia. Esta pasividad es lo más insólito de todo. La falta de interés, la resignación, la apatía mundializada podrían permitir que se instaure lo peor. Y lo peor está a nuestras puertas.

Por cierto que hubo épocas de angustia más dolorosa, miseria más áspera, atrocidades inenarrables, crueldad más ostentosa; pero ninguna fue tan fría, generalizada y drásticamente peligrosa como ésta.

La ferocidad social siempre existió, pero con límites imperiosos porque el trabajo realizado por la vida humana era indispensable para los poderosos. Ha dejado de serlo; al contrario, se ha vuelto embarazoso. Los límites se borran. ¿Entiende el lector lo que significa esto? La supervivencia de la humanidad en su conjunto nunca estuvo tan amenazada.

Por más que a lo largo de los siglos haya reinado la barbarie, hasta ahora el conjunto de la humanidad tenía una garantía: era esencial para el funcionamiento del planeta, la producción, la explotación de los instrumentos de la ganancia de los cuales formaba parte. Eran otros tantos elementos que preservaban su vida.

Por primera vez, la masa humana ha dejado de ser necesaria desde el punto de vista material —y menos aún desde el punto de vista económico— para esa pequeña minoría que detenta los poderes y para la cual la existencia de las vidas humanas que evolucionan por fuera de su círculo íntimo sólo tiene un interés utilitario, como se advierte cada día más claramente.

La relación de fuerzas, hasta ahora siempre latente, se anula. Las defensas desaparecen. Las vidas han perdido utilidad pública. Ahora bien, se las evalúa justamente en función de su utilidad para una economía que se ha vuelto autónoma. Así se advierte dónde acecha el peligro, aún virtual pero *absoluto*.

En el curso de la historia la condición humana muchas veces recibió peores tratos que ahora, pero eso sucedía en sociedades que necesitaban a los seres vivos para subsistir. Grandes masas de seres vivos subalternos.

Esto ya no es así. Por eso se vuelve tan grave —en la democracia, en tiempos en que se posee la experiencia del horror y, como nunca antes, los medios para ser socialmente lúcido—, sí, gravísimo observar el rechazo inexorable de quienes ya no son necesarios, no para los demás hombres sino para una economía de mercado en la que han dejado de constituir una fuente potencial de ganancias. Y se sabe que no volverán a serlo.

El oprobio al que se los somete, el castigo que se les inflige y que parece corresponder al orden normal de las cosas, la violencia arrogante y descarada que deben sufrir, el consentimiento o la indiferencia, así como la pasividad de todos —incluso de ellos— ante la desgracia creciente podrían anunciar derivaciones sin límites porque las masas maltratadas ya no son necesarias para los proyectos de sus martirizadores.

Allí se advierte el peligro que, en el mejor de los casos, las acecha a un plazo más o menos largo, mientras ellas, con poca o nula conciencia de él, anhelan y viven mentalmente en una dinámica que los hechos contradicen, donde el tra-

bajo seguiría siendo la norma y el "desempleo" una consecuencia pasajera de caprichos coyunturales. Tanto los buscadores de empleo como la sociedad, tanto los discursos oficiales como la legislación, parecen desconocer que la ausencia de trabajo se ha convertido en la norma oficiosa. Si (apenas) se empieza a mencionar el hecho, generalmente es para prometer, paradójicamente, mañanas venturosas de buenos salarios y pleno empleo, o concertaciones rebuscadas y redundantes para restaurar sin cambios el sistema autodestruido.

¿Por qué se obstinan en planificar el trabajo donde ya no es necesario? ¿Por qué no renunciar al concepto mismo de aquello que nos traiciona, se hunde o ya desapareció: el trabajo tal como lo conocemos? ¿Por qué ese *must* del trabajo, de ese esfuerzo de hombres consagrados a conseguir su propio "trabajo" a toda costa, incluso la de su perdición (porque ya no hay más trabajo, porque en el mejor de los casos está en vías de desaparecer), como si no hubiera otra forma de "empleo" en su vida, en la vida, que la de dejarse "usar" de esa manera?

¿Por qué ni siquiera se visualiza la posibilidad de adaptarse a las exigencias de la mundialización, no para someterse sino para *liberarse de ella*? ¿Por qué no se busca ante todo *un modo de reparto y de supervivencia que no fuera en función de la remuneración del trabajo*? ¿Por qué no se explora, por qué no exigir para el "empleo" de la vida —la del conjunto humano— un sentido distinto que el "empleo" de la abrumadora mayoría de los individuos por unos pocos, tanto más por cuanto esto se volverá imposible en lo sucesivo?

En verdad, hay muchas razones para ello. Citemos las más importantes.

Primero, la dificultad y envergadura de semejante empresa, del orden de una metamorfosis. Segundo, el interés de las potencias económicas en disimular precisamente... los elementos que emplean para disimular, para crear la ilusión de que el trabajo sólo ha sufrido una interrupción provisoria; un intervalo detestable, por cierto, pero que juran abreviar. Ilusión, espejismo para dominar a la gran mayoría, debilitarla, mantenerla sumida en un *impasse* que la deja a merced de los poderosos. Deseo de explotar lo que se pueda de los vestigios del trabajo humano y a la vez conservar una cohesión social adquirida mediante la derrota, la vergüenza, el terror frío y contenido de las masas encerradas en la lógica perimida, ahora destructiva, de un trabajo que ha dejado de existir.

Otra razón es el desconcierto sincero y generalizado, sin duda compartido incluso por los dirigentes de una economía brutal, frente a una forma de civilización nueva, desconocida, sobre todo por tener que renunciar de manera tan repentina y drástica a la forma antigua. Frente a semejante metamorfosis, al ingreso a una nueva era, es demasiado pedir a todos que logren integrarse, que posean o consigan el genio necesario para metamorfosear la naturaleza humana, sus culturas más arraigadas, los caminos del pensamiento, el sentimiento, la acción y la distribución. Y conservar así, sin perjuicios, la vida de los seres vivos.

Éstos parecen asistir e incluso someterse, incrédulos, a su propia exclusión del *planning* mundializado, aceptan considerar su trágica fragilidad social como una fatalidad, o como la consecuencia lógica, hasta banal, de deficiencias y errores cuyos únicos responsables serían ellos mismos y por lo tanto sólo a ellos les corresponde pagarlos.

Tal vez esta resignación se deba al rechazo del descubrimiento aterrador, imposible de asimilar, dramáticamente reductor, poderosamente desengañador, de que su valor real, el único que se les ha reconocido siempre, es el que se mide en función de su "rendimiento" económico, distinto de cualquier otra cualidad y que los coloca *por debajo* del nivel de las máquinas. Y que no les confiere otros derechos —en última instancia, ni siquiera el de vivir— que los vinculados con su trabajo, ahora que se derrumban las condiciones que les daban acceso a esos derechos.

Este renunciamiento se debe también al sentimiento de no contar con medios de presión frente a una cohesión coercitiva detentada por el poder y que piensan equivocadamente que surgió de manera repentina, indescifrable, imprevista.

Reina un sentimiento de estupor que de alguna manera recuerda el desaliento de los pueblos colonizados por hombres que, para bien o para mal, habían alcanzado otra era histórica y al invadirlos anulaban su civilización. Los valores escarnecidos de los aborígenes se volvían inoperantes en los lugares donde se habían desarrollado y donde predominaban hasta ayer. Vencidos, se encontraban como exiliados frente al poder que se instauraba sin conferirles los medios para ingresar, libre e igualitariamente, en el nuevo sistema impuesto por la fuerza, y sin concederles el menor derecho.

Los usurpadores se arrogaban todos los derechos sobre aquellos que, expulsados de sus modos de vida, pensamiento, creencia y saber, despojados de sus puntos de referencia, en verdad *estupefactos*, acababan por perder la energía, la capacidad y sobre todo el deseo de comprender y, *a fortiori*, el de resistir. Pueblos poseedores de sabiduría, ciencia y valores hoy reconocidos, con frecuencia buenos guerreros, de-

saparecían encerrados en una civilización depredadora que les era ajena y los rechazaba. Pueblos petrificados, paralizados, tetanizados, suspendidos entre dos eras, viviendo en tiempos anteriores, en cronologías distintas de las de sus conquistadores, que les infligían su propio presente sin compartir nada con ellos. Y esto sucedía en lugares que, por constituir todo su mundo, todo lo que conocían y concebían del mundo, se convertía en su prisión porque para ellos no existía otra cosa.

¿Esto no da qué pensar?

¿No nos sentimos atónitos, atrapados en un mundo conocido pero ahora bajo una dominación que nos es ajena? Bajo el imperio mundializado del "pensamiento único"^{*}, en el seno de un mundo que no funciona a la misma hora que nosotros, que no responde a nuestras cronologías, pero cuyo horario nos rige. Fuera de este mundo no existe otra cosa porque todo está bajo la misma dominación, pero nos aferramos a él, obstinados en seguir siendo sus subditos dolorosos, deslumbrados por su belleza, sus ofrendas, sus transacciones, perseguidos en lo sucesivo por el recuerdo de un tiempo en que, abrumados de trabajo, podíamos decir: "No moriremos, estamos demasiado ocupados para eso."

Actualmente nos encontramos en el estadio de la sorpresa, de cierta decadencia, de imposición de condiciones. La tragedia todavía no es espectacular. No obstante, en el corazón, cerca del centro mismo de lo que se considera el apogeo de la civilización, los "civilizados" excluyen a quienes ya no necesitan, cuyo número crecerá en proporciones difíciles de imaginar. Se tolera a algunos de los otros, a cada vez menos, con impaciencia creciente y en condiciones cada

vez más severas, según criterios cada vez más descaradamente brutales. Ya no se buscan tantos pretextos ni excusas: se da por consolidado el sistema. Basado en el dogma de la ganancia, está más allá de las leyes y las desregula a voluntad.

Hoy, allí donde aún se tiene mínimamente en cuenta la condición humana —aunque con frialdad, renuencia y desgano, como con remordimiento—, esas regiones son señaladas con el dedo, vilipendiadas por los Gary Becker, implícitamente condenadas por el Banco Mundial, OCDE y compañía, sin contar a los fervorosos partidarios del "pensamiento único" que, unidos a las "fuerzas vivas" de todas las naciones, se esfuerzan por hacer entrar en razón a esos excéntricos. Y con éxito.

¿Qué poder se opone a ello? Ninguno. Los caminos se allanan ante la barbarie zalamera, el saqueo con guantes blancos.

Es sólo el comienzo. Hay que estar muy atento a esta clase de comienzos: al principio no parecen criminales, ni siquiera peligrosos. Se desarrollan con el acuerdo de personas encantadoras, de buenos modales y sentimientos, que no matarían una mosca y por otra parte —si se toman el tiempo de pensar en ello— consideran lamentables, pero, ¡ay!, inevitables, ciertas situaciones, y no saben aún que es en ese momento, *en ese preciso instante*, cuando se escribe la Historia, esa que no advirtieron cuando se estaba tramando, cuando sucedían las primicias de esos sucesos que más adelante considerarán "inenarrables".

Sin duda con esta clase de sucesos (en su tiempo inadvertidos o, más probablemente, censurados, ocultados) suele esbozarse la Historia. Más tarde, demasiado tarde, serán re-

^{*} Kahn, Jean Francois, *La pensée unique*, Paris, Fayard, 1995.

conocidos como signos legibles que en su momento nadie tuvo en cuenta.

Por no haber sido conscientes de lo que significaba, desde el comienzo, la suerte de nuestros contemporáneos sacrificados, tratados como una tropa de seres sin nombre, tal vez después que hayan sufrido las consecuencias de ello, consecuencias que se difundirán de manera creciente —y en la medida en que lleguen a su fin—, tal vez entonces se dirá que eran "inenarrables" y que "lo más importante es no olvidar". Pero no se puede olvidar lo que jamás se supo.

Tal vez alguien pueda decir: "Nunca más. " Pero tal vez no haya nadie en condiciones de pensarlo.

¿Exageraciones? Es lo que siempre se dice "antes", cuando aún era tiempo de saber que un pelo tocado podía ser el anuncio de lo peor. Y que los crímenes *contra* la humanidad siempre son crímenes *de* la humanidad. Perpetrados por *ella*.

Este siglo nos ha enseñado que nada dura, ni siquiera los regímenes más consolidados. Pero también que todo es posible en el orden de la ferocidad, que como nunca cuenta con medios para desencadenarse sin frenos. Con las nuevas tecnologías, hoy dispone de medios decuplicados, al lado de los cuales las atrocidades pasadas parecen tímidos ensayos.

Cómo no incluir entre las hipótesis posibles la de un régimen totalitario que no tendría la menor dificultad para "mundializarse" y contaría con medios de eliminación de una eficacia, alcance y rapidez jamás imaginados: el genocidio llave en mano.

Pero tal vez le parecería un desperdicio no obtener alguna ganancia de esas manadas humanas; no conservarlas con vida para diversos fines. Entre otros, como reservas de órganos para trasplantes. Ganado humano en pie, depósitos vivos de órganos para usarlos de acuerdo con las necesidades de los privilegiados del sistema.

¿Una exageración? ¿Pero quién de nosotros se escandaliza al enterarse, por ejemplo, de que en la India los pobres venden sus órganos (ríñones, córneas, etcétera) para subsistir un poco más? Se sabe que es así. Y que hay clientes también se sabe. Es algo que sucede hoy. Este comercio existe; los clientes vienen desde las regiones más ricas y "civilizadas" a hacer sus compras a muy buen precio. Se sabe que en otros países se roban órganos —secuestros, asesinatos— y también se sabe que no faltan clientes. ¿Quién se escandaliza, aparte de las víctimas? ¿Quién se indigna por el turismo sexual? Los únicos que reaccionan son los consumidores: se precipitan hacia allá. Se sabe. Y también se sabe que no habría que atacar los fenómenos tales como la venta de órganos humanos y el turismo sexual sino el fenómeno que les da origen: la pobreza que, insistimos, conduce a los pobres a mutilarse en beneficio de los poseedores con tal de sobrevivir un poco más. Se lo acepta. Tácitamente. Y estamos en democracia, somos libres y numerosos. Nadie hace nada, salvo cerrar el diario o apagar el televisor, obedecer sumisamente la orden de mostrarse siempre confiado, sonriente y satisfecho (si uno no pertenece a las filas de los derrotados, humillados y ofendidos), mientras los problemas se agravan, subterráneos y funestos, en medio de un mutismo generalizado apenas interrumpido por frases huecas que prometen curar lo que ya está muerto.

Discurso tras discurso, anuncian "puestos de trabajo" que no aparecen ni aparecerán. Locutores y oyentes, candi-

datos y electores, políticos y opinión pública, todos lo saben, todos están coligados en torno de esas cantilenas para negar, por distintos motivos, ese conocimiento.

Esa actitud de evitar la desesperación por medio de la mentira, el disimulo, la evasión aberrante, es desesperada y desesperante. Por el contrario, correr el riesgo de ser preciso, de verificar la realidad, aunque provoque cierta desesperación, es el único gesto lúcido en el presente que preserva el futuro. En lo inmediato, ofrece la fuerza de hablar, pensar, decir. De tratar de ser lúcido y al menos vivir dignamente. Con "inteligencia". No en la vergüenza y el miedo, encerrado en una trampa donde nada está permitido.

El miedo al miedo, el miedo a la desesperación, allanan el camino para extorsiones que conocemos demasiado bien.

Los discursos que soslayan o falsean los verdaderos problemas, los que desvían el pensamiento hacia problemas artificiales, los que repiten sin cesar las mismas promesas insostenibles, remiten al pasado y remueven sin cesar las nostalgias que utilizan. Son desesperados, no se atreven a rozar o correr el riesgo de la desesperación, única esperanza de que renazca la capacidad de luchar. Asimismo, le impiden a uno elaborar el duelo tan penoso por esas referencias que incluían el salario que lo evaluaba y las fechas que jalonaban la vacuidad del tiempo: horarios, vacaciones, jubilaciones, calendarios sólidos y coaccionantes que con frecuencia, en la calidez de los grupos, ofrecían la ilusión de engañar a la muerte.

Estos discursos le hacen el juego a los partidos populistas, autoritarios, los que saben mentir más y mejor. Atreverse a reflexionar sobre la verdad, decir lo que todos temen pero sufren al fingir ignorarlo y ver cómo lo ignoran los de-

más tal vez sean los únicos medios para crear un poco más de confianza.

No se trata de llorar por lo que ya no existe ni de negar y renegar del presente. No se trata de negar o rechazar la mundialización y el auge de las tecnologías,¹ que podrían haber favorecido a otros además de las "fuerzas vivas". *Por el contrario*, hay que tenerlos en cuenta. Se trata de dejar de ser colonizado. Vivir con conocimiento de causa, no aceptar más al pie de la letra los análisis económicos y políticos que soslayan los problemas, que sólo los mencionan como elementos amenazantes que obligan a tomar medidas crueles, las que no harán más que empeorar las cosas si se las acepta dócilmente.

Son análisis, o mejor, rendiciones de cuentas perentorias según las cuales la modernidad, reservada a las esferas dirigidas, sólo se aplica a la economía de mercado y sólo es eficiente en manos de los que toman las decisiones. En definitiva, se supone que uno vive a la antigua, en una suerte de "Luz y Sonido", de muestra retrospectiva en la cual el presente no juega ni confiere papel alguno, donde se está relegado a un sistema perimido, donde se está condenado.

Frente a esto es extraño que a nadie se le ocurra organizarse *a partir de* la falta de trabajo en lugar de provocar tantos sufrimientos estériles y peligrosos al tomar esa ausencia o desaparición por un mero intervalo que se puede ignorar o superar, incluso suprimir, en plazos y tiempos imprecisos, extendidos constantemente mientras se instalan la desgracia y el peligro.

¹ Ni, en otro orden, de suprimir o renegar de esos remedios improvisados que permitan disminuir siquiera un poco el llamado "desempleo". El menor resultado a favor de las personas es demasiado valioso para despreciarlo, pero con la condición de presentarlo tal como es, no utilizarlo para reforzar la impostura y prolongar la anestesia.

Promesa de una resurrección de los espectros, que permite presionar siempre más, mientras haya tiempo, o marginar a los sectores cada vez más numerosos a los cuales esa falta reducirá rápidamente a la esclavitud, si no lo hizo ya.

Más que esperar en condiciones desastrosas los resultados de promesas que no se concretarán, más que aguardar en vano, sumido en la miseria, el retorno del trabajo, el crecimiento de los empleos, ¿sería insensato volver decentes y viables por otros medios, *hoy mismo*, las vidas de quienes por falta de un trabajo o un empleo son considerados desposeídos, marginales, superfluos? Ya es tiempo de darles a esas vidas, nuestras vidas, su verdadero sentido: sencillamente el de la vida, la dignidad y los derechos. Ya es tiempo de sustraerlas de los caprichos de quienes los engañan.

Finalmente, ¿sería insensato esperar, no un poco de amor, tan vago, tan fácil de declarar, tan satisfecho de sí y que autoriza todos los castigos, sino la audacia de un sentimiento áspero, ingrato, de rigor inflexible y que rechaza cualquier excepción: el respeto?

BIBLIOGRAFÍA

- ADRET, *Travailler deux heures par jour*, Paris, Seuil, 1979.
- ALBERT, Michel, *Capitalisme contre capitalisme*, Paris, Seuil, 1991. Trad. esp. *Capitalismo contra capitalismo*, Barcelona, Paidós, 1992.
- ALVI, Geminello, *Le siècle américain en Europe (1916-1933)*, Paris, Grasset, 1995.
- ANDRÉ, Catherine y Dominique Sicot, *Le chômage dans les pays industrialisés*, Paris, Syros, 1994.
- ARENDT, Hannah, *L'Impérialisme*, Paris, Fayard, 1982. Trad. esp., *Los orígenes del totalitarismo*, tomo 2, Madrid, Alianza, 1987.
- , *Condition de l'homme moderne*, Paris, Calmann-Lévy, 1983.
- ATTALI, Jacques, *Les Trois Mondes*, Paris, Fayard, 1981. Trad. esp., *Los tres mundos*, Cîteadra.
- , *Lignes d'horizon*, Paris, Fayard, 1990.
- BALANDIER, Georges, *Pour en finir avec le XX^e siècle*, Paris, Fayard, 1994.
- BANDT, Jacques de, Christophe Dejours y Claude Dubar, *La France malade du travail*, Paris, Bayard, 1995.
- BAUDRILLARD, Jean, *Les stratégies fatales*, Paris, Grasset, 1983. Trad. esp., *Las estrategias fatales*, Barcelona, Anagrama, 1991.
- , *Le crime parfait*, Paris, Galilée, 1995. Trad. esp., *El crimen perfecto*, Anagrama.
- BERNARD, Philippe, *L'immigration*, Paris, Le Monde-Marabout, 1994.
- BERNOUX, Philippe, *La Sociologie des entreprises*, Paris, Seuil, 1995.
- BIDET, Jacques y Jaques Texier (comps.), *La crise du travail*, Paris, PUF, 1995.
- BIHR, Alain y Roland Pfefferkorn, *Déchiffrer les inégalités*, Paris, Syros, 1995.
- BOISSONNAT, Jean (informe del presidente de la comisión), *Le travail dans 20 ans*, Paris, Odile Jacob, 1995.
- BOURDIEU, Pierre, *La misère du monde, fans*, Seuil, 1993. De próxima publicación por el Fondo de Cultura Económica.
- BOURGUIGNAT, Henri, *La tyrannie des marchés, essai sur l'économie virtuelle*, Paris, Economica, 1995.
- BRIE, Christian de, "Au carnaval des prédateurs", *Le Monde diplomatique*, marzo 1995.
- BRISSET, Claire (comp.), prólogo de Martine Aubry, *Pauvretés*, Paris, Hachette, 1996.
- BURGUIÈRE, André, Revel Jacques (comps.), *Histoire de la France*, Paris, Seuil, 1989.
- CAMUS, Renaud, *Qu'il n'y a pas de problème de l'emploi*, Paris, POL, 1994.
- CASSEN, Bernard, "Chômage, des illusions au bricolage", *Le Monde diplomatique*, octubre 1995.
- CASTEL, Robert, *Les métamorphoses de la question sociale: une chronique du salariat*, Paris, Fayard, 1995.
- CASTRO, Josué de, *Géographie de la faim*, Paris, Seuil, 1961. Trad. esp., *Geografía del hambre*, Madrid, Cid S. A. 1961.
- CHANCHABI, Brahim, Hedi Chanchabi y Spire Juliette Wasserman, *Rassemblement, Un siècle d'immigration en Île-de-France*, Paris, Aïda, CDRII, Écomusée de Fresnes, 1993.
- CHARLOT, Bernard, Elisabeth Bartie y Jean-Yves Roche, *École et savoirs dans les banlieues de Paris*, Paris, Armand Colin, 1992.
- CHATAGNER, François, *La protection sociale*, Paris, Le Monde-Marabout, 1993.
- CHAUVIN, Michel, *Tiers monde, la fin des idées reçues*, Paris, Syros, 1991.
- CHESNAIS, François, *La mondialisation du capital*, Paris, Syros, 1994.
- CHOSSUDOVSKY, Michel, "Sous la coupe de la dette", *Le Monde diplomatique*, julio 1995.
- CLERC, Denis, Alain Lipietz y Joël Satre-Buisson, *La crise*, Paris, Syros, 1985.
- CLOSETS, François de, *Le bonheur d'apprendre et comment on l'assassine*, Paris, Seuil, 1996.
- , (comp.), *Le Pari de la responsabilité*, Paris, Payot, 1989.
- COLOMBANI, Jean-Marie, *La gauche survivra-t-elle au socialisme?*, Paris, Flammarion, 1994.
- COTTA, Alain, *L'homme au travail*, Paris, Fayard, 1987.
- , *Le capitalisme dans tous ses états*, Paris, Fayard, 1991.

- COURTIEU, Guy, *L'entreprise, société féodale*, Paris, Seuil, 1975.
- DANIEL, Jean, *Voyage au bout de la nation*, Paris, Seuil, 1995.
- DEBRAY, Régis, *Le pouvoir intellectuel en France*, Paris, Ramsay, 1979.
- , *L'État séducteur: les révolutions médiologiques du pouvoir*, Paris, Gallimard, 1993. Trad. esp., *El Estado seductor*, Buenos Aires, Manantial, 1995.
- DECORNOY, Jacques, "Travail, capital... pour qui chantent les lendemains", *Le Monde diplomatique*, septembre 1995.
- DEFALVARD, Hervé (comp.), *Essai sur le marché*, Paris, Syros, 1995.
- DERRIDA, Jacques, *Spectres de Marx: l'état de la dette, le travail du deuil et la nouvelle Internationale*, Paris, Galilée, 1993. Trad. esp., *Espectros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*, Madrid, Trotta, 1995.
- DESANTI, Jean-Toussaint, *Le philosophe et les pouvoirs*, Paris, Calmann-Lévy, 1976.
- DUBET, François y Didier Lapeyronnie, *Les quartiers d'exil*, Paris, Seuil, 1992.
- DUBY, Georges, *An 1000, An 2000, sur les traces de nos peurs*, Paris, Textuel, 1995. Trad. esp., *Año mil, año dos mil. La huella de nuestros miedos*, Santiago, Andrés Bello, 1995.
- DUHAMEL, Alain, *Les peurs françaises*, Paris, Flammarion, 1993.
- DUMONT, Louis, *Homo aequalis: genèse et épanouissement de l'idéologie économique*, Paris, Gallimard, 1985.
- ESPRIT*, "L'Avenir du travail", agosto-septiembre 1995.
- EWALD, François, *L'État-providence*, Paris, Grasset, 1986.
- EZINE, Jean-Louis, *Du train où vont les jours*, Paris, Seuil, 1994.
- PAYE, Jean-Pierre, *Langages totalitaires: la raison critique de l'économie narrative*, Paris, Hermann, 1980. Trad. esp., *Los lenguajes totalitarios*, Madrid, Taurus.
- FIELD, Michel, *Jours de manifs*, Paris, Textuel, 1996.
- FINKIELKRAUT, Alain, *La défaite de la pensée*, Paris, Gallimard, 1987. Trad. esp., *La denota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 1987.
- FITOUSSI, Jean-Paul, *Le débat interdit: monnaie, Europe, pauvreté*, Paris, Arléa, 1995.
- Y Pierre Rosanvallon, *Le Nouvel Age des inégalités*, Paris, Seuil, 1996.
- FLAUBERT, Gustave, *Madame Bovary*, Pléiade, tomo 1, Paris, Gallimard.
- FORRESTER, Viviane, *La violence du calme*, Paris, Seuil, 1980.
- *Van Gogh ou l'enterrement dans les blés*, Paris, Seuil, 1983. Trad. esp., *Van Gogh o el entierro de los trigales*, Barcelona, Argos-Vergara, 1985.
- FORRESTER, Viviane, *Ce soir, après la guerre*, Paris, Livre de Poche, 1992.
- FRETILLET, Jean-Paul y Catherine Veglio, *Le GATT démythifié*, Paris, Syros, 1994.
- FRIEDMANN, Georges, *Où va le travail humain?* Paris, Gallimard 1967.
- FURET, François, *Le passé d'une illusion*, Paris, Robert Laffont/Paris, Calmann-Lévy, 1995. Trad. esp., *El pasado de una ilusión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- GALEANO, Eduardo, "Vers une société de l'incommunication", *Le Monde diplomatique*, enero 1996.
- GAUCHET, Marcel, *Le désenchantement du monde, une histoire politique de la religion*, Paris, Gallimard, 1985.
- , *La révolution des droits de l'homme*, Paris, Gallimard, 1989.
- GEORGE, Suzan y Fabrizio Sabelli, *Crédits sans frontières*, Paris, La Découverte, 1994.
- GORZ, André, *Métamorphoses du travail: quête du sens*, Paris, Galilée, 1988. Trad. esp., *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema, s/f.
- GRUPE; DE LISBONNE, *Limites à la compétitivité*, Paris, La Découverte, 1995.
- GUETTA, Bernard, *Géopolitique*, Paris, Éditions de l'Olivier, 1995.
- GUILLEBAUD, Jean-Claude, *La trahison des lumières*, Paris, Seuil, 1995.
- HALIMI, Serge, "Les chantiers de la démolition sociale", *Le Monde diplomatique*, julio 1994.

- HASSOUN, Martine, Rey Frédéric, *Les coulisses de l'emploi*, Paris, Arléa, 1995.
- HENRY, Michel, *La barbarie*, Paris, Grasset, 1987.
- IRIBARNE, Philippe d', *La logique de l'honneur. Gestion des entreprises et traditions nationales*, Paris, Seuil, 1989.
- , *Le chômage paradoxal*, 1990.
- JALÉE, Pierre, *Le pillage du tiers monde*, Paris, Maspero, 1961.
- JEANNENEY, Jean-Noël, *Vouloir l'emploi*, Odile Jacob, 1994.
- , *Écoute la France qui gronde*, Paris, Arléa, 1996.
- JUES, Jean-Paul, *La rémunération globale des salaires*, Paris, PUF, Que sais-je?, n° 2932, 1995.
- JULIEN, Claude, "Capitalisme, libre échange et pseudodiplomatie: un monde à vau-l'eau", *Le Monde diplomatique*, septembre 1995.
- JULLIARD, Jacques, *Autonomie ouvrière, Études sur le syndicalisme d'action directe*, Paris, Seuil, 1988.
- , *Ce fascisme qui vient...*, Paris, Seuil, 1994.
- KAHN, Jean-François, *La pensée unique*, Paris, Fayard, 1995.
- KEYNES, John Maynard, *Théorie générale de l'emploi, de l'intérêt et de la monnaie*, nueva edición, Paris, Payot, 1985. Trad. esp., *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- LABBENS, Jean, *Sociologie de la pauvreté*, Paris, Gallimard, 1978.
- LAFARGUE, Paul, *Le droit à la paresse: réfutation du droit au travail de 1848*, Paris, Maspero, 1987.
- LE DÉBAT, "L'État-providence dans la tourmente. Repenser la lutte contre le chômage?", n° 89, marzo-abril 1996.
- LE GOFF, Jean-Pierre, *Le mythe de l'entreprise*, Paris, La Découverte, 1992.
- y Alain Caillé, *Le tournant de décembre*, Paris, La Découverte, 1996.
- LESOURNE, Jacques, *Vérités et mensonges sur le chômage*, Paris, Odile Jacob, 1995.
- LÉVY, Bernard-Henri, *L'idéologie française*, Paris, Grasset, 1981.
- , *La pureté dangereuse*, Paris, Grasset, 1994.
- MAGAZINE LITTÉRAIRE, "Les exclus", n° 334.
- MAMOU-MANI, Alain, *Au-delà du profit*, Paris, Albin Michel, 1995.
- MANENT, Pierre, *Histoire intellectuelle du libéralisme*, Paris, Calmann-Lévy, 1987.
- MANIÈRE DE VOIR, n° 28, "Les nouveaux maîtres du monde", *Le Monde diplomatique*, 1995.
- MAZEL, Olivier, *Les chômages*, Paris, Le Monde-Marabout, 1993.
- MÉDA, Dominique, *Le travail en voie de disparition*, Paris, Aubier, 1995.
- MÉNANTEAU, Jean, *Les banlieues*, Paris, Le Monde-Marabout, 1994.
- MIGNOT-LEFEBVRE, Yvonne y Michel Lefebvre, *Les patrimoines du futur*, Paris, L'Harmattan, 1995.
- MINC, Alain, *L'argent fou*, Paris, Grasset, 1990. Trad. esp., Madrid, Temas de Hoy.
- , *L'ivresse démocratique*, Paris, Gallimard, 1984. Trad. esp., Madrid, Temas de Hoy.
- MORIN, Edgar, *L'esprit du temps*, Paris, LGF, Livre de Poche biblio, 1983. Trad. esp., *El espíritu del tiempo*, Madrid, Taurus.
- NORA, Pierre (comp.), *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1984.
- NOREL, Philippe, *Les banques face aux pays endettés*, Paris, Syros, 1990.
- , Saint-Alary Éric, *L'endettement du tiers monde*, Paris, Syros, 1988.
- OCDE, *Étude sur l'emploi, faits, analyse, stratégies*, 1994.
- , *Étude sur l'emploi, fiscalité, emploi, chômage*, 1995.
- , *Étude sur l'emploi, la mise en œuvre des stratégies*, 1995.
- PASCAL, Biaisé, *Pensées*, Pléiade, Paris, Gallimard. Trad. esp., *Pen-samientos*, Madrid, Alianza, 2ª éd., 1994.
- PAUGAM, Serge (comp.), *L'exclusion: l'état des savoirs*, Paris, La Découverte, 1996.
- PERRET, Bernard, *L'avenir du travail*, Paris, Seuil, 1995.
- PERRIN-MARTIN, J. -P. (comp.), prólogo de Alfred Grosser, *La rétention*, Paris, L'Harmattan, 1996.
- PETRELLA, Ricardo, "Le retour des conquérants", *Le Monde diplomatique*, marzo 1995.

- PHELPS, Edmund S., *Économie politique*, Paris, Fayard, 1990.
- PIOT, Olivier, *Finance et économie, la fracture*, Paris, Le Monde-Marabout, 1996.
- PLENEL, Edwy, *La République menacée, dix ans d'effets Le Pen, 1982-1992*, Paris, Le Monde éditions, 1992.
- POIROT-DELPECH, Bertrand, *Diagonales*, Paris, Gallimard, 1995.
- POLANYI, Karl, *La Grande Transformation: aux origines politiques et économiques de notre temps*, Paris, Gallimard, 1983. Trad. esp., *La gran transformación. Orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- POL DROIT, Roger, *L'avenir aujourd'hui dépend-il de nous?*, Paris, Le Monde éditions, 1995.
- RAMONET, Ignacio, "Pouvoirs fin de siècle", *Le Monde diplomatique*, marzo 1995.
- RANCIÈRE, Jacques, *La Mésentente (politique et philosophie)*, Paris, Galilée, 1987.
- REICH, Robert, *L'économie mondialisée*, Paris, Dunod, 1993.
- REVEL, Jean-François, *Le regain démocratique*, Paris, Fayard, 1992.
- RIFKIN, Jeremy, *The end of work*, Nueva York, Putnam's Sons, 1995. Trad. esp., *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- RIGAUDIAT, Jacques, *Réduire le temps de travail*, Paris, Syros, 1993.
- ROSANVALLON, Pierre, *La nouvelle question sociale*, Paris, Seuil, 1995. Trad. esp., *La nueva cuestión social*, Buenos Aires, Manantial, 1995.
- ROUSSELET, Jean, *L'allergie au travail*, Paris, Seuil, 1978.
- ROUSSELET, Micheline, *Les Tiers-Mondes*, Le Monde-Marabout, 1994.
- ROUSTANG, Guy, Jean-Louis Laville, Bernard Eme, Daniel Mothé y Bernard Perret, *Vers un nouveau contrat social*, Paris, Desclée de Brouwer, 1996.
- SÉGUIN, Philippe, *En attendant l'emploi...*, Paris, Seuil, 1996.
- SHAKESPEARE, William, *La Tempête... et tout le Théâtre!*, Pléiade, Paris, Gallimard.
- SULEIMAN, Ezra N., *Les raisons cachées de la réussite française*, Paris, Seuil, 1995.
- SULLEROT, Evelyne, *L'âge de travailler*, Paris, Fayard, 1986.
- SUPIOT, Alain, *Critique du droit du travail*, PUF, 1994.
- THUILLIER, Pierre, *La grande implosion*, Paris, Fayard, 1995.
- TODD, Emmanuel, *Le destin des immigrés: assimilation et ségrégation dans les démocraties occidentales*, Paris, Seuil, 1994.
- TOFFLER, Alvin, *Les nouveaux pouvoirs*, Paris, Fayard, 1991.
- TOPALOV, Christian, *Naissance du chômeur (1880-1910)*, Albin Michel, 1994.
- TOURAINF., Alain, *Production de la société*, Paris, Seuil, 1973.
- , *Critique de la modernité*, Paris, Fayard, 1994. Trad. esp., *Crítica de la modernidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- , *Qu'est-ce que la démocratie?*, Paris, Fayard, 1995. Trad. esp., *Qué es la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- , François Dubet, Didier Lapeyronnie, Farhad Khosrokhavar y Michel Wieviorka, *Le grand refus, réflexions sur la grève de décembre 1995*, Paris, Fayard, 1996.
- TRIBALAT, Michèle (con Simon Patrick y Riandey Benoît), *De l'immigration à l'assimilation*, Paris, La Découverte, 1996.
- VAILLANT, Emmanuel, *L'immigration*, Paris, Milan, 1996.
- VETZ, Pierre, *Mondialisation des villes et des territoires, l'économie d'archipel*, Paris, PUF, 1996.
- VIRILIO, Paul, *Cybermonde, la politique du pire*, entrevistas con Philippe Petit, Paris, Textuel, 1996.
- VOYER, Jean-Pierre, *Une enquête sur la nature et les causes de la misère des gens*, Lebovici, 1976.
- WARDE, Ibrahim, "La dérive des nouveaux produits financiers", *Le Monde diplomatique*, julio 1994.
- WIENER, Norbert, *Cybernetics, or control and communication in the man and the machine*, 1948. Trad. esp., *Cibernética*, Madrid, Guadiana, 1971.
- , *The human use of human beings. Cybernetics and human beings*, 1950.
- WUHL, Simon, *Les exclus face à l'emploi*, Paris, Syros, 1992.